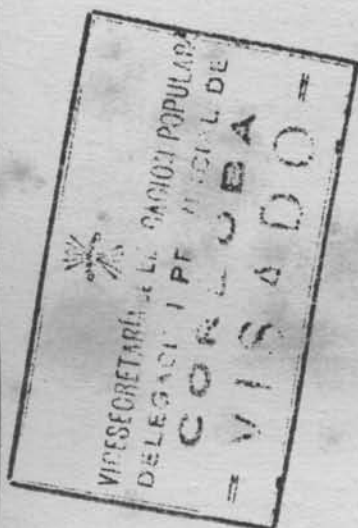


BOLETIN de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba ~ ~ ~



26 MAR. 1945



ABRIL A JUNIO 1944
AÑO XV. — NÚM. 49

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
I.—Cordobeses insignes. El Cardenal Toledo.....	3
II.—Tres devotos de Séneca. Discurso de recepción, por don Pascual Santacruz Revuelta.....	5
III.—Contestación al anterior Discurso, por don Rafael Castejón.....	21
IV.—Algo sobre prensa católica. Discurso de recepción, por don Daniel Aguilera Camacho.....	29
V.—Contestación al anterior Discurso, por don José M. ^a Rey Díaz.....	49
VI.—Nuevos brocales de pozo hispano-mahometanos, por don Samuel de los Santos.....	71
VII.—Biología de la guerra, por don Rafael Castejón.....	87
VIII.—Antiguos mesones de Córdoba, por don Enrique Romero de Torres....	101
IX.—Don Lope de Sosa, por don José de la Torre.....	113
X.—Un conquistador andaluz en la Roma papal, por F. Ruiloba Palazuelo.	116
XI.—El milenario del gran botánico hispano-musulmán Aben-Cholchol, por don Julio Cola Alberich.....	119
XII.—Bibliografía.....	123
XIII.—Revistas y Artículos.....	127
XIV.—Noticias.....	129

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. D. José Amo Serrano, Director de la Academia.

Dr. D. Manuel Enríquez Barrios, Censor de la Academia.

D. Antonio Sarazá Murcia, Secretario de la Academia.

Publicación trimestral.

Precio de suscripción: 20 pesetas al año Número suelto 5 pesetas.

Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

La estación prehistórica de Alcolea, por don Antonio Carbonell T.F., don Vicente de la Puente y don Aurelio Rodríguez.—1924.—Folleto de 32 páginas.—2 ptas.

La enseñanza entre los musulmanes españoles. Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana, por don Julián Ribera.—3.^a edición.—1925.—5 pesetas.

Versos de Góngora, Edición del III Centenario, por don José Priego López.—1927.—372 pgs. en 8.^o—5 ptas.

Córdoba durante la Guerra de la Independencia 1808-1813, por don Miguel Angel Orti Belmonte.—1930.—302 pgs. en 4.^o—15 ptas.

Ideas sobre la tectónica de España, por R. Staub, versión española de don Antonio Carbonell T.F.—1927.—88 pgs. en 4.^o

Hospitales de Córdoba, Monografía histórico-médica, por don Germán Saldaña Sicilia.—1936.—266 pgs. en 4.^o, con numerosas fotografías y un plano.—12 ptas.

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XV

Abril a Junio 1944

Núm. 49



1944

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17

CORDOBA

Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

Fundada en el año de 1810

AÑO XV

ABRIL A JUNIO 1944

NÚM. 49

CORDOBESES INSIGNES

EL CARDENAL TOLEDO



Francisco de Toledo nació en Córdoba en 1533; hijo del escribano Alonso de Toledo. Estudió en Salamanca, donde se graduó de Doctor a los veintisiete años de edad, confiándole la cátedra de Artes en la misma Universidad. Ingresó en el noviciado de Simancas, de la Compañía de Jesús, en 1558, marchando poco después a Roma, donde ejerció con notable éxito como diplomático, docente de Filosofía y Teología, publicista, predicador y consejero de la Penitenciaría y del Tribunal de la Inquisición. El Papa Clemente VIII le hizo Cardenal, y con él tuvo la Orden su primer purpurado. Murió en Roma, en 1596, donde está enterrado en Santa María la Mayor

Tres Devotos de Séneca

Discurso de recepción como Numerario en la Real Academia de Córdoba, de Don Pascual Santacruz Revuelta, leído el 1 de Enero de 1940.

EXCMO. SR., SEÑORAS Y SEÑORES:

El sillón académico que debo a la benevolencia de esta docta Corporación, fué ocupado en su laboriosa vida por el distinguido médico cordobés Don Arcadio Rodríguez Camacho.

No tuve el placer de tratarle, pero su figura nada vulgar inspirárame muy viva simpatía. De más que mediana estatura y porte aristocrático, su expresivo

rostro de corte cervantino estaba teñido—digámoslo así—de esa melancolía corrosiva engendrada por los desencantos sufridos en el comercio social. Era hombre serio, pero no con la seriedad aparatosa del ególatra o el pedante, sino con la profunda y atrayente del pensador entristecido por la visión desconsoladora de un mundo de iniquidades y concupiscencias.

Inteligencia muy despierta, leía y estudiaba de todo, buscando, sin duda, una norma de normas; un principio cardinal sobre el que reposar, como sobre blanda almohada, su cerebro henchido de inquietudes y generosas ansias.

El hecho de haber sido profesor unos años de su inteligente hijo Manuel, me ha permitido examinar su biblioteca, que en verdad era un mosaico de autores y libros de las más antitéticas tendencias.



Don Pascual Santacruz Revuelta, Abogado, publicista y crítico literario. Nació en Barcelona el día 16 de Abril de 1871. Ingresó en nuestra Academia como Correspondiente en 7 de Diciembre de 1928.

Cultivó la Medicina general que conocía muy bien, por lo cual, de habérselo propuesto, hubiera sido un excelente especialista. Don Arcadio no era un científico *unilateral*; no pertenecía a la grey de los profesionales que al decir del sabio e ingenioso Letamendi *por no saber sino Medicina ni aun Medicina saben*. Espíritu de amplio horizonte, servido por una voluntad diligente y una in-

La Política de Aristóteles, la Monadología de Leibnitz, la Filosofía del Derecho de Prisco, los versos de Gabriel y Galán, el Ideario de Ganivet, los estudios políticos y sociales de Costa y las lucubraciones de Cajal alternaban con las obras de Darwin, Benchner, Letourneau, Schopenhauer y Spencer.

¡Lástima grande que hombre tan discreto y ecuánime padeciera cierta funesta fascinación por algunos redentores de pacotilla y exaltados paladines de credos antisociales con antifaz de tribunales del pueblo!—Salvando este pequeño eclipse la luz de su razón no se enturbió un momento y supo ver los seres y las cosas en sus justas dimensiones y apropiado colorido.

Tal vez por verlas, como desgraciadamente son, fué un gran céptico mundano y la sonrisa en sus labios semejaba amarga mueca. Y no porque careciera de nobles entrañas y ánimo propenso a la indulgencia, sino porque la realidad, la terrible realidad, ensombrecía con su lúgubre velo, las más puras ilusiones de su alma.—Herido de muerte por la dolencia que minaba su organismo, todo su ser se volvió a Dios y en la hora suprema, libre de acerbos dudas y confortado con la fé religiosa entró en la región de la paz eterna que tanto mereció un luchador de su temple.

II

Cumplido este grato deber al par reglamentario y de estricta justicia, paso a desarrollar el tema objeto de mi discurso "*Tres senecistas ilustres*" o mejor tres devotos del conspicuo moralista, aunque no comulgaran de modo exclusivo en el estoicismo del gran pensador. Procuraré ser conciso; porque en los pecados literarios la única circunstancia atenuante es la brevedad, y yo llevo más de medio siglo pecando en este orden de actividades. ¡Que Dios me perdone, como espero que vosotros me perdoneis! He escrito en más de un libro que, los hijos preclaros de Córdoba pueden llamarse *precursores* o *representativos* porque encarnan un sistema ó dan calor a un credo o fundan escuela o atisban entre las nebulosidades del presente las luces radiantes de lo futuro.

Así el Obispo Osio representa la fé que no claudica ante el poderoso y desafía su poder pensando en Dios; el filósofo Averroes, tan concienzudamente estudiado por Menéndez Pelayo en su magnífica *Historia de los Heterodoxos Españoles*, simboliza el racionalismo; Maimonides vislumbra la ciencia sociológica y es un precursor de la doctrina *Monista* que después expondrá sistematizada Spinoza;

Gonzalo de Córdoba adivina desde su remoto siglo la guerra moderna y funda los famosísimos Tercios que han reverdecido los laureles de Gareilano en nuestra reciente campaña contra el marxismo depredador y sanguinario; Góngora en su odio a todo lo vulgar dá vida a la poesía erudita y elegante mostrándose grande hasta en los extravíos *culteranos* de sus *Soliedades*, y el Duque de Rivas, tan buen guerrero como escritor, vuelve por los fueros de nuestra gloriosa tradición literaria soterrada por el afrancesamiento.

Lucio Anneo Séneca, de algunos de cuyos selectos admiradores voy a hablaros, es un heraldo del Cristianismo porque su razón estoica no es fría y cruei como la de Epicteto ni algo libresca como la de Marco Aurelio, sino que está impregnada de ansias cristianas, de fuerte levadura evangélica. Pero acaso me preguntareis; los filósofos, esos seres raros y ensimismados que escudriñan las causas de las cosas y los grandes porqués del mundo; esos hombres que se interesan fuertemente por averiguar lo que somos, de donde venimos y a donde vamos ¿tienen por ventura muchos admiradores y amigos? Por desgracia como tales filósofos tienen pocos, muy pocos, tanto de adictos conscientes como de entusiastas vulgarizadores. Ello sucede porque no son entendidos y mai pueden ser seguidos ni celebrados. El vulgo *alto* y *bajo* llama *latas* a sus escritos y por desdicha casi todo el mundo es vulgo. ¿Cuántos lectores tendrá Kant en España? El mismo D. Jaime Balmes, tan diáfano y ameno, dentro de su profundidad indiscutible, es poco conocido.

Los que encontrarían oscuro o laberíntico, no ya al autor de la *Crítica de la Razón Pura*, sino hasta al propio Platon, que es arquetipo de claridad y lógica, perciben exactamente la diferencia que separa un *mete y saca* de una *media estocada* y un *pase de pecho* de otro de *pitón a rabo*. Sin embargo, entre las ramas del frondoso árbol filosófico, la más accesible a los semi profanos o pseudo cultos es la Moral, la ciencia de las buenas costumbres, la gran reguladora de nuestra voluntad. Séneca, por su sencillez, hondura y bello estilo, es harto más popular que Epicteto y Marco Aurelio, que Labrouyere y la Rochefoucauld y que nuestro conceptista y paradójico Baltasar Gracian. Yo he visto en la glorieta de esta hermosa capital que lleva el nombre del maestro a dos humildes mujeres del pueblo, leyendo con atención y comentando con acierto algunos apotegmas de Séneca estampados en los lindos azulejos que ornamentan aquel lugar de lectura y meditación sito en los bulliciosos jardines de la Victoria. Ha tenido y tiene el egregio hijo de Córdoba discípulos y devotos de muy esclarecida estirpe. Bien lo merece el infortunado preceptor de

aquel ridículo y trágico megalomano coronado que ha hecho tristemente célebre el nombre de Nerón. Para mí es indudable, como lo es para el docto humanista Navarro Ledesma, que el degenerado emperador sintió envidia de su maestro y como esta pasioncilla en las almas ruines marcha estrechamente ligada al rencor, llegó a odiar a Séneca con odio de muerte. El incendiario de Roma, el pésimo poeta, el monstruo de alma sanguinaria no podía comprender ni amar al hombre excepcional que en pleno delirio pagano rompía lanzas por la libertad y la clemencia y azotaba con magníficas invectivas el desenfreno y corrupción de la ciudad cesárea. Superior a sus contemporáneos y a su siglo fué un verdadero vidente y algunas de sus preciosas epístolas y humanitarias máximas podrían firmarlas sin desdoro un San Agustín o un San Gerónimo. Cristiano de sentimiento fué el primero y acaso el único, que en una sociedad materializada hasta la médula dió preferencia al espíritu y a la ley del deber sobre todos los apetitos corporales. Voy a hablaros de tres grandes admiradores de Séneca de muy diversa procedencia filosófica pero de vasto saber y privilegiado entendimiento. Dos de ellos son españoles: Quevedo y Ganivet, y alemán el tercero: Arturo Schopenhauer.

III

¿Necesitaré historiar la vida y obras de Quevedo? ¿No sería ofensivo para vuestra ilustración y patriotismo hablaros de este españolísimo y singular ingenio el más erudito y al par el más donoso escritor de su siglo? Poeta ascético admirable; satírico de vuelo dantesco, teólogo y político enjundioso, moralista ameno, que como otro Plautó, corregía, deleitando, las costumbres; novelador del hampa indígena; historiador de severa crítica, Quevedo es un hombre *mosaico*. El autor de *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, libro para mí superior al Príncipe de Maquiavelo, era un enamorado del senecismo. Su valentía en la reprensión de los vicios nacionales tiene fuertes raíces estoicas.—Aprendió en el trato de poderosos y plebeyos a conocer profundamente este último *animal de presa*, como ha llamado al hombre nuestro glorioso Ramón y Cajal. A todos hizo frente porque tenía robusta fé en sí mismo y en la verdad que con labios esforzados proclamaba. Reprendía porque sus excelsas virtudes eran harto mayores que sus pecados y bien podría oficiar de fiscal en una sociedad de histriones y prevaricadores. Tenía derecho a despreciar todo lo afectado y contrahecho porque era la sinceridad hecha carne y pensamiento.

Muchos dicen mal de mí
y yo digo mal de muchos:
mi decir es más valiente
por ser tantos y ser uno

decía con sobrada razón. Y más tarde, asqueado y dolorido ante el espectáculo de la farsa universal, exclamaba:

Yo me vine de la corte
a vivir en paz conmigo,
que ha más de veinte y seis años
que para los otros vivo.

¿Qué otra cosa que un estóico de firme temple podía ser el que ni tembló ante el todopoderoso Olivares, ni se arredró frente a conspiraciones y peligros, ni perdió la serenidad en mil y mil adversidades ni lloró con lágrimas cobardes su amarga e inmerecida prisión?

Senequista era su alma incoercible, y como el filósofo podía decir: «Si el mundo se deshiciera en pedazos, sus ruinas me herirían impávido». Quevedo tradujo y comentó en los «Remedios de cualquier fortuna», «Las epístolas de Séneca», añadiéndoles otras suyas y el Nombre, Origen, Intento, Recomendación y Descendencia, de la doctrina estóica. Escuchad ahora unos cuantos bellos sonetos del gran polígrafo y satírico inspirados en Séneca:

Desacredita Lelio el sufrimiento
blando y copioso el llanto que derramas
y con lágrimas fáciles infamas
el corazón rindiéndole al tormento.
Verdad severa enmiende el sentimiento
Si varón fuerte dura virtud amas
castigo con profana boca llamas
el acordarse Dios de tí un momento.
Alma robusta en penas se examina
y trabajos ansiosos y mortales
cargan mas no derriban nobles cuellos.
A Dios quien más padece se avvicina
ei está solo fuera de los males
y el varón que los sufre encima de ellos.

Senequista es también, aunque saturado de humildad y resignación cristiana, este magnífico trozo poético:

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡oh como te deslizas edad mía!
¡qué mudos pasos traes! ¡oh muerte fría!

Feroz, de tierra el débil muro escalas
 en quien lozana juventud se fia.
 Mas ya mi corazón del postrer día
 atiende al vuelo sin mirar las alas,
 ¡oh condición mortal! ¡oh dura suerte!
 que no puede querer vivir mañana
 sin la pensión de procurar mi muerte.
 Cualquier instante de la vida humana
 es nueva ejecución con que me advierte
 ¡cuán frágil es! ¡cuán misera! ¡cuán vana!

Elocuente lección para los ególatras y desvanecidos encierra este
 que voy a leer.

En el mundo naciste, no a enmendarle
 sino a vivirle Clito y padecerle,
 puedes siendo prudente conocerle,
 podrás si fueras bueno despreciarle.
 Tú debes como huésped habitarle
 y para el otro mundo disponerle,
 enemigo del alma has de temerle
 y patria de tu cuerpo tolerarle.
 Vives mal presumidas y ambiciosas
 horas, inútil número del suelo
 atento a sus quimeras engañosas.
 Pues ocupado en un mordaz desvelo
 a tí no quieras enmendarte y osas
 enmendar en el mundo tierra y cielo.

El que sigue vale por un tratado de historia y psicología nacional.

Un godo que una cueva en las montañas
 guardó pudo cobrar las dos Castillas;
 Del Betis y el Genil las dos orillas
 los herederos de tan grande hazaña.
 A Navarra te dió justicia y maña
 y un casamiento en Aragón las sillas.
 Con que a Sicilia y Nápoles humillas
 A quien Milán espléndida acompaña.
 Muerte infeliz en Portugal arbola
 tus castillos; Colón pasó los godos
 al ignorado cerco de esta bola.
 Y es más fácil ¡oh Español en muchos modos
 que lo que a todos les quitaste sola
 te puedan a ti sola quitar todos.

Profético es este soneto. El sol que nunca se ponía para nosotros y alumbraba nuestros dominios en ambos hemisferios, eclipsóse hace algún tiempo trocándose en noche cerrada y siniestra que solo surcaban luminarias de odio. Gracias al esfuerzo de la tropa española y al genio de su Caudillo, la densa oscuridad se ha deshecho, y como dice el himno de Falange «En España empieza a amanecer».

Sin embargo donde con más vigor se acusan las influencias de Séneca en Quevedo es en *Marco Bruto*, obra de un pensador de alma cristiana que desconfía de las democracias.

Y no se equivocaba. ¿Puede la virtud ser fundamento de la democracia, como escribió Montesquieu? ¿El sufragio universal es criterio acertado de bondad política? Sin caer en el extremo de los que dogmatizan que las mayorías nunca tienen razón, puede afirmarse que si los votantes tuvieran la suficiente idoneidad ética e intelectual, los elegidos serían a todas luces dignos de los electores. Mas ¿qué garantía de justicia puede darnos una elección en que los más de los electores son ilusos ignorantes o energúmenos? ¿Qué puede salir de ese conglomerado de rutinas, coacciones o apetitos?

Palpitante está la tragedia que ha desangrado y afligido a España y cuyos autores son los demócratas de similar, los eternos sediciosos y resentidos, del reino y extranjeros. Malos son los adúladores del rey y los turiferarios del tirano, pero son harto peores los cortesanos de la chusma.

Las masas son algo muy femenino, es decir voluble y antojadizo cuando no bárbaro y cruel. ¡Horrible blasfemia es llamar voz de Dios a la gritería de las plebes! ¿Queréis ver una imagen fiel del sufragio en la hora más solemne y dramática de la historia del mundo? Evocad a la demagogia vociferante al pié de los balcones de Pilatos, eligiendo para ser libertado a un ladrón como Barrabás, en lugar de dar la preferencia al dulce Rabí de Galilea, redentor de los oprimidos y paladín de la Moral y el Derecho. En *Marco Bruto* muéstrase Quevedo ecuánime y ponderado como un alto crítico. El espíritu romántico del personaje está hondamente sentido y con justa pincelada dibujado. Tristísima enseñanza dejaron en la antigüedad como en nuestra patria los Gobiernos de las plebes. Inconstantes, ingratas e incapaces de reflexión, bien demostró el gran Tacito conocerlas al calificar de funestos sus amores.

El poder es unidad, selección y fortaleza y las muchedumbres son voltarias, ignorantes y débiles. Cuando veo una multitud se me antoja ver algo así como un mónstruo de muchas cabezas pero ninguna pensante.

Yo interpreto a menudo la historia de la humanidad al modo aristocrático del gran escritor inglés Tomás Carlyle. Un César, un Alejandro, un Cromwell, una Isabel la Católica, un Bismarck y hoy un Franco, han sido y son los verdaderos conductores del díscolo rebaño colectivo, sin los cuales pronto se dispersaría por caminos sinuosos para caer al fin en abismos de horror y violencia.

Hay, indudablemente, hombres nacidos para mandar, y yo creo que el secreto de la armonía social estriba en que los más sepan obedecer a los mejores, que son siempre los menos.

La democracia no ha salido triunfante de una sola prueba en los anales del mundo. Fatalmente degenera en demagogia cuando no en nepotismo burocrático. Unamuno dijo que en España el triunfo de la democracia equivaldría al entronizamiento del analfabetismo. Yo voy más lejos que él, a ratos genial y a veces desconcertante pensador, y creo que la democracia ha sido y será mientras el pueblo sea *heterónimo*, la tiranía de la arbitrariedad, la concupiscencia y el rencor.

De la democracia ha salido armada de todas armas, como Minerva del muslo de Júpiter, esa creación pseudo-política de los llamados *frentes populares*, donde hallaron fácil acomodo y hasta cuantiosos provechos todos los miserables, fracasados, asesinos y ladrones de la humanidad contemporánea.

No confundamos al honrado pueblo con su escoria que es la canalla.

Según el erudito Astrana Marín, devotísimo de Quevedo, la Inquisición condenó otros libros del inmortal polígrafo en que se ven patentes también las huellas de Séneca. No nos encarnicemos demasiado con los cavilosos y cicateros censores de antaño *Distingue tempora et concordabis jura*. La guerra al espíritu herético era entonces implacable y severísimo el cordón sanitario impuesto por la Iglesia y el Estado para impedir la entrada en España de la peste luterana. Si hemos de ser sinceros debemos decir que tamaño rigor fué entonces saludable, y si en tiempos no muy lejanos de los presentes se hubiera obrado con la misma prudente energía, acaso no hubieran penetrado en nuestra patria, no ya los libros de Marx, Kropotkine, Grave, Sorel y Bakounine, sino ciertos infames folletos en que se enseñaba a los rebeldes y descontentos el arte de fabricar bombas de mayor o menor potencia y la táctica de la usurpación y el asesinato. «El odio es santo», «Destruir es crear», decía el anarquista Bakounine, y a sus satánicas afirmaciones han respondido los crímenes de Rusia y de España, hartos más sañudos y refinados

que todas las devastaciones de los tártaros y los horrores de la Commune. Si Quevedo viviera hoy nueva vida corporal se hubiera asombrado de que se proscibiera en su siglo a un pensador tan sereno como Séneca y se toleraran tres siglos después por gobiernos que blasonaban de democráticos la inducción a los delitos llamados injustamente sociales, la cruzada contra la ética familiar y el culto a un internacionalismo abstracto e inhumano en que era patriótico y hasta de buen tono vitorear a Rusia y escarnecer a España. El autor de los Sueños se hubiera, no ya sorprendido, sino indignado, viendo a sus compatriotas ultrajar mujeres, mutilar niños, quemar sacerdotes, profanar sepulcros, saquear tesoros, predicar la libre sensualidad y servirse de las armas de fuego, no para combatir frente a frente el extraño, sino para disparar a traición sobre el hermano de sangre y raza.

Corramos un velo sobre tanta barbarie, dichosamente aplastada por la mano fuerte y sabia de un español de alma diamantina y juremos ser en lo sucesivo dignos descendientes de Séneca y Quevedo, mostrándonos siempre atentos a las voces de la razón y obedientes a los imperativos del deber.

IV

Otro devoto de Séneca es el autor de *El Mundo* como *Voluntad* y como *Representación*, Arturo Schopenhauer, nacido en Dantzig, ciudad alemana que con tanta justicia pedía su incorporación al Reich. Este genial aunque algo extraviado filósofo, pasa con Hartman y con el italiano Leopardi, como el representante del pesimismo sistemático. Sin embargo, la melancolía del gran pensador germánico se me antoja no pocas veces de muy cristiana estirpe.

Dudo que Schopenhauer haya dicho cosas tan acerbadas sobre la realidad y la vida como Job en su libro, Salomón en el Eclesiastes y Tomás de Kempis en su *Imitación de Cristo*. Con todo, bien se ensaña en el arrogante mamífero bimanio, que a sí mismo se llama Rey de la Creación, siendo un miserable siervo de todos los apetitos.

Hace tuyas las palabras de Aristóteles, de que la naturaleza más parece obra demoniaca que divina; afirma que la vida es un negocio que no cubre los gastos; que este mundo es una espantosa farsa sin objeto conocido, y con la certeza de un triste vencimiento, y la visión de esta lucha enconada entre los seres le arranca frases desesperadas, pensamientos satánicos que no he de reproducir.

A pesar de sus téticas reflexiones vivió ochenta y dos años sin tener una mala digestión; compuso libros profundos y amenos, entre ellos el titulado *Eudemología o Arte de vivir bien*, y murió rodeado de la pública admiración. Schopenhauer intentó fundar una Metafísica en la experiencia; empeño absurdo, pues la ciencia de las cosas inmateriales no puede apoyarse en cimientos empíricos. El filósofo alemán veía en la voluntad la causa de todos los males, recomendando la vida del puro conocimiento. Su Neo-Budhismo dejaba manco nuestro espíritu, porque la inteligencia sin la voluntad es como una gran señora paralítica que no puede dar calor de vida a sus más bellas concepciones.

V

Se comprende la devoción del insigne alemán al eximio moralista cordobés. En el fondo de todo estoico alienta un gran desencantado candidato al pesimismo. El optimista desfigura la vida esperando de ella mucho más de lo que puede dar, al paso que el estoico la mira con serenos ojos y sabe de sus sirtes y engaños. El propio Séneca dice estas amargas palabras que Schopenhauer suscribiría. «Nadie querría la vida si no la recibiera por sorpresa». La visión y el análisis de la realidad derivan fatalmente en mundano excepticismo e incitan a desconfiar de todo.

Así Salomón en el *Eclesiastes*, Gracian en el *Criticón* y Schopenhauer en el *Mundo como Voluntad*, caen en el pesimismo y solo confían en su razón o en el ser infinito que nunca nos engaña.

«Yo he sido todo y todo es nada», pudo decir el Emperador Carlos V desde su retiro de Yuste, y Leopardi, el alto y amargado poeta, exclamó con elocuencia desgarradora: «¡Descansa en paz, corazón mío; has latido demasiado por un mundo indigno de tu angustia y tus suspiros!». Más Séneca es un estoico de fuerte raíz religiosa y aunque su privilegiado cerebro se nos aparece algo empañado por los fantasmas del paganismo, su corazón es cristiano, no a la cómoda manera *ritualista*, sino con cálido y entrañable sentido. El confiesa el deber; rinde culto a la verdad; predica la moderación en las pasiones y la fraternidad humana y el desprecio a los oropeles del fausto y la vanidad, carcoma de la Roma cesárea.

Schopenhauer, por el contrario, no vé asidero alguno en los naufragios del mundo, que es para él un inmenso oceano de dolor; se deja llevar por la impetuosa corriente de una tristeza aniquiladora

y al final de su largo y sombrío viaje llega como un cadáver moral a las desiertas playas del nihilismo.

Su filosofía al preconizar el anonadamiento de la voluntad frente al mal es negación de la vida que es lucha por la perfección del ser y afirmación de la propia impotencia para señorearla y hacerla fecunda en obras de justicia y amor.

Es contradictorio que un hombre como él, que peleó bravamente contra tantas adversidades y supo imponer su vigorosa personalidad con las armas de su talento extraordinario, no preconizara como debía el hechizo de esa mágica potencia volitiva, creadora de todas las maravillas de la tierra y excelsitudes del alma.

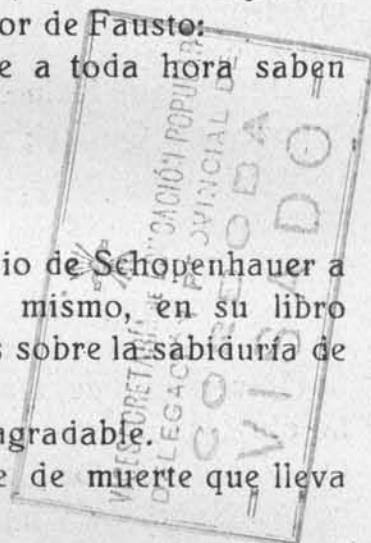
El, que consideraba la piedad como el fundamento de la moral, reniega de toda lucha por el derecho: condena como estéril todo esfuerzo por mejorar la condición humana que cree irreformable; vé con ojos de impasibilidad la cruzada de todas las furias del egoísmo contra los principios jurídicos y aconseja el desarme de los combatientes en esta batalla eterna de las especies, olvidando aquellas sabias palabras de su genial compatriota el autor de Fausto:

Solo merecen la libertad y la vida los que a toda hora saben conquistarlas.

VI

He aquí como demostración del alto aprecio de Schopenhauer a Séneca algunos pensamientos que copia del mismo, en su libro encantador *Parerga y Paralipomena* (Reglas sobre la sabiduría de la vida).

- 1.º La tontería hasta a sí misma se es desagradable.
- 2.º El reposo sin el estudio es una especie de muerte que lleva al hombre vivo a la tumba.
- 3.º Cuanto más despreciable es un hombre, cuanto más sirve de ludibrio, menos freno tiene su lengua.
- 4.º Cuando el sabio recibe una bofetada ¿qué hará? Lo que Catón cuando le golpearon en el rostro; no se encendió en cólera, no vengó la injuria, ni la perdonó siquiera, sino que negó que se le hubiera hecho.
- 5.º Séneca ha dicho en su lenguaje incomparable que la gloria sigue al mérito como la sombra al cuerpo, aunque lo mismo que la sombra camine tan pronto delante como detrás y—agrega—aunque por envidia no hablaran de nosotros los contemporáneos, otros vendrán que sin pasión ni favor nos harán justicia.



6.º Cada día es una vida aislada y hacer este tiempo único real lo más agradable posible.

7.º Disfrutemos de la que tenemos sin hacer comparaciones; jamás habrá dicha para aquel a quien otra mayor atormenta.

8.º En vez de pensar en cuantos están sobre tí, piensa en cuantos están debajo.

9.º Si quereis que todas las cosas se os sometan, empezad por someteros a la razón.

10.º Nadie puede llevar mucho tiempo el disfraz. Todo lo que está disfrazado vuelve al punto a su naturaleza.

Y ahora, señores, rindamos tributo de gratitud y admiración a los alemanes conspícuos que amaron a nuestros clásicos sin entrar a saco en sus inmortales producciones; reverenciemos como es debido a nuestra fiel y generosa amiga en horas muy graves, las más dramáticas tal vez de una historia y pongamos sobre nuestras cabezas a los gobernantes ilustres de ese pueblo ejemplar que en todo momento nos hicieron cumplida justicia y jamás conspiraron contra nuestro progreso ni atentaron villanamente a nuestra integridad moral y política.

De Enrique Heine, el eximio poeta, es el mejor juicio crítico que conozco del Quijote; Schlegel consagró su vida entera al estudio del teatro de Calderón de la Barca; John Fastenrath escribió libros sobre nuestro Foik-lore y llevó a la bella Colonia los Juegos Florales españoles; Schopenhauer fué devoto, no solo de Séneca, sino de Mateo Alemán y de Baltasar Gracian, cuyo libro «El Criticón» calificó de uno de los mejores del mundo; Muert, el distinguido profesor de la Universidad de Halle, ha estudiado recientemente con gran amor la obra de nuestro Azorín; el insigne tratadista militar Von Bernardi enalteció el valor indomable de nuestros guerrilleros en la lucha contra Napoleón y hasta el proscrito y quizás calumniado Guillermo II, cuando la codicia yanqui trató de arrebatarnos, consiguiéndolo, aquel ramillete de hermosas islas, restos de nuestro gran imperio colonial, quiso acudir en pró de nuestra causa abatida por la superioridad abrumadora del formidable enemigo. Permitid—repito—que salude cordialmente a esa nación, grande en las horas de paz y temible en las de la guerra; a esa raza de aimas intrépidas, que consciente de su honradez y de su fuerza, ha sabido anular las malas artes, que para arruinarla urdieron sus astutos y envidiosos enemigos; a ese pueblo austero y laborioso que ha hecho del deber una religión y que junta al vigor de Esparta la sabiduría de Atenas. ¡Honor a Alemania!

VII

Y ahora, para concluir, voy a hablaros algo de otro gran admirador de Séneca, de Angel Ganivet, hijo egregio de Granada, poeta y filósofo de muy altos vuelos y cuya devoción al inclito moralista, honor de Córdoba, está consagrada en las primeras páginas de *Idearium*, donde afirma ser el senequismo la quinta esencia del alma española.

Ganivet vivió sólo treinta y tres años, pero el valor de las vidas se gradúa más por la intensidad psíquica en ellas desplegada que por la extensión material recorrida. Ancianos conozco cuya existencia egoísta y tacaña se asemeja mucho al monótono *tic-tac* de un reloj que se paró por falta de cuerda. Los treinta y tres años de Ganivet valen por siglos.

No hubo idea que no acariciara, ni teoría que no sometiera a severo análisis, ni sentimiento elevado que no hiciera latir con fuerza su hermoso corazón. «No temo a la muerte—decía—lo único que temo es que con mi cuerpo muerto se vayan las creaciones presentes y futuras de mi espíritu».

Para Ganivet, como para Séneca, lo importante no es precisamente vencer en la lucha por la vida, alcanzando un alto puesto como premio de la victoria; lo digno y humano es pelear con armas nobles y caer con gesto gallardo. Como los héroes de Homero, los estóicos mueren con las armas en la mano. No impioran piedad del vencedor ni les abate el infortunio, ni doblan rodilla ante el poderoso. Mueren como vivieron; fieles a su razón o al ideal que fué su divisa en la lucha.

Entre estas muertes ejemplares, además de la de Sócrates y Séneca, recuerdo la de Bruto, la del gran Gregorio VII y la de Miguel Servet, que al observar cómo una pobre anciana trataba de alimentar con troncos secos, la leña un tanto reacia en arder de la hoguera, mandada levantar por el envidioso Calvino para quemarle, exclamó: ¡Oh sancta simplicitas!, y aguardó con admirable presencia de ánimo la hora postrera de su vida. Ganivet dió a España cuanto tenía de fibra mental y amor encendido. Manirroto de su talento y de su sensibilidad gastó en un puñado de años el opulento capital con que Dios dotara su alma extraordinaria. Mi maestro D. Andrés Manjón, el sabio canonista, paladín de la caridad y pedagogo insigne, honra de la Iglesia, admiraba profundamente a Ganivet, ponderando la calidad de su espíritu y su amor a la patria delante de los párvulos

de las escuelas del Ave María, por él fundadas en la bella ciudad de los cármes. Unos cuantos patriotas de similor y desvanecidos pseudo-sabios, pretendieron incluirlo en las huestes del jacobinismo democrático, desfigurando su noble fisonomía psicológica y sirviéndose de su gloriosa obra como de un banderín de enganche de ideas radicales. ¡Vano empeño el de querer encasillar en los menguados límites de una secta el espíritu selecto e incoercible de este gran pensador! Ganivet no era tirio ni troyano, güelfo ni gibelino, de la izquierda o de la derecha. Era mucho más: era un español esclarecido y magnánimo que amaba la verdad sobre todas las cosas y a España como a sí mismo.

Fué sincero creyente y bien lo atestiguan sus ardientes aspiraciones a la mística y los fervorosos elogios que en sus obras tributa a San Agustín y Menéndez Pelayo. No era un partidista vulgar, sino universalista a la española. En su famoso Epistolario barruntó la tragedia que ha afligido a España, y si no temiera abusar de vuestra paciencia lo demostraría con la reproducción de uno de esos textos henchidos de noble vehemencia que parecen escritos con sangre.

No creía en la democracia, que es la tiranía del número, sino en la *optimacia* (el gobierno de los mejores). El sufragio representa hasta hoy el entronizamiento del odio, la envidia y la arbitrariedad desde la condena de Jesucristo hasta tiempos muy recientes. Intérprete del alma nacional, como Séneca, veía en nuestra historia (externa e interna) una enseñanza viva de estoicismo. El *sustine* y el *abstine* se ofrecen a diario en sus dramáticas y aleccionadoras páginas; entereza ante el dolor, desprecio a los oropeles y ánimo sereno frente a la adversidad. Sufrido y ecuánime el español, nació para enseñar al mundo que el espíritu es más fuerte que la materia, y que la calidad y el tesón triunfan de la cantidad. Ocho siglos de Reconquista lo pregonan, y la terrible pugna pasada, con elocuencia al par amarga y sublime, lo patentiza. Estóicos en vanguardia y retaguardia dieron unos con gesto pródigo la sangre y otros el oro, que son los colores de nuestra hermosa bandera.

El pueblo dice, como Séneca, que venciendo al destino se demuestra merecer otro mejor, y en Toledo, en Teruel, en Oviedo y en el Santuario de la Virgen de la Cabeza, resucitan Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona, mientras las madres españolas con temple digno de las mujeres de Esparta dicen al saber la muerte de sus hijos que ellas los parieron y criaron para ofrendarlos a la patria. Los pensamientos y apotegmas de Ganivet, de filiación estóica, saltan allá y

aculiá como chispas luminosas en sus libros, y en demostración de mi aserto voy a reproducir algunos que el Maestro cordobés, sin desdoro suscribiría.

1.º Cada cual debe ser por fuera lo que es por dentro; el que se retoca para no parecer lo que es dá mala idea de sí, puesto que él mismo empieza por despreciarse.

2.º El mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra y lo que faltan son maestros y discípulos.

3.º La ciencia primera y fundamental de un hombre es la de saber vivir con dignidad; esto es ser independiente y dueño de sí mismo y poder hacer su voluntad sin darle cuenta a nadie.

4.º Frente a la adversidad no hay mejor recurso que una acción resuelta y denodada. No hay lágrimas tan consoladoras como las que en vez de derramarse por los ojos salen por el cerebro trocadas en ideas fuertes.

5.º El valor del dinero depende de la aptitud que se tenga para invertirio en obras nobles y útiles.

6.º Repruebo resueltamente el sacrificio de vidas humanas si los móviles del sacrificio son el engrandecimiento pasajero de este o aquel país, las disputas sobre propiedad, jurisdicción, supremacía y demás mezquindades en que los hombres se interesan.

7.º No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa en medio de los accidentes de la vida que tienes dentro de tí una fuerza madre; algo indestructible como un eje diamantino alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los llamados prósperos o de los que llamamos adversos o de los que parecen envilecernos con su contacto mantente de tal modo fuerte y erguido, que al menos se pueda decir de tí que eres un hombre.

8.º El senequismo en España se mezcla con el Evangelio de tal suerte que de nuestro Séneca si no puede decirse en rigor que huele a santo, sí puede afirmarse que tiene todo el aire de un Doctor de la Iglesia.

9.º Hay que ser tolerantes con los que están debajo, porque si los de abajo se mueven se cae el que está encima.

10.º Para todo lo que represente una carga y un vejamen, el tiempo pasa suave y benéfico.

11.º La esclavitud sin amor es germen perpétuo de rebeldía.


12.º La muerte, siendo un hecho universal, es a la vez tan personal que de ella puede decirse que es el momento en que espiri-

tualmente se condensa la vida humana. La idea, la imagen que se nos ocurre al pensar en el instante de nuestra muerte, es la que rige en secreto nuestra vida. ¡Cuántos que realizan la proeza vulgar de crear y sostener una familia numerosa quizás lo realicen pensando en lo triste que sería morir abandonados sin tener una mano cariñosa que les cierre los ojos.

13.º Buscar el aturdimiento es una cobardía. El que por no oír la verdad se tapa las orejas ¿ha destruido la verdad? Lo que ha hecho ha sido afirmarla sin conocerla. Y el condenado a muerte que está en capilla y oye con angustia cómo el reloj va dando las horas y para no oírlas se pone a gritar, ¿retrasa con eso la hora de subir al patíbulo? Más vale afrontar la verdad entera, porque aunque la verdad sea dolorosa el dolor es fecundo y crea alegrías que las agradables ficciones no crean jamás.

Voy a terminar este humilde trabajo, pero espero que antes me permitiréis dar expansión a un sentimiento arraigadísimo, a un grito del alma en homenaje al esclarecido pensador y hombre óptimo que vió la primera luz en el recinto encantado de Granada. Guía y hermano; fotógrafo fiel del espíritu de mi patria en el Ideario; escritor, al par, ameno y profundo; humorista incomparable en las Cartas Finlandesas y en la Conquista del Reino de Maya; renovador de la estética española en Granada la bella; dramaturgo de cepa calderoniana en el Escultor de su Alma; crítico atinado e imparcial en Hombres del Norte; novelador y vidente en los Trabajos de Pío Cid; archivo inapreciable de erudición y gracejo en el Epistolario; una ráfaga de la locura arrojó tu cuerpo a las frías aguas del puerto de Riga, pero los que sabemos de tus geniales libros y de los tesoros que contenía tu generosa entraña te consideramos presente con la presencia perdurable de tus bondades y talentos. ¡Angel Ganivet, maestro y amigo, nunca te olvidaré!

Pascual Santacruz



Contestación al anterior discurso que, en nombre de la Academia, leyó el Numerario D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

SEÑORES:

La Real Academia de Córdoba me señala para que salga a recibir, dé entrada en su instituto y conteste a su discurso, al nuevo académico don Pascual Santacruz y Revuelta.

Hace más de doce años que don Pascual Santacruz vive continuamente entre nosotros, al calor de su familia cordobesa, y desde el día que llegó, su espíritu inquieto, erudito, bibliófilo, impregnado todo de noble fogosidad patriótica, le daba derecho a un asiento en nuestra Academia. Hoy, ilegado el día en que justamente lo alcanza, sólo podemos vanagloriarnos de haber hecho un acto de justicia, y de que este buen español—figura y tipo representativos—honre un sillón de la Academia secular cuya nómina enjoyaron tantos cordobeses ilustres.

Más de una docena de libros tiene publicados nuestro nuevo compañero, unos de crítica literaria, otros novelísticos, algunos filosóficos. En todos ellos campea un estilo castizo, una intención generosa, una claridad de pensamiento, un anhelo—anhelo eterno—de buscar la Verdad. Pero su gran obra, su ingentemente minúscula labor literaria, ha sido la obra diaria y afanosa del crítico periodístico, que debe aliar lo ágil con lo profundo, lo rápido con lo minucioso, lo vulgarizador con lo sabio. En más de seis millares de artículos diseminados en la prensa española, don Pascual Santacruz fué dejando su erudición, su ciencia, su retrato, su juventud, su vida. Fué un sembrador, en este mundo al que todos venimos a cosechar la siembra ajena. Tiene méritos, por derecho propio, para alcanzar el sillón de la Academia.

Nació nuestro nuevo compañero en Barcelona, el año 1871....

Pero mejor que una biografía detallada, que parece poco apropiada a quienes todavía andamos por el mundo, los rasgos más salientes de la vida del nuevo académico me parece que cuadraría hallarlos en aquella descripción novelística que titula «Gaspar el Temerario», acaso su novela más sentida.

Aquel niño melancólico, enfermizo de cuerpo y vehemente de

espíritu que don Pascual Santacruz retrata en su novela, está hecho con todo el amor paternal y con toda la piedad filial que los hombres sentimentales ponen en la evocación de su infancia. Si, como quieren los exégetas de la lectura, cada autor pone en las páginas que escribe retazos de su propia existencia y en boca de sus principales personajes su propia manera de pensar, la evocación llega a su colmo cuando se recuerda la juventud.

Con qué hondo deleite, con qué sentimental ternura, evocamos los risueños días infantiles. Cómo desmenuzamos en lo más íntimo de nuestro corazón las alegrías de la puerilidad, y cómo abrigamos dentro del pecho aquellas primeras desgracias que desgarraron la pristina ingenuidad del alma.

Leyendo las páginas de «Gaspar el Temerario» se adivina el autorretrato, y en esas confesiones aparece el alma quijotesca, generosa, ensoñadora, de honda esencia española, que en obras análogas de nuestro país delinean el alma nacional. Hay en ese libro, que es también a modo de un diario de hondos acontecimientos nacionales, un remoto parecido con «Las ilusiones del doctor Faustino», del gran novelista cordobés, y con otras obras delicadamente pesimistas de la época del desastre. A los puntos de la pluma viene el recuerdo a la generación del 98, no en lo que tiene de formalmente activa y externa, sino en lo que encierra de triste y melancólica.

Santacruz, tal vez por su celibato, acaso por delicadeza espiritual, cultiva en sí propio la vida estudiantil. En el transcurso de los años, sigue siendo el estudiante perpétuo. De la vida escolar, que parece perdurar en él, cumplidos los sesenta y ocho años, hay un vivo retrato en uno de sus prologuistas:

«En aquella época Santacruz hablaba y escribía ya de todo, con una lucidez y una fogosidad que revelaban su fuerza imaginativa y su carácter impetuoso. Era el orador obligado en los corros de estudiantes formados a la puerta y en los patios de la Universidad; en ellos se le oía con silencio religioso y se rendía ferviente tributo de admiración a su facundia y a su elocuencia. En la prensa granadina, cuyos órganos principales solicitaban su cooperación, publicaba sus artículos exuberantes de doctrinas y tendencias radicales, que más de una vez levantaron verdaderas borrascas en las compactas filas de los pusilánimes y los mogigatos; y al propio tiempo obtenía en la cátedra, como alumno de la Facultad de Derecho, triunfos y laureles repetidos. En su hoja de estudios hay treinta notas de sobresaliente y catorce premios. Y en demostración de la alta estima

que el claustro de profesores le dispensaba, he de citar el hecho honrosísimo para él de haberle librado de los rudos deberes de la milicia la Universidad de Granada, justo galardón y recompensa legítima de sus merecimientos que pocos escolares habrán alcanzado.»

Una vez formado espiritualmente, Santacruz, a pesar de su título de Abogado, elije la profesión más romántica, desprendida y generosa de nuestro siglo, la más difícil de todas; precisamente por los escollos de que está sembrada, la del periodismo. Escribe con asombrosa facilidad y facundia.

El mismo prologuista a que antes he aludido, dice de nuestro compañero como escritor:

«He visto escribir a Santacruz algunos de sus trabajos y me he maravillado de la extensión de sus conocimientos, de la fecundidad de su imaginación y de la espontaneidad de sus producciones. Sin consultar un libro, sin hacer uso de una sola nota, con una facilidad pasmosa, con un dominio perfecto de todas las cuestiones objeto de debate, ha vertido uno y otro día sobre las cuartillas un verdadero torrente de erudición inagotable; ha impugnado brillantemente las tesis mantenidas y las doctrinas sustentadas por su adversario; y ha dado relieve a todo ello con los donaires y agudezas de su satírica vena y con la magia y la gallardía de su estilo, como pocos, selecto y vibrante».

Nuestro escritor hace libros y artículos. En todos ellos, sobre su estilo fogoso y meridional, campea siempre un encendido patriotismo, que culmina en su obra «España sobre todo Páginas patrióticas», que fué premiado en concurso de lecturas escolares por el gobierno de la Dictadura primorriverista. Allí alienta el amor a la patria, el respeto a las figuras preeminentes, la admiración a las personas cumbres de nuestra historia, la descripción de los hechos gloriosos de nuestras armas, las páginas sublimes de nuestras letras.

Su novelita corta titulada «Nobleza obliga», publicada en aquella linda colección de «La Novela Semanal», con una fina caricatura de Santacruz en la portada, dibujada por Tovar, en la que describe un episodio de la revolución francesa, en el cual un joven teniente muere defendiendo la familia aristocrática que le salvó la vida, en contra de sus tropas revolucionarias, es de una gran belleza y magnanimidad.

Tienen el carácter de ensayos filosóficos, con vistas a la revisión de problemas nacionales, estilo ganivetiano, sus «Clínicas de la Historia», primera de sus obras, en las que apuntan claros juicios

senequistas, sus «Piagas contemporáneas. Ensayos de crítica y sátira», sus «Relámpagos de Pensamiento», su ardorosa en el estilo pero de prudente contención en la forma polémica filosófica sobre «Ciencia antigua y nueva», que tiene su continuación natural «En busca del reinado de Cristo».

Don Pascual Santacruz lleva dentro de sí, como todos los mortales, de cuya imagen es trasunto la gran obra cervantina, un filósofo y un satírico, un iluminado y un escéptico. Todos llevamos dentro, ha dicho nuestro Benavente, un noble y un plebeyo, y todo el talento del vivir consiste, cuando cometemos una acción censurable, en poder decir a tiempo: eso lo ha dicho mi criado.

Porque, junto a la noble elevación de casi todas sus obras, sin que descienda un punto la meta final de su pensamiento noble, Santacruz escribe para el vulgo, en sencillo lenguaje. «Los desengaños de un comunista», escrito con profética visión histórica de los terribles y pasados sucesos españoles, es un relato novelístico que se lee con agrado. Sus «Cuentos de Guerra y de Amor» pertenecen al mismo género, como sus «Estampas de la Guerra», que vieron la luz no ha mucho en el folletín del fenecido «Defensor de Córdoba».

*
**

De buena crítica literaria es su trabajo sobre «El Teatro de los Quinteros», galardonado en Juegos Florales, por el Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba.

Estos trabajos de crítica literaria son aquellos en que la sazónada madurez de don Pascual Santacruz ha encontrado su más firme escabel. Constituyen el trabajo de seis años de crítica en la revista «Nuestro tiempo», de Madrid, cuya sección bibliográfica cuidaba con singular esmero.

En ellos destacan particularidades curiosas, que creo interesante anotar. Una de ellas es la destacada situación personal que siempre toma Santacruz ante los hombres, ante las cosas, ante los hechos. Por ejemplo, y como muestra de honradez cordial, ante Blasco Ibáñez, dice: «Si alguna vez lo combatí, nunca he dejado de admirarle».

Ante los monarcas y personajes influyentes del gobierno de la nación, no solo destaca su respeto y alabanzas, sino el patriótico ardor con que los defiende, y el flagelo que usa para sus denostadores.

Con motivo de memorias oficiales, de discursos parlamentarios, o de programas de gobierno impresos, su crítica le lleva a analizar honda y rectamente, con alto espíritu de patriotismo, todos los problemas nacionales. Las forestas, los teléfonos, la albufera, el crédito nacional, la hacienda pública, la reorganización del Ejército, los problemas del campo, la sindicación, los problemas sociales, la mendicidad, toda cuestión pública, de carácter político o social merece su comentario personal y su aportación amplificativa. En ocasiones, tiene trenos patrióticos, a lo Costa, o pinta, con singular deleite, muy a estilo de su época, ese confuso panorama de arribistas y logreros, sobre los cuales hace recaer los males públicos, como los niños en las películas de hoy presienten la llegada de «los malos» para descargar en ellos sus siibidos y denuestos.

Como antes digo, este buen español se sitúa personalmente ante todos los problemas. Ante el feminismo, comenta: «Yo creo, con nuestro inmortal Lope, que con hombres buenos no hay mujeres malas, y sospecho que el 99 por 100 de nuestras adorables solteras, puestas a elegir entre la concesión del sufragio activo y pasivo y un buen mozo, se abrazarían resueltamente al último. Y no continúo, porque desgraciadamente soy feo y desgarbado, y disfruto de poca salud y no puedo, por tanto, robustecer con un personal ejemplo la enunciada sospecha».

Es, por otra parte, de un interesante valor, para la historia política, social y literaria de España, leer la serie de estos artículos, en los cuales hay un comentario de altísimo valor histórico para cada hecho, para cada fecha. Quien dijo que la historia contemporánea se escribe a diario en las páginas de los periódicos, no pudo aplicar mejor su dicho que a la serie de artículos de don Pascual Santacruz.

Qué deliciosos y finos comentarios le sugieren las «Chácharas de café», de Cajal. Cuánto respeto le inspira la figura de Silvela, de quien comenta una obra. Con qué devota unción refiere la gesta del almirante Cervera. Llega a Anual y al general Primo de Rivera con la admiración que le inspiran el gobernante y el patriota. No hay más rendido homenaje ni más fiel vasallo que al tratar de Don Alfonso XIII. Por cierto que habiendo pertenecido durante la pasada guerra europea al grupo de los germanófilos, canta las glorias de la gran Alemania, su renacer científico, su aportación a la cultura mundial.

Su fibra patriótica halla coyuntura literaria cuando habla de cualquier escritor provinciano, de modesta estirpe, para exaltar el medio en que trabaja, sirviéndole ello de motivo para enaltecer los diversos solares nacionales. En este camino, tiene páginas, como la referente al espíritu de Almería, la bella y humilde capital andaluza, que recuerdan otras brillantes que hace siglos le dedicara el cordobés El Secundi, al hacer su «Elogio de Al Andalus».

Defiende enérgicamente el anhelo unitarista si trata del problema catalán. Aborda la cuestión polaca y las incidencias derivadas de la gran guerra. Y cuando llega a tratar, en sus críticas literarias, de libros o publicaciones que estudian la conquista de América, sale al paso de los detractores de la obra española y exalta en su justo valor aquella gran epopeya de la raza.

Tienen alto valor los libros de Santacruz, pero acaso en los artículos, como ya dije antes, esté la obra más ponderada, más sazónada, más útil, que la pluma del nuevo académico ha aportado a la cultura patria.

No pudo nuestro nuevo compañero, al entrar en nuestra corporación, escoger otro tema más acorde con el espíritu de su instituto que el tema senequista. Si la Real Academia de Córdoba quiere ser un archivo viviente, un rescoldo inextinto, un constante cultivo del saber cordobés, en el senequismo tiene este anhelo su más concreta expresión. No ya en el senequismo como escuela—si es que la voz de la tierra no es inevitable—, sino en el cultivo de la cultura senequista.

Renascetur quae iam cecidere, renacerá aquello que muere, reza con frase clásica el lema de nuestra Academia, orlando la efigie del padre Séneca. Y un año tras otro, el tema senequista oreá nuestras frentes y pone en la mente la dulzura de sus máximas morales.

No era, dicen todos los comentaristas de Séneca, el estoicismo del filósofo cordobés un frío razonamiento de escuela sofista. Los discípulos de Zenón, los estoicos, desviaban hacia la comicidad del gesto y la caricatura del alma. Séneca era estoico por temperamento, por raza. Hablaba por él la reciedumbre hispana, austera y modesta, pero fuerte y brava. Sobre todo, su estoicismo era humano, profundamente humano. No era de escuela, era de corazón.

Desarrollaba Séneca el tema estoico de «la vida conforme a la naturaleza», pero la vida humana, cordial, efusiva. Séneca era estoico, pero no se avergonzaba de verter lágrimas ante los conflictos sentimentales, propios o ajenos. Era un filósofo estoico, pero sobre

todo un español de gran corazón. Yo recuerdo la esencia senequista, en el dicho de un gran cordobés, desaparecido no ha mucho del mundo de los vivos, que ante los grandes problemas que algunos días pudieran conmover las fibras de su alma, repetía con explicativa convicción: «es que yo tengo corazón, y lo uso».

Nos plantearía este recuerdo, una vez más, el dicho de Ganivet, tan comentado, de que Séneca representaba fielmente el espíritu cordobés. Cuantas y cuantas veces, ante la serenidad del alma de Córdoba, se ha repetido hasta la saciedad que Séneca no fué más que una voz viva de la tierra cordobesa, un exponente antropogeográfico específico, como se diría en lenguaje científico de nuestros días.

Como mayor aportación a este ya rico venero de citas, aduciré una que no sé si es inédita. Cuéntase que cuando Rudolf Stamler, el gran historiador alemán de historia de Derecho, visitó España con ocasión de un congreso científico, estuvo en Córdoba, y desde la altura de las Ermitas, acaso desde el típico sillón del Obispo, dijo a sus acompañantes: «Jamás, en mis setenta años, he sentido un momento de plenitud de vida intenso como el que ahora mismo siento. Aquí comprendo como nunca a Séneca».

Recuerdan una vez más los biógrafos de Lucio Anneo que en los dos espíritus que parecía llevar dentro de sí el filósofo cordobés, en uno, en el de su estoicismo natural y afectivo, en el de sus máximas morales, en el de su austeridad, estaba su verdadero carácter, su tradición racial, la fibra más representativa de su moral. En cambio, el Séneca abogado, triunfador del foro, halagador de muchedumbres, prefecto, millonario, poseedor de una fortuna fabulosa pocas veces alcanzada en Roma, de más de quinientos millones de sextercios, con quintas de campo en casi todas las provincias de Italia, con suntuosos banquetes servidos en vajilla de oro y mesas de cedro valoradas en más de un millón de sextercios, que hacían palidecer de envidia al fausto imperial, estaba el Séneca romano, ciudadano de un imperio que se corrompía entre la paganía y la injuria, y que hacía posible que desde el solio de los emperadores se vertiera el parricidio de un Nerón o las extravagancias de un Calígula. El alma de Séneca era española y cordobesa, su cuerpo era romano.

De todo le purificó su muerte. Para él parece que se había de escribir, siglos más tarde, aquel «un bel morir, tutta una vita onora». Pasados los años, cuando de Séneca no quedan más que sus obras, es cuando adquiere más fuerza que nunca ese testamento popular del filósofo de Córdoba, que sus imagineros han grabado al pié de su figura: Os lego el ejemplo de mi vida.

Es el ejemplo que está en sus libros, no sólo en los de filosofía, sino en los de viajes, en los de física, en los de historia natural. Séneca estuvo en Egipto, acaso en la India, visitó casi todo el mundo conocido de su época. Supo que había tierra más allá de Thule, y que también hay siempre un más allá detrás de las tierras del espíritu. Tras este descubrimiento sus apologistas buscan con afán la pretendida correspondencia con San Pablo. Aunque para rezar a diario, como él mismo afirmaba, y creer en un más allá, donde el bien encuentra una inmanente justicia divina, basta leer las obras de Séneca, como anuncio también, en inspiración supraterrena, de que otro mundo, otra civilización, otros cauces, se abrían a la humanidad en aquellos tiempos en que no parecía haber otro derecho que la fuerza, ni otra razón de existir que la materialista. Comenzaba la era cristiana.

Evocar en nuestra Academia el tema senequista, en cualquiera de sus manifestaciones, es ahondar en la entraña misma de nuestro ser. Muchas veces se ha hablado entre nosotros de sostener en el seno de nuestro instituto, en las páginas de nuestro BOLETÍN, una sección permanente de senequismo. Ya es suficiente, que cada académico, al entrar bajo los pórticos, clásicos por académicos, de nuestra corporación, tenga para el padre Séneca el recuerdo que su cumbre merece.

Parece que don Pascual Santacruz, al escoger al azar, entre la pléyade de comentadores de Séneca, ha buscado, como en los autos representativos, uno por la patria universal—Schopenhauer—, otro por la gran patria española—oh, con cuanto gusto derivaríamos el fino escepticismo de Quevedo, de la reciedumbre estóica de Séneca—, y otro por fin de la patria chica—Ganivet—, que si en este caso representa la adoptiva patria granadina del recipiendario, también representa la cordobesa, por ser el primer glosador antropogeográfico del estóico de Córdoba.

Bien hayan los manes de Lucio Anneo, que han permitido que bajo su custodia penetre en nuestro recinto, modesto por su austeridad y recio por su españolismo, un nuevo académico. Al darle el Salve ritual pensamos que con él lleve un hálito de la serena estirpe senequista que un día, como el rayo de sol de Averroes, quisimos enterrar entre nosotros.

Rafael Castejón

Algo sobre Prensa Católica

Discurso de recepción como Numerario en la Real Academia de Córdoba, de Don Daniel Aguilera Camacho, leído el 20 de Febrero de 1940.

Es tradicional y preceptivo en las Academias que para recibir oficialmente a sus miembros presente el recipiendario un trabajo en que aporta sus conocimientos en un asunto determinado. Es como la exposición y probatura de una tesis que se exige para la investidura del doctorado en las Facultades.

Cuando fui nombrado correspondiente, de esta secular y luego Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en los tiempos ya lejanos de mi juventud, dedicaba como la protagonista de un poema de Campoamor

24 horas largas cada día

a mí que hacer ordinario y esto no permitió que fuera asíduo concurrente a las tareas de este Centro, pero cuando aquellas causas cesaron, y así ocurrió en 1939, los hoy mis

la sugerencia porque es materia muy de mi agrado y propósito para hacer de ella estudios y divulgación.

Además la Academia había dedicado varias sesiones en el pasado curso a estudio de bolandistas y se daban la mano estas enseñanzas con lo que pudieran ser estas modestísimas aportaciones mías.

Medité acerca de esta indicación, pensando en el mártir tudense



Don Daniel Aguilera Camacho, Periodista, Director y propietario de «El Defensor de Córdoba» y fundador de la «Revista Mariana». Nació en Baena el 10 de Abril de 1877. Ingresó en nuestra Academia como correspondiente el 8 de Noviembre de 1913.

respetados compañeros tuvieron la benevolencia de designarme para uno de los sillones vacantes.

Uno de los académicos, persona doctísima y singularmente estudiosa, hubo poco después de preguntarme qué tema escogería para este mi discurso, y me sugirió la idea de que fuera un asunto basado en la historia de los mártires cordobeses.

Acertado estuvo en

San Pelagio, que aquí dió su vida por Dios y por la Patria. Me era simpático hablar de un mártir, que en plena juventud dedicaba muchas horas de su cautiverio a explicar las epístolas de San Pablo, explicación que exige algo más que un saber rudimentario. Al delinear la figura de este mártir, menos conocida que la de otros de la misma época, como San Eulogio, Speraindeo, el abad Sansón....., hay que citar un centro de cultura que lleva su nombre y del que han salido muchos hombres de letras, ciencias y piedad. Por el Mártir y por el Seminario creía muy conveniente una monografía de San Pelagio, tanto más cuanto en la biblioteca de dicho Centro sólo se encuentra un ensayo dramático-biográfico con menos arte que excelente intención. En otra gran biblioteca cordobesa, muy escasamente visitada, hay en una edición de los Bolandos un poema latino (que yo traduje en otro tiempo), cuyo poema revela la inspiración y noble simpatía hacia la España católica de la monja sajona Roswitha, digna por ello de nuestra admiración y gratitud.

El poema es narrativo y se titula: Del cautiverio y martirio de San Pelagio.

No me consideré con fuerzas para traer a este acto semejante cuestión y pensé entonces en un escarceo filológico.

Hace algún tiempo corre como buena, hasta en labios de personas ilustradas y a diario se lee en los periódicos, una palabra en un plural absurdo que me crispa los nervios. Esa palabra es *autobuses*, y su barbarismo es igual que si buscáramos plural a *todos*, que ya lo es, y dijéramos *todosos*.

Me pareció que era pretencioso tratar de ese tema y hablar de palabras que ni la necesidad justifica, ni los doctos crean, ni impone el uso con razón. Es cierto que hay quien inconscientemente las acepta, quien sin precaver el mal que hace, las prohija y hasta olvidando un deber no las rechaza, declarando que son del vocabulario del arroyo y en él deben quedarse, pero hay autoridad que puede y debe hacerlas desaparecer y de ella espero que así lo haga.

Pensé entonces que habiendo dedicado todas las energías de mi vida a la prensa, también sobre ella debía versar ahora. Pero ¿de qué fase del periodismo, de qué cuestión con él relacionada debía ocuparme? No de la parte económica, ardua y poca estudiada por los amantes del ideal, para lograr el cual soñaban con el periódico; no del periodista alma del periódico, ni de la empresa que transforma ese alma haciéndole a veces pensar y escribir de modo distinto a como entiende; tampoco del periodismo-negocio porque nunca lo

comprendí de ese modo, y he pensado en el periódico que defiende un ideal, cuyo ideal y cuyo periódico he defendido siempre. Periodista católico por convicción, por educación y por afecto, me parecía, que por conocerlo mejor debiera escoger unas ideas sobre el periodismo católico, para ocupar la benévola atención, que espero me prestará este selecto auditorio que me honra acudiendo a oírme.

Cuestión nada nueva y hartamente discutida, no se ha expuesto claramente por distintas causas y no se han llevado a la práctica muchas de las soluciones buscadas, porque el ambiente saturado de liberalismo lo impidió.

«La prensa es, según dijo Villergas, igual que la nieve, que lo mismo blanquea las cimas de los montes que las profundidades de los barrancos. Altos y bajos reciben cotidianamente las impresiones que aquella les transmite, y altos y bajos aunque quieran sustraerse a su influjo no pueden dejar de recibir las ideas que le comunica y con su labor constante va llevando la convicción o el interés por lo menos en la materia tratada».

Pues bien, esa fuerza, que indudablemente tiene, hay que dirigirla y de esta manera puede inclinarse a los lectores hacia el bien y apartar la sociedad de fatales derroteros a que le conducen la falta de Fe y la sobra de sensualidad. Lo contrario es lo que realiza la prensa francamente atea y desmoralizadora, aunque es pertinente decir que no es esa prensa la peor, porque así lo parezca a primera vista. La peor la define Severino Aznar diciendo: «es la que destila el beleño de la indiferencia apagando los fuegos de todo entusiasmo, riéndose del ideal. Es la que se disfraza de católica el Jueves Santo y es lujuriente el Carnaval, aplaudió la doctrina del socialismo un día y al siguiente defendió el capitalismo».

La prensa católica tiene que luchar con la declaradamente enemiga y con la que taimada lo es más. Su labor es misionera, confesional. Por esto no es, aunque a veces se lo llame, la que escriben fervientes liberales, que en determinadas ocasiones tienen fruición en llamarse católicos y hasta llevan visibles algunos días escapularios y crucifijos. Para esos tales se inventó el dicho que tomó carta de naturaleza. «Somos católicos como lo fueron nuestros padres y liberales cual es nuestro siglo».

Podrán llamarse como quieran, pero nunca arrogarse el dictado de un nombre cuyo ideal no aman y sus doctrinas no sienten.

El Cardenal Segura estuvo muy acertado al definir la prensa católica en estos párrafos: «Por la naturaleza misma de la prensa

católica, tiene ésta que luchar con más numerosas y mayores dificultades que la prensa indiferente o impía, para poder llegar a ejercer predominio sobre las muchedumbres. Nuestra prensa no puede adular servilmente, ni transigir vergonzosamente, ni callar cobardemente. Nuestra prensa no puede servir intereses que pugnen con los sagrados intereses de Jesucristo y su Iglesia, y ocurre frecuentemente que los intereses económicos de las editoriales no están siempre en armonía con los intereses supremos de las almas. Nuestra prensa no debe, no puede soportar la tiranía de la empresa, ni la imposición del caciquismo político, ni los caprichos de la opinión malsana.

Nuestra prensa, ante todo y sobre todo, es católica, más que informativa y más que social y más que política y artística y científica y profesional, de tal modo que si en alguna ocasión se quisieran hacer prevalecer a la Fe, a la moral o a la disciplina, cánones supuestos del arte o de la ciencia, del orden político o social, nuestra prensa tiene ya sus normas invariables de seguir y deberá sucumbir por la gloria de Dios antes que claudicar ignominiosamente por sórdidos intereses. Camino áspero y erizado de espinas es el camino que recorre frecuentemente esa prensa católica, constantemente combatida con saña por los malos y, no raras veces, menospreciada por los que se llaman buenos. Es ciertamente doloroso observar que ni por sorpresa se ve en manos de un libertino y de un librepensador o de un impío un diario católico, si no es cuando despectivamente lo toman para impugnarle; y en cambio se ve a tantos y a tantos católicos devorando con avidez la lectura del periódico indiferente, del periódico liberal, del periódico frívolo, del periódico pornográfico, y aun del periódico positivamente sectario.»

Hay un signo que nos asegura de modo indudable que el periódico que lo lleva es católico. Ese signo es tener censura eclesiástica. Se ha señalado como obligación y es una obligación que con gusto deben cumplir todos porque revela obediencia a la jerarquía y es una seguridad de que la doctrina que se expone es católica.

El fin primordial de esta prensa es divulgar y defender las verdades de la Fe, aunque lo hagan con intensidad y autoridad los maestros y ministros de la religión. Al defenderlas ha de hacerlo virilmente, con energía en todo cuanto con esas verdades o con la religión se relacione. Secundariamente es fin la defensa de personas, entidades o bienes católicos. Por razón de los fines no puede figurar esta prensa en modo alguno entre la que es de negocio, sino entre la de ideal.

El sostener un periódico de esta clase es una carga que no ha de pesar sobre un solo hombre, sino sobre una empresa formada por y para el ideal; que aporte y administre el dinero, que asegure la vida económica del periódico, pero no que aspire a que reditúe para los accionistas el dinero que aportaron.

El diario católico debe aspirar a tener todas las perfecciones posibles, pero ni puede tener ingresos que la moral reprueba, ni escatimar gastos de los que son necesarios para mantenerlo en el más alto nivel.

Además de su doctrina y artículos de divulgación ha de tener una información tan amplia como el que más. No ha de limitarse a la del mundo católico, al que ha de prestar atención preferente, sino que ha de procurar que todos encuentren en él las noticias que necesiten.

Debe abrir sus columnas a la literatura, cuidando que ésta sea amena, variada y atractiva, defendiendo la prensa del defecto que muchas veces se le ha echado en cara: el de corruptora del lenguaje. Ya Echegaray, en un discurso académico, trató de exculparla de dicha falta, so pretexto de que el periodista por escribir de prisa puede a veces escribir mal.

Es un error creer que un periódico por ser católico sólo ha de publicar literatura ascético-mística. No hay razón alguna para que en él no se cultiven los distintos géneros literarios; es más, hay uno que debe serlo con esmero y es la crítica, tanto de libros como de obras teatrales. La razón es obvia. Los lectores deben encontrar en su periódico una verdadera guía para adquirir libros y asistir al teatro o negarse a una y otra cosa. Por ello, el redactor de teatros no será un meritorio, como hacen en algunos periódicos. Del libro y del teatro ha de tratarse con alguna competencia. El redactor que se ocupe del teatro debe alabar las bellezas literarias y los aciertos del autor, y fustigar sus faltas y equivocaciones. Pero ante todo y sobre todo ha de decir la verdad sin ambages del aspecto moral de la obra, no ser parco en ello y mucho menos ocultar un lunar de ese aspecto de la misma. Sea quien fuere el autor y sea como quiera la obra literaria, cuando el autor ofende la verdadera doctrina o la moral de algún modo, por leve que sea, el crítico debe subrayar la ofensa o falta, y si el caso lo requiere reprobarla con toda energía. Por transigir en lo que algunos consideraron insignificancia, se llegó de concesión en concesión, en los últimos tiempos, a tener como mal menor lo que es un mal positivo para todo ser consciente.

Como se debe buscar ante todo la gloria de Dios, los postulados

de esta prensa no se han de oponer ni rozar siquiera la doctrina, que siempre ha de ser lo primero.

Digo esto porque se ha dado el caso de que periódicos sedicentes católicos e independientes, publicaron en su texto principios sofisticos y anuncios impropios de su cualidad.

De aquí se desprende que el periódico debe ser confesional, mantener sus banderas desplegadas y lo mismo en su nombre, en su texto y en sus anuncios, no ha de tener equívoco alguno, sino aparecer clara su significación.

Esta clase de prensa es necesaria porque lo exige su propio fin de misionar y defender los altos intereses que le están encomendados. Prueba esta necesidad Balmes, cuando dice: «Una sociedad política está desarmada si no cuenta con un periódico que la defienda».

Medio siglo más tarde el Cardenal Reig escribía: «No puede concebirse una Acción Católica robusta, organizada, armónica, como el Papa desea si no se cuenta como instrumento para el desarrollo de la misma con una prensa católica adecuada».

Si es necesaria la prensa católica, como esas pruebas de autoridad lo demuestran, también son necesarios los medios que hemos de usar para que exista y subsista. Estos son espirituales, doctrinales, literarios y económicos. La oración está entre los primeros. Hay que orar mucho para que Dios nos dé buenos periodistas y nos depare hombres desprendidos que faciliten el dinero para esta gran obra.

Por esto fué un acierto en teoría el crear el «Día de la Prensa», que es medio espiritual y tiene como corolarios dos que pudiéramos llamar económicos: la propaganda y la colecta. Se debió la fundación del DIA a la iniciativa de don Ildefonso Montero, que al frente de un grupo de seminaristas hispalenses venía laborando por la prensa durante las vacaciones, para lo que fundó «La cruzada de la prensa» y «Ora et Labora», dos publicaciones beneméritas, dedicadas la primera a los seminaristas y la segunda enlace entre seminaristas y periodistas.

Salicru Puigvert, en uno de sus libros, dice del «Día de la prensa» que «debe ser la gran parada en que se pase revista a nuestros soldados de la pluma para enardecerlos en la lucha y comunicarles solemnemente las órdenes precisas para movilizarse en la forma que exijan los nuevos adelantos de la estrategia y del armamento». Añade que «es la fiesta magna del apostolado de todos los católicos, quienes con la oración, la propaganda y la colecta han de dar eficacia al valor heroico de los luchadores de la prensa».

Pero esta obra «tan oportuna y necesaria en los momentos actuales», en frase del Cardenal Reig, no ha tenido el desarrollo a que era acreedora por encontrar muchos detractores en los que debieron ser entusiastas, ni produjo el fruto apetecido por faltar a la obra los apóstoles necesarios. Bien deben dolerse de ello los que en los malhadados tiempos del segundo ensayo de la república padecieron males, que tal vez se hubieran evitado o aminorado de tener una prensa católica fuerte y poderosa, como pudo lograrse por este medio utilizado con entusiasmo.

El «Día de la Prensa» ha tenido, aunque pocos, admiradores idealistas, pero los que comprendiéndolo lo han llevado a la práctica han sido los menos y no han tenido quien con ardor los secunde.

El Cardenal Gasparri dijo de la fiesta: «Cuando un sinnúmero de diarios y publicaciones de todo género se difunde por doquiera en el pueblo sembrando constantemente principios contrarios a la doctrina cristiana y esparciendo noticias escandalosas y tal vez pornográficas, es obra de verdadero apostolado multiplicar los medios y la actividad de aquella prensa, que es la única que puede evitar tanto mal a las almas y puede llevar a todas una palabra buena y ecuánime, excitando en los lectores pensamientos puros y nobles e iluminando su vida en todo momento y circunstancia con la luz vivificadora del Evangelio».

Estas palabras del Cardenal Secretario del Vaticano serían la más alta aprobación de la idea si no estuviera ya ésta bendita e indulgenciada por el Papa, pero ha faltado a la idea la franca y caurosa acogida que debieron ofrecerle los católicos todos. Se preconizaba como necesidad absoluta para esta fiesta la oración. Creímos y creemos que la oración es lo más necesario, que por ella se habían de alcanzar celestiales dones y no faltarían materiales frutos, pero la oración, siendo la más imprescindible, fué pospuesta, casi se hizo caso omiso de ella. Tampoco se comprendió el alcance de la propaganda, que no se hizo o no fué lo metódica, ordenada e intensa que se debiera y por no hacerla se ha perdido una labor de veinticinco años, que bien dirigida pudo producir sazonados frutos en solo cinco. Era la colecta, que alguien llamó la añadidura, la tercera condición de la fiesta. Siendo la menos importante fué la preferida, y al referirse a ella se ha dicho hiperbólicamente que su resultado fué magnífico, siendo en realidad harto minúsculo.

Al decir esto es porque quizás no soy partidario de semejante fiesta? Todo lo contrario. Es que opino que deben celebrarla todos

los católicos, no omitiendo la oración, sino intensificándola con el fervor que el amor y la necesidad inspiran.

La propaganda, en los poquísimos lugares donde se ha hecho, no fué razonada e intensa, con la cabeza y el corazón, que es la propaganda que da ciento por uno. El «Día de la Prensa», como medio para engrandecerla, no lo será hasta que los católicos comprendan que es un deber suyo utilizarlo y que nunca es una carga, sino una petición que bendecirá el cielo, haciendo que en el futuro, como hija del amor, sea más querida, más divulgada la prensa católica, la cual tendrá un puesto de honor en el hogar de todos los suyos y un respeto por parte del adversario que reconocerá la fuerza que le da el cariño invariable de todos los católicos.

Otro de los medios para mejorar la prensa es la creación de una entidad que facilite información telegráfica a todos los diarios, artículos doctrinales y publicidad. Con ese fin se creó la Agencia «Prensa Asociada», por la asamblea de Zaragoza, pero no la coronaron los aciertos. Tal vez porque para desarrollar la idea se utilizaron personas de muy buena fe y talento, pero sin la práctica necesaria. Además no se coadyuvó al éxito con el debido entusiasmo, ni para lograrlo hubo apoyo efectivo.

A alguien pensó en que fuera una agencia informativa para Roma y no se cuidó de las necesidades de la propia prensa, siendo este su fin. La prensa extranjera está asociada con tal objeto. En España «El Debate» fundó la Agencia Logos para sí y otros periódicos con él relacionados. Para varios periódicos católicos se creó «Fides». En pleno movimiento, en 1937, nació «Faro», que desde un principio calculó el bien que podía hacer a la causa, sirviendo colaboración, publicidad e información telegráfica. No era el tiempo más apropiado para un ensayo, pero deben aprovecharse más adelante y en cuanto sean posibles sus enseñanzas, creando una agencia bien dirigida y orientada, sostenida por todos los periódicos, potente y con verdadera autonomía que evite la imposición de personal que por ignaro e inútil ha ocasionado más de una vez el fracaso de la obra.

Para obtener otros medios doctrinales, literarios y económicos, en parte puede servir esa agencia, en parte la colaboración, que no debe faltar de los amigos doctos, entre los cuales se ha de buscar al que represente en cada pueblo esta prensa. Así en las secciones lo mismo de Teología que de Agricultura, literarias que científicas, de quien debe solicitarse y en quien ha de encontrarse apoyo es en los afines.

En este trabajo no tienen cabida y por eso no nos ocupamos de

otros medios económicos que pueden utilizarse, como son: buena imprenta, necesaria para el periódico y muy conveniente para los trabajos diocesanos; la corresponsalía en todos los pueblos, que facilita pagos y cobros y ahorra dinero; el kiosco en las capitales y los vendedores propios, que benefician la administración. Kiosco y vendedores, que son medios precisos para la propaganda.

Citados, aunque algunos lo sean a vuela pluma, los medios que pueden emplearse en pro de la prensa católica, hay que insistir en que es un deber de las entidades y de los individuos que empleen la palabra católico, no como una locución de moda o de circunstancias, sino como un honor preciado, facilitar esos medios.

Entidades o individuos deben crear donde no existe y sostener y mejorar donde existiera la prensa católica, y para ello no deben escatimar sacrificios. Cuanto mayores y más realicen más y mejor pueden llamarse católicos. Para procurar el triunfo de la doctrina que se ama nunca se mide ni se pesa el trabajo que ha de costarnos. Las rosas sin espinas tienen menos fragancia, lo que poco cuesta poco vale, menguado es el triunfo que sin pelear se consigue. El triunfo no hay que esperarlo como un don necesario del cielo, sino agradecerlo como don gratuito a cuya consecución hemos cooperado.

Los católicos españoles no creen tener deberes para con su prensa. Ni los que pueden crearla la crean, ni los que a ello están obligados la propagan, quienes deben facilitar su labor la entorpecen y aquellos que al apoyarla no harían nada de más se contentan con subvencionar la enemiga. Algunos de éstos dicen que el periódico católico, por serlo, ha de defender hasta los intereses particulares de los que así se llaman. En cambio, y conocemos muchos casos de haberlo hecho, dan su dinero al periódico enemigo para tener en aquel campo quien les aplauda o les ayude.

Siguiendo esta peregrina teoría, a nadie debe extrañar lo que ocurre. Los que así proceden esperan que llegada la hora del peligro descienda el milagro de los cielos para favorecerlos. Los que piensan bien, como las vírgenes prudentes de que nos habla el Evangelio, deben vivir con el aceite preparado en sus lámparas, como el que quiere la paz está arma al brazo para que no le sorprenda el enemigo.

Este deber, que cumplido dá satisfacción, cuesta mucho menos de lo que pagan algunos por un capricho, menos de lo que cuesta componer su automóvil de turismo a los que ese cumplimiento rehuyen.

Algunos que faltaron a ese deber sufrieron una equivocación que han pagado cara y seguirán pagándola mientras no abandonen sus actuales derroteros.

Esto que ocurre aquí ha ocurrido antes en Francia, donde costó tanto trabajo a Veuillot romper el hielo de la indiferencia. La empresa de «La Croix» se quejaba de no hallar un aplauso y un apoyo merecido por sus campañas, y se hallaba en pleno éxito; aquí se regatea siempre el aplauso y apoyo y se nos ponen obstáculos hasta para vivir.

A tales deberes que los católicos tienen con su prensa ésta corresponde con sus sacrificios y su apostolado, con estar siempre dispuesta a defender los postulados de su doctrina y después de Dios a ser siempre la primera para cuanto la Patria necesite, sirviéndola en todo.

Así la prensa católica ha prestado bienes positivos a la Patria, aunque unos no se hayan reconocido y otros se hayan regateado. Fué uno de ellos combatir sin tregua al liberalismo, al rotarismo, a la masonería, tres males que se reducen a un principio diabólico. Al liberalismo admitido y adulado por las clases directivas, no encontraban mal alguno sino bienes. Se dieron avisos por nuestra prensa sobre el mal que el liberalismo introdujo en las costumbres, produjo en las familias, causó a la Patria y, ¡triste es decirlo!, se tomaron a broma o se les hizo oídos de mercader.

Ese mal fué perfeccionado diabólicamente por el rotarismo y la masonería, dos enemigos infiltrados en una sociedad que los consideraba antes de razón elaborados por la fantasía de los escritores católicos. Unos y otra fueron poco a poco apoderándose de los resortes del poder y carcomiendo los cimientos de una política fundada y basada en el liberalismo.

Así pudieron elevar al gobierno aquel engendro de república, en la que todo mal tuvo su asiento y aquellos republicanos, masones en su mayoría, dieron paso libre al marxismo y a la hecatombe que éste ocasionó en España.

Como al Liberalismo antes en esa etapa, luego combatió con ardimiento la prensa católica a la república y a los republicanos ocupando éstos el poder, no importándole que hubiera elementos oportunistas, como los hay siempre, que vieron en Don Niceto un defensor del catolicismo y en la república un sistema compatible con la doctrina cristiana. Nuestra prensa logró desenmascarar a republi-

canos y marxistas, y mientras los seudogobernantes abrían las puertas al bolchevismo la prensa católica preparaba el triunfo de unos ideales hispanos, porque siéndolo eran católicos.

Cual mucho tiempo antes lo hacía, siguió entonces sembrando en los pechos de la juventud española los ideales por los que ésta dió contenta su sangre, alentó luego a las madres para que éstas gozaran viendo las heroicidades de sus hijos, aunque sus hazañas fueran a costa de su vida. Fué esa prensa la que en los primeros días del alzamiento pregonaba la victoria y en días posteriores no dió a la duda abrigo, no se sintió oportunista, sino que siempre mantuvo enhiesta su bandera, en la que como en los días nefastos de la república pudieron verse brillar sus dos lemas: Dios y Patria. El periodista católico no antepuso nada al Rey inmortal, al *Corazón de Jesús*, y por él lo dió todo: su vida, su pensamiento, su libertad, su trabajo: dió su alma.

A la Patria no regateó vigiliás, no le inquietaron persecuciones que le acarrearán su defensa, no escatimó su esfuerzo para atacar a los que la empobrecían, a los que la traicionaban, a los que la deshonraron. Nunca buscó al hacerío más que cumplir con su conciencia, nunca esperó un cargo, una recompensa. Le bastó con la satisfacción íntima del deber realizado.

Reconoció los valores de nuestro Ejército y les rindió pleitesía, estuvo a su lado en las horas amargas del 10 de Agosto y en las de la aurora que luego trajo su triunfo. Fué esta prensa la primera que vió en Franco el hombre providencial que Dios envió a la Patria y defendiendo Dios y Patria tenía que amar y enaltecer al Caudillo, porque Dios le enviaba y fué por Dios y por la Patria por quienes vino a luchar.

Esa prensa, en este caso, como siempre, respondió a su historia, que no alabamos sino que nos limitamos a narrar la suya en España.

Pero antes que eso queremos dar una ojeada retrospectiva a la prensa española en general. Después hablaremos de los periódicos y periodistas católicos en los siglos XIX y XX.

Periódico propiamente tal puede decirse que el primero en España es «La Gaceta», que nació en 1661 y de la cual hay ejemplares en 1685 y en 1690 con distintos nombres, pero el periódico es el mismo a través de las vicisitudes del tiempo. El nombre de «Gaceta», que ha conservado hasta nuestros días y que probablemente volverá a tener, procede de una palabra italiana: «gazzeta», nombre de una moneda

con que se pagaba el relato que publicaban los antiguos periódicos venecianos.

En 1734 hay otros periódicos en España y desde esa fecha al 1799 se fundan hasta 55, que son comerciales, científicos, históricos y en todos ellos predomina la nota satírica.

La revolución francesa, madre de tanto mal, dió potentes alientos a masones y masonizantes para propalar su ideario y con el mismo fin procuró gran avance a su prensa. La española cobró también auge y la que existía a principios del siglo siguiente se dividió en dos bandos principales: nacional y afrancesada. La mayoría era de nacionales y éstos eran unos liberales y otros, los más, eran lo que se llamaba entonces absolutistas y serviles.

En la gesta gloriosa de 1808 fué la prensa nacional la que atacó denodadamente a los franceses, a los afrancesados y sus doctrinas, trilogía que siempre fué contraria al buen sentir de España: en la antigüedad, en el siglo XIX y ahora. Su proceder durante la cruzada dice lo bastante.

En 1815 se prohíbe todo periódico que no fuera «La Gaceta» o el «Diario de Avisos». Esa medida fué un corolario de la constitución liberal de Cádiz, que originó una reacción tal que para acallar las luchas de uno y otro bando fué precisa esa orden, que duró poco. Tornaron los periódicos y sus luchas. En 1824 se reanudaron todos, alcanzando mayor difusión.

Desde esa fecha a 1868 nacen y desaparecen en España 700, algunos de los cuales, como «La Epoca» de Madrid y el «Diario de Córdoba», han vivido hasta nuestros días.

Entre los principales periódicos madrileños del final del siglo XIX y de las primeras décadas del XX estaban: «La Iberia», órgano de la política de Sagasta; «La Correspondencia de España», que hubo un tiempo llamaron el gorro de dormir de los madrileños; «El Globo», que defendió la política de Castelar y en sus últimos tiempos, siendo siempre anticatólico, quiso actuar de crítico de sermones, pero no le guiaba el noble fin que al P. Isla, ni en este Fray Gerundio de Campazas, los redactores sabían una palabra de lo que entre chacota y burla comentaban; «El País», sectario en política y aún más en religión, y «Las Dominicales del libre pensamiento», semanario que fué a fines del pasado siglo predilecto de los ateos y masones, en el que más cursis que sabios pretendieron hablar doctrinalmente quienes eran maestros en la institución libre de enseñanza, pero analfabetos en Teología y en otras cosas.

Surgió luego «El Imparcial», que siempre alardeó de liberalismo y de su redacción se separaron los fundadores de «El Liberal», primer periódico que en España explotó la publicidad de proxenetas sin que asomara el rubor al rostro de sus propietarios y redactores. Con el «Heraldo», que nació más tarde, se formó el famoso trust, que hizo gravísimo daño a España como lo hicieron sus factores separadamente. En el orden moral con sus reprobables doctrinas, en el nacional con la pérdida de nuestras colonias ultramarinas y la guerra con los Estados Unidos, de la que fueron principales alentadores, y en el político laborando en pro de la república y el marxismo, que tuvieron en los dos últimos voceros constantes.

Representan luego la sensatez «El Español» y «España», y más tarde «La Acción» y «La Nación». La fundación de «A B C» es una piedra miliaria en la prensa española, pues supo colocarse desde entonces en primera línea a la altura de los mejores extranjeros en información y presentación.

Luego, con dinero de quienes se decían católicos y solo eran plutócratas vizcainos, se fundaron «El Sol» y «La Voz», diarios de una misma empresa, que obedeciendo la consigna masónica sembraban el mal en las clases cultas el primero y en las demás la segunda. La monarquía, la patria, la moral y la religión tuvieron en esa empresa enemigos descubiertos y destructores a sueldo.

Tal es a grandes rasgos la historia de ese periodismo madrileño que en su mayoría acarrió a la Patria irreparables daños.

Veamos ahora el periódico católico, principal objeto de este trabajo. Algunos han pretendido hacerlo pagando plumas estimadas en el campo enemigo, que es como pagar almas: inmoral. Así hubo en periódico católico plumas inficionadas de liberalismo que las inspiraban cerebros cultos, las cuales defendieron ideales que no sentían y más de una vez resbalan sustentando doctrinas que no profesaban. Proceder así es un error gravísimo. Más interesa estar bien formado en católico que ser maestro en el arte de escribir y en escoger titulares llamativas. Tampoco se exige que el periodista sea trapense, pero sí que en su vivir se acomode a las ideas que propugna.

Otro error de las entidades que sostienen un periódico es buscar para quienes lo escriben un empleo, una sinecura, que roba actividades al periodista y le someten a un nuevo yugo en vez de proporcionarle libertad para desenvolverse y medios para lograr con el estudio más y mejor formación. Quien solo tiene una sección y esa no es

diaria, justo es que pueda laborar en otras actividades obteniendo el merecido lucro.

Como labor de apostolado no es el lucro el fin del periodista católico, cuya profesión «es la peor remunerada y más criticada», como dice el Cardenal Gibbons. El bien que hace pasa casi siempre inadvertido, pero cualquier desliz es abultado y pregonado a los cuatro vientos».

Triste es la verdad que encierran estas palabras y es lástima que los que debieran ser y estar agradecidos destilen odio para el mal pagado periodista. No tienen para él la recompensa justa, ni el amor que basta, ni la noble comprensión que explica, ni siquiera la caridad cristiana que lo acalla todo.

El periodista de la hoja volandera, que no es la revista, ni el periódico profesional, debe formarse en una escuela que no tenemos, pero esa formación necesita haber estudiado antes una carrera en la que adquiera la cultura que ha de menester en su profesión.

Nuestra prensa necesita no solo católicos y periodistas sino periodistas católicos. Resulta preciso en las redacciones de esos diarios que haya una o más personas versadas en Sagrada Teología. Periodistas a los que sean familiares la Filosofía, la Teología y los Cánones, son una verdadera adquisición para una redacción de periódico católico.

El gran publicista Fabio decía que la mejor escuela del periodista católico era el estudiar «Opera omnia» de Santo Tomás. Es que pensaba, como dijo Proudhon, que toda cuestión política lleva consigo una teológica y conociendo la «Summa» hay mucho adelantado en el camino para discernir la verdad y escribir acertadamente sobre cuestiones políticas.

Los que cursaron otra carrera y desconocen la Teología, puestos a escribir tendrán una excelente voluntad de evitar incurrir en herejías materiales, pero eso no basta y más de una vez la ignorancia supina en disciplinas eclesiásticas les ha hecho equivocarse y sostener doctrinas que en un periódico confesional no tienen paso.

Por esto sostenemos la necesidad de teólogos en toda redacción nuestra, pues si bien el censor eclesiástico lo es, como su censura es «a posteriori», no puede evitar males o faltas que sí evita el redactor teólogo. Recordamos que Renán dijo: «la noticia sensacional corre más que su rectificación». Cuando un redactor desbarra se lee y comenta mucho más su falta que la verdad que el censor impone.

El origen del periodista católico lo encuentran algunos en el que

escribía las actas de los martirios, en el que contaba en la explanada de los santuarios las aventuras de los peregrinos, en el cruzado que venía de Palestina y narraba los hechos de su viaje.

Nosotros vamos a buscarlo en las primeras décadas del siglo XIX, en los que entonces eran calificados de serviles, y un siglo después se nos ha honrado con el dictado de retrógrados. Somos contados esos periodistas, pues se trata más que de una profesión de un apostolado, y no todos quieren llevar a hombros esa cruz.

Pero ni ser apóstol es sustancial para todos los que se lo llaman, ni estas o análogas calificaciones suelen tener más verdad que la del momento.

En España, en el siglo XIX, hay hombres como Balmes, que si combatiendo el protestantismo obtuvo renombre y por su Filosofía y su admirable «Criterio» pasó a la posteridad, su personalidad dejó imborrables huellas en el periodismo. Díganlo si no las revistas por él fundadas «La Civilización» y «La Sociedad» y el semanario «El Pensamiento de la Nación», también por él fundado y dirigido.

Otro periodista cumbre es Aparisi y Guijarro, orador grandilocuente, inspirado poeta, político tradicionalista, colaborador, redactor y director de periódicos.

Son de mediados de siglo el delicado poeta José Selgas, el dramaturgo López de Ayala y el novelista Navarro Villoslada, redactores del «Padre Cobos», modelo de publicaciones satíricas, cuyas indirectas se hicieron famosas. De final del XIX son los Pidal y Orti y Lara de la Unidad Católica; Nocedal, propugnador del integrismo; el denodado polemista Mateos Gago; Sardá y Salvany, con su «Revista Popular» y su folleto «El Liberalismo es pecado», duramente combatido por los adversarios y aun por los afines, pero aprobado por la Santa Sede, que condenó la doctrina contraria.

Del presente siglo son Benigno Bolaños, el popular tradicionalista «Eneas»; Senantes, sucesor de Nocedal en la dirección de «El Siglo Futuro»; Angel Herrera, que llevó a la prensa católica aires de Norte América, renovando procedimientos y dando amplitud a las informaciones; Rufino Blanco, que dirigió largos años «El Universo»; López Becerra, humorista envidiable; Raimundo García, excelente cronista de guerra en Africa, clarividente y acertado en sus juicios en la actual campaña; Miguel Peñafior, Cirici Ventalló, Polo Benito y otros que por no extendernos mucho dejamos de citar.

Dejaríamos incompleta esta breve lista si no incluyéramos en ella a quienes siendo meritísimos sacerdotes simultanearon el apostolado

de su ministerio con el de la pluma y en ambos dieron gloria a Dios y bienes espirituales al prójimo. Citemos como incansable publicista al P. Remigio Vilarriño Ugarte, que con múltiples pseudónimos fué infatigable divulgador de doctrina, de moral y liturgia en cientos de artículos de revistas y en la prensa diaria; el P. Garzón, fundador y director de la «Lectura Dominical» y de «El Apostolado de la Prensa»; el P. Dueso, que fundó «Los Legionarios de la Prensa», y los Padres Moreno Estévez y Otero Macías, que laboraron activamente hasta su muerte en «El Correo de Andalucía».

Entre los periodistas católicos han alcanzado este siglo la investidura de académicos de la española de la Lengua: un orador elocuentísimo, profundo filósofo y político de altos vuelos, que honró a la clase llamándose periodista, D. Juan Vázquez de Mella, y otro escritor que perteneció a la profesión 47 años: D. Valentín Gómez, director del «Movimiento Católico», por cierto que a su muerte fué a la Real Academia Española el P. Coloma, ocupando el sillón que había dejado vacante D. Valentín.

Estos y muchos más innominados son los apóstoles de la prensa católica española, de la que hemos de hablar ahora sin levantar el velo que descubriría su vida triste y miserable por incomprensión de los más, por desidia de otros, por estorbárselo algunos lobos con piel de oveja y que solo con la permisión de Dios, por el esfuerzo de unos pocos, adquirió en las tres primeras décadas de este siglo gran preponderancia.

Nuestra prensa comenzó a ser combativa a principios del siglo XIX, según hemos indicado en rápida ojeada al hablar de los periodistas, pero su crecimiento es de la primera década del siglo actual. Entonces se piensa en celebrar Asambleas para estudiar medios de mejorarla, engrandecerla y propagarla. Se celebró la primera en Sevilla en 1904, y se adhieren a ella 105 publicaciones, pero existían más. La mayor parte de sus socios desconocían a fondo los asuntos de la prensa, como lo demostraron en algunos de sus discursos y memorias de las dos primeras asambleas. Sin embargo se logró algo en favor de la prensa. Esta aumenta en cinco publicaciones el 1905, en doce el año siguiente y en treinta y seis el 1907.

A la de Zaragoza en 1908 se adhieren 212 publicaciones. Se dibujan en la misma dos tendencias que no faltan en la de Toledo: los que piden un criterio amplísimo y es su portavoz dentro y fuera de la asamblea el canónigo ovetense don Maximiliano Arboleya,

propulsor de «El Carbayón». Llevó la bandera contraria el elocuentísimo magistral de Sevilla, Roca y Ponsa, y con él la prensa tradicionalista.

En esta etapa los seminaristas hispalenses prosiguen su labor activa y publican el Almanaque de la Prensa Católica. En él se exponen las características de la española y de parte de la hispano-americana. En su edición de 1912 figuran 550 periódicos y en la de 1914 son 750. El anuario del ministerio de Fomento publica aquel año el nombre de 158 más.

Según dicho ministerio los periódicos católicos existentes eran 1006 en 1920. Sin embargo a la Asamblea que se celebró en Toledo en 1924 solo figuran como adheridos 305. Como tal diferencia? Figuran entre los adheridos muy pocos Boletines Eclesiásticos. Falta la inscripción de 50, pero son muy pocas publicaciones para compensar la diferencia.

En la Junta organizadora de esta Asamblea figuraba como vocal el director del periódico católico más antiguo de España, que es el «Diario» de Barcelona, cuya fundación data de 1792.

Al advenir la república, y con ella el periodo de persecución, se suspendieron muchos periódicos. Los católicos eran entonces 70 diarios, 5 trimestrales, 10 bisemanales, 129 semanales, 81 decenales, 43 quincenales, 121 mensuales, un bimestral, 3 trimestrales, un cuatrimestral y 40 sin fecha fija para publicarse.

Según fué avanzando la etapa de persecución con el frente popular, fué disminuyendo la prensa católica, cuyo número actual desconocemos.

Los periódicos contemporáneos principales fueron estos: «El Universo», representante de los católicos adictos a la monarquía reinante; «El Correo Español», órgano de los carlistas; «El Siglo Futuro», que lo fué solo de los integristas, hasta que al desaparecer «El Correo» lo fué de todos los tradicionalistas; «El Debate» tuvo varias oscilaciones, hasta que se encargó de él «La Gaceta del Norte», lo encauzó administrativamente y lo entregó a los propagandistas católicos. Fué periódico de información y en su confección se atendió a la modernidad, se inspiró en la prensa americana y ha sido el de mayor tirada de la prensa católica española. En política fué el fundador y portavoz de Acción Popular, aunque solo apareciera como tal oficiosamente. La empresa del «Debate» fundó últimamente «Ya», diario de la noche.

Los más importantes periódicos de provincias fueron: «El Correo

Seráfico»; los semanarios la «Semana Católica», «La Lectura Dominical» y «El Iris de Paz», y otros muchos no menos recomendables.

En la provincia de Córdoba también hubo abundante fioración en la prensa. En el siglo presente hubo tres diarios: el «Noticiero Cordobés», que vivió media docena de años, «El Defensor de Córdoba», que vivió 40 y fué gubernativamente suspendido en fines de Septiembre del 38 y «Guión», órgano de Acción Popular, que vivió dos años. Semanarios hubo: tres tradicionalistas «La Bandera Española», que murió a primeros de siglo; con el mismo título se publicó otro en plena república. En igual época vivió en Aguilar de la Frontera «Boinas Rojas». Más de 20 años existió «El Boletín Dominical»; otro tanto el «Cronista del Valle», de Pozoblanco, y «La Opinión» de Cabra. También se publicaron «Afanés», de la juventud católica, «El Eco Parroquial» de Montilla y «El Eco de Lucena». Hubo otros semanarios en Baena y Puente Genil.

Decenales, quincenales o semanales, se han publicado los siguientes: con el título de «Boletín», el «Eclesiástico», el «de la Adoración Nocturna», el «Salesiano» de Córdoba y de Montilla, «de la Federación Católica», «de la Acción Católica de la Mujer»; «La Tierra», «Hoja Mariana», «Mensajero del Corazón de María», «El Rosario Perpétuo», «La Campanilla del Viático», «Montilla Agraria» (que tuvo imprenta propia), «El Remedio» de Zambra, la «Revista Aracelitana», «Salve», la «Revista Mariana», que su fundador sostuvo 14 años y en ella se insertaron interesantes trabajos iconográficos; el «Cruzado de la Prensa», periódico quincenal, cuya tirada de cinco mil ejemplares se repartía gratis a pesar de la escasísima protección que se le dispensó. Este periódico estaba dedicado a defender la prensa católica y a combatir la blasfemia.

Hoy, de los 31 periódicos citados, solo se publican los tres Boletines nombrados en primer lugar en el párrafo anterior.

Algo más pudiera y quisiera decirnos sobre este tema, no para demostrar que la Prensa es el Cuarto Poder del Estado, según se mintió en las democracias, pero tampoco para rebajarla tanto como quien llamándose o que le llaman periodista, lo ha hecho glosando una frase del inmortal Pereda. Nunca escribió el autor de «Peñas Arriba» la frase «chicos de la Prensa» con el tono despectivo que ha querido darle el comentarista adúlador. Los galeotes de la pluma serán jerarcas poderosos, cosa que la mayoría no pretendió, pero muchos de ellos son artifices del pensamiento y enmendadores de entuertos, cuando ejercen su profesión con dignidad y talento.

También son defensores de la verdad, que según el salmista, nació de la tierra y ha de buscarla siempre combatiendo la mentira, que tiene su padrinazgo en los abismos. La justicia ha de ser otro de sus postulados. El periodista debe rendir culto a esa virtud que se miró desde el cielo, en expresión de David, porque es donde se aprecia y se ve bien. Con la justicia debe buscar la paz de las almas, pues la justicia y la paz al encontrarse se besan.


Verdad, justicia y paz en sus columnas, energía y constancia en su apostolado, comprensión y protección de parte de sus afines en el ideal, es lo que deseo a la prensa católica de la que dejo dicho algo de lo que en mi sentir debe ser y lo que ha sido principalmente en este siglo. Sus necesidades y deberes los he estudiado y comprobado en el libro de la experiencia. Ella me ha enseñado lo que he dicho y lo que no es oportuno decir. Solo quiero antes de terminar pedir a Dios en lo futuro sea la prensa católica envidiada por el adversario, temida por el enemigo y admirada y protegida por los católicos, que con ella puedan ofrecer al extranjero un modelo en todo.

Esa prensa defensora del ideal e identificada en sus aspiraciones con el bien, ¡Dios quiera que siempre pueda cumplir sus fines! y en sus páginas sigan sobresaliendo siempre con la verdad y la justicia, la belleza y la caridad.

La belleza no debe faltar en unas publicaciones que como las de la prensa católica tienen la Belleza Increada como objetivo y siendo la fealdad su contradictoria no ha de prestarle cobijo. Tampoco ha de faltar en estos periódicos la caridad que es amor a Dios y amor a nuestros semejantes. La Caridad que es paciente y es benigna, en expresión del Apóstol, es muy necesaria en la prensa católica, porque esta es apostolado y en él se necesita como bálsamo y ayuda, contrarios al odio que tantas veces anida en el alma e inspira muchas luchas de la vida.

Un poco de caridad vuestra espero yo al finalizar estas notas, y aspiro a que la tengais conmigo, siguiendo vuestra nunca desmentida tradición, que os acredita de dádivosos en amabilidad, corteses con los humildes y nobles y benévolos en todo. He dicho.

Daniel Aguilera



Contestación al discurso de Don Daniel Aguilera, con motivo de su ingreso en la Real Academia cordobesa, por Don José M.^a Rey Díaz.

A vos me dirijo, DON DANIEL AGUILERA: y, no sé si comenzar llamándoos «*Señor Académico*», en frase que sea, como anticipo del tratamiento que corresponde a la investidura honrosa que, dentro de poco —cuando la simbólica medalla tintinée sobre vuestro pecho y tomeis un asiento numerado entre nosotros—, vais a recibir; o si iniciar mi salutación invocándoos: «*Señor periodista*», para dar a entender que tal dignidad y título tal, —que conquistásteis en buena hora—, os acompaña aquí, os sirvió de credencial para llamar un día a nuestra puerta, y permacerá prestigiosamente unido a vuestro nombre, no sólo por el tiempo que os reste de vida, sino también después de la muerte; que, las palabras *periodista* y *católico*, como una limpia ejecutoria, ganada por vos a lo largo de una existencia, honrada y activa como pocas, habrán de ser un día, lejano por fortuna—, el escudo cincelado, que signe la piedra de vuestro sepulcro.

Os saludo pues, al llegar a estos umbrales llamándoos *Señor periodista-académico*, para significar que de lo uno y de lo otro, —aunque, ahora, en forzosa vacación de lo primero—, participa la respetuosa conceptualización pública que merecéis, y el renombre de que gozais entre la gente de pluma de media España.

¡Bienvenido seais, *Señor periodista-académico*, a esta docta Corporación centenaria, que sintió, siempre, predilección por los luchadores que gastan sus energías mentales en la batalla, sin trégua ni descanso, del periodismo diario!

* * *

Yo os agradezco en el alma, Señores de la Academia, mis ilustres compañeros y Maestros, que me hayais proporcionado la ocasión, al traer vuestros poderes y vuestra voz a este solemne acto, de decir, muy claro, algo de lo que sé por mí, del periodista católico Daniel Aguilera, y de proclamar, ante este selecto auditorio, enaltecido por

la presencia de las Autoridades y por representantes de las más destacadas y principales Corporaciones y entidades oficiales de la ciudad, cuán complacida queda nuestra vieja Institución, al concederle un puesto en sus filas y al incorporarlo, de por vida, a sus tareas y trabajos en pró de la cultura cordobesa.

Debo mucho, personalmente, a nuestro nuevo compañero; y, si bien es verdad, que entre él y quien ahora, por su propio designio, le apadrina, hubo un día, lo que me atrevería a llamar «*interferencia*» o disminución recíproca de afecto (ocasión, que por notoria y pública y traída y llevada, fuera peor disimularia), también es cierto, que acaso esté allí, en lo pretérito, la satisfacción doblada que yo siento ahora, en el presente, al hacerle justicia en público, cuando él, circunstancialmente apartado del campo de combate, retirado a sus tiendas, quebrada su salud, puede reconocer mejor que entonces, el respeto que me inspira hace muchos años, y también la complacencia que experimento en proclamar, cómo, en mi mente, viven enlazados, —sin solución de continuidad—, el gratísimo recuerdo de mis primeros pasos de aprendiz de periodista, dados de la mano de DANIEL AGUILERA, en su diario «El Defensor de Córdoba», y las afables coincidencias de nuestro cordial y pacífico trato y amistad, en la última década.

* * *

Quedaría, Señores invitados, mi misión cumplida ahora, con seguir a Daniel Aguilera, en el mismo terreno que él, con tanto acierto, ha recorrido, en el discurso que acabais de oírle; con insistir sobre algunas ideas suyas, remachándolas, esclareciéndolas o documentándolas con hechos por mí observados o recogidos, para afianzar la solidez de sus razonamientos, la importancia y seguridad de las deducciones a que le ha conducido el asunto —para él vivido, pero no es necesario.— Quien dedicó las energías de la mejor etapa de su vida, a la Prensa católica, no podía dejarse nada en el tintero, al señalar los deberes que nos ligan a todos los católicos, con los periódicos al servicio de nuestra Religión, ni tampoco titubear, al poner el dedo en la llaga de las incomprensiones que se han padecido en este orden de cosas, en España y en Córdoba.—Mejor que glosar el contenido del discurso del nuevo Académico, que, tanto valiera como pintar sombras en las claridades de su persuasiva exposición de hechos, creo que mi papel, —el papel de la Academia— en este caso, mas bien está limitado a *justificar la designación* del popular

periodista, del noticiero incansable, del publicista fecundo y del cristiano poeta, para el puesto que, esta noche, hemos venido a conferirle.—Mi labor es, grata labor de ensalzar, lo hecho hasta aquí, en el campo de las Letras, por Daniel Aguilera, pluma que ha sabido mantenerse cuarenta años en comunicación cotidiana con gentes de diversas clases, porque en ello está la raíz, el germen y el fundamento de lo que la Academia espera de esa pluma, de aquí en adelante; descubrir, una vez más, sus merecimientos para con la ciudad, en la que ha sabido llenar una necesidad social, poniendo afanes incesantes y tenaces empeños, por la causa de Dios, al combatir desde la brecha de *su diario*.

Y no cedería a nadie esta misión, que las circunstancias me deparan, porque pocos podrán desempeñarla con la seguridad de quien ha seguido, en el andar del tiempo, las huellas del que hoy es recibido de Académico.

¿Os acordais, Señor Aguilera?...

Yo comencé a frecuentar la Redacción de «El Defensor», hace más de treinta años: hacia el de 1908 o el 1909; mas recuerdo muy bien, que conocía a su Director de antes, y admiraba, de más antiguo, su dinámica actividad reporteril... Fué una mañana, muy a primera hora, la víspera de San Lorenzo del año de 1904 (treinta y siete han quedado ya atrás), cuando habitábamos pared por medio, en dos viejas y humildes viviendas de la calle de Armas, y él me invitó a presenciar cómo se hacía un reportaje, en el que le brindaba un siniestro, un incendio voraz en la casa y en los graneros de un labrador rico del barrio de la Magdalena.—Entonces le admiré de cerca y, viéndole trabajar para su periódico, sentí, ¿porqué no decirlo? sentí primera vez, vocación por el oficio de buscador de noticias.

Seguimos tratándonos, y en 1911, me otorgó, como una merced, que yo todavía la estoy agradeciendo, el Título de Redactor de su Diario, poniéndome en la mano a mis veinte años de curioso enamorado de mi tierra y de sus cosas, una llave que me abría todas las puertas: el soñado carnet, la tarjeta de identidad, de periodista.

Y ya, desde tal ocasión, no hemos dejado de observarnos mutuamente.—Soy pues, testigo presencial, de *los trabajos y los días* de Daniel Aguilera, y creo que ninguna coyuntura aventajará en oportunidad a la presente, para proclamarlos, pues que ellos son cimiento del mérito que la Academia, docta y secular, ha encontrado en él, al elegirlo por su nuevo miembro numerario.

En España, los periodistas distinguidos, han tenido asiento de honor en las Academias Nacionales y, precisamente en las de la Lengua, en la Real Academia Española, que es su marco propio; correspondiendo ellos, casi siempre, a la honrosa señal de distinción, con la ofrenda de bellos e interesantes discursos de ingreso, enfilados al enaltecimiento de la Prensa diaria, a la que venían consagrando sus trabajos; u, otras veces, a la explicación, desde varios puntos de vista, de lo que el periodismo representa en la vida colectiva.—El nombre de nuestro Don Juan Valera, el ático egabrense, es un luminar encendido, que por igual alumbra en la Historia de la Prensa española y en la doctísima Institución que vela por la pureza del idioma vernáculo.

También, para no ser menos, esta Academia provinciana, pero prestigiosa y grave, que hoy abre su puerta mayor a Daniel Aguilera, ha sentido predilección por los periodistas.—En la nómina honrosa de sus miembros, numerarios y correspondientes, están escritas las firmas famosas, desde la del Duque-Poeta, Don Angel de Saavedra, desde las de Ramírez de las Casas Deza, D. Juan A. de la Corte y Ruano, Marqués de la Corte, hasta Ricardo de Montis, y D. Pascual Santacruz y Francisco Arévalo, pasando por las dos estirpes de los Ramírez de Arellano, y por los dos Maraver, y por Conde Luque, los hermanos Avilés Merino, Norberto González Aurióles, Grilo, Narciso Sentenach, Julio Burell, Cristóbal de Castro, Enrique Redel, el Padre Julio Aiarcón, D. Juan Ocaña, Guillermo Núñez de Prado y Marcos Rafael Bianco Belmonte, casi todos los escritores destacados, que ejercieron el periodismo, dentro o fuera de Córdoba, y que, de algún modo pertenecieron a la ciudad o a su comarca, hallaron como reconocimiento y recompensa, el aprecio y la estima de esta nuestra antiquísima asociación de cultura.

Ahora, es Aguilera el llamado a completar la lista; y por cierto, que con la, para mí, particular circunstancia, de que se le haya señalado la silla que dejaron vacía, primero, mi maestro venerado inolvidable, D. Manuel de Sandoval, espíritu sutilísimo de elegante poeta; y luego, quién a Sandoval sustituyó: D. José Priego López, hermano, para mí y para otros, más que amigo y compañero, encarnación de la laboriosidad y del buen gusto literario y de la hombría de bien, malogrado para la Academia y para Córdoba y para el Estado docente, porque la incomprensión y la envidia, trituraron su alma...; y el cuerpo, también pereció, en el martirio incruento!...

¿Quién es Daniel Aguilera?

Si no fuese costumbre, en estas ocasiones, hacer la síntesis biográfica del beneficiario, holgaría la respuesta.—Su vida es tan clara, como conocida de todos los que aquí estais y del resto de los cordobeses.

Hijo de la provincia, es la ilustre villa de Baena, su patria menor. Allí nació en el año de 1877.—Allí creció al cobijo de su abuela, que suplió la caricia de la madre, muerta a poco de él nacido.—De Baena a Madrid, a cursar el Bachillerato en el Instituto de Cisneros y pasados dos años y por los avatares del destino, de Madrid a Ronda y a Córdoba, con ánimo resuelto de seguir aquí la carrera eclesiástica, empezándola en aquel Seminario menor, al que —los cordobeses que rayamos ya en el medio siglo—, hemos oído llamar «El Colegio chico» y que estaba en la gran casa de la calle de Gondomar, luego Asilo de la Infancia.

Aún muy mozo (catorce años apenas) y ya en el Seminario Conciliar, se destaca el alumno entre los que visten la beca azul de San Pelagio, no solo por aplicado, sino porque compone escritos y esos escritos empiezan a rezumar el jugo sabroso que asimilan los que se forman en Letras, teniendo a mano las obras maestras de los clásicos griegos y latinos y sintiendo gusto ya, por su lectura.

En aquellas camaretas tranquilas de los sampelagianos, en aquellas aulas abovedadas, en aquellas crugías largas y anchas como caminos reales, en aquellos patios y jardines impregnados del recuerdo de heroicidades por la Fé, en aquel quieto remanso de la vida cordobesa de entonces, armonizado por el murmullo suave de las aguas del río, famoso en todos los tiempos, allí, se despertaron las aficiones poéticas en el seminarista, y sus afanes de vulgarizador que después habían de cristalizar en libros dados a la estampa y en Memorias presentadas a públicos certámenes.—También afloró allí, el futuro oficio de periodista, en un periodiquillo, —como si dijésemos: *de juguete*—, que él, redactaba y manuscibía, y que por dentro del Seminario circulaba de mano en mano.—Pero, sobre todo y esto fué lo importante: en esa época dorada de la vida de Daniel Aguilera en San Pelagio, fué cuando, bañado de vocación sacerdotal, quedó para siempre templado su espíritu, como el acero, bajo la sabia forja de un sacerdote santo: Torres Antiñolo, por *santo* tenido en la época de su breve tránsito por la vida, y a buen seguro que luego también, (piadosamente pensando), *de tejas arriba...*

Pero viene la guerra de 1896, y Aguilera, enfriada su vocación,

trueca el camino por donde se vá a ser consagrado para el servicio del Altar, por otro sacerdocio: el del servicio de la Patria.—Y embarca en Cádiz para cumplir sus deberes de soldado en San Juan de Puerto Rico primero y en Aibonito después, y allá, durante los acontecimientos que desembocan en nuestro desastre colonial, este jovenzuelo, para entonces, tan amigo de Marte como de Minerva, sabe compaginar en las remotas tierras, sus ocupaciones en las Armas, con su gusto por las Letras; y con pareja devoción, atiende a sus deberes de la «32 Estación Optica» y a la tarea de escribir versos y prosas, robando horas al descanso, para acudir a leer lo que produce, a las tertulias literarias de los selectos.—Y esto, hasta Septiembre del 98, fechas en que pisa Aguilera el suelo Peninsular, en la Coruña, repatriado.

Otra vez al Seminario de Córdoba, aunque la voz de la sangre le empuja en ayuda de los suyos; y otra vez al estudio, y, también al ensayo de la futura profesión, porque el periodiquillo manuscrito, resucita con su vuelta...

Después,.... negada de arriba la gracia de la vocación para el sacerdocio; fuera ya de las aulas consiliares y entregado Aguilera, por cariño y por deber, a su familia, a sus hermanos que le necesitaban para que supliese la sombra del padre fenecido, un gran artículo, firmado con pseudónimo y publicado en el *Diario de Córdoba*, marcó el rumbo de este periodista en el año 1899 y le dió puesto de colaborador en dos periódicos más de la capital: en «El Español» y en «El Defensor».

Había nacido este diario cordobés, «El Defensor», con el mes de Septiembre de ese mismo año de 1899 y respondía a la necesidad de, un órgano, que —alma puesta en el ideal conservador— defendiese la postura de los silvelistas separados del partido que acaudilló en Córdoba el Conde de Torres Cabrera, (aquél inolvidable prócer, honra de nuestra Academia, cuyo sitio tengo yo la inmerecida fortuna de ocupar).—Pues bien: a los 11 meses cabales de aparecer «El Defensor», trabajaba ya Aguilera en la Redacción de este diario, entonces político.

Corto el aprendizaje.—Abreviado el camino desde la mesa de Redacción, al puesto de mando, enseguida fué nombrado Aguilera Director interino, sustituyendo a D. José Navarro Prieto, que enfermo, herido de muerte, abandonaba el timón de aquella publicación en sus manos.—Esto era en el mes de Abril de 1902, y no muy luego, la propiedad misma del «Defensor», también se le transfería.

Para entonces, nuestro compañero había ya dado a las prensas un libro de poesías: «Sin ritmo», publicado en 1900 y prologado por Enrique Redel; había obtenido premio en los Juegos Florales que en Córdoba se celebraron en 1902, por la monografía titulada «San Eulogio. - Su vida y sus obras», y guardaba encintadas en sendos cartapacios, con orgullo de legítima paternidad, seis o siete obras más, que han quedado sin salir a luz: «Ensayos poéticos», versos de juventud.-1898.—«La castidad de un Angel, (boceto de un poema en el que se canta un episodio de la vida de Santo Tomás de Aquino), compuesto en 1899.—«Cautiverio y martirio de San Pelagio», (Poema latino de la monja sajona Roswitha, traducido en verso de la edición de Nuremberg de 1601, obra de Aguilera en 1899; como otro trabajo sobre el mismo asunto, también en verso y casi literal la traducción. Un ensayo dramático en dos cuadros y en verso, titulado «Sin vocación», que había compuesto en el año de 1900, y, de la misma época, dos tomos de poesías religiosas; uno, bajo estos expresivos titulares: «Mirando al cielo», el otro, bautizado con este modesto nombre: «Ciento once sonetos».

Con tal bagaje anotado en su haber, traspuso, el hoy nuevo Académico, el umbral de la Dirección del «Defensor», al mediar Junio de 1902. Y, si me preguntáseis, cual era el marco de la Prensa de Córdoba, en que Daniel Aguilera iba a encerrarse, yo os haría gustosamente, un poco de historia de la vida local, en este curioso aspecto.—Probemos a hacerla.

El costumbrista, nuestro venerable compañero Ricardo de Montis, pintaría a maravilla estos cuadros de la prehistoria y de la protohistoria del periodismo cordobés, pero ya que no nos es dable escucharle a él, permitid que yo, torpemente, vaya recordando algo de lo mucho que Montis me contó con amplitud hace años...

Las fuentes de información de noticias de los sucesos acaecidos dentro de aquella capital, miniatura de la actual, de vida plácida y tranquila, con su quietismo enervador, su indolencia y su inacción, y sus costumbres pueblerinas, hubieron de ser, en un principio, las voces del pregonero pagado por el Concejo Municipal.—Pero no estaba en la boca de este oficial público, divulgador de lo ignorado, sino lo que convenía que llegase a noticia de todos; y las gentes apetecían algo más.—En las barberías y en los portalillos de zapatero y en los aguaduchos y en las tabernas, radicaban los núcleos de aglutinación de los aficionados a la parla, y allí era donde se acuñaba la noticia y se ponía en circulación, al amparo de su propio poder

difusivo. Eso, en cuanto a las ocurrencias del interior de la urbe, que, por lo que hace a medios informativos de lo que ocurriese en su exterior, era la llegada de las diligencias con viajeros de Madrid a Sevilla, o de Sevilla a Madrid, el momento solemne de averiguar, los movimientos políticos, como las hazañas de valentía de las partidas de bandoleros, como los triunfos de cualquier coloso de la torería vieja.

En ocasiones, uno de aquellos papeles impresos de sabor político o de tono satírico, llegado a la Casa de Postas en la alforja de cualquier viajero, rodaba luego por Córdoba de bolsillo en bolsillo, durante muchos días, suministrando temas variados que tenían el punto final de su trayectoria en la tertulia de mesa-estufa, en las largas veladas del invierno, o en las reuniones de puerta de calle, a la frescana, en las caliginosas noches estivales.—Y, de las sacristías y de los grupos que charlaran a sus puertas, salían invariablemente los anuncios o referencias de defunciones, bodas y bautizos; y de la Corredera, cada mañana, nacía y corría de boca en boca, con la lista viva de la cotización, en cuartos y ochavos, de víveres y provisiones, la noticia política encubierta, disimulada, pero pasional; y de la fuente pública, entre las mozas puestas en cola, —el cántaro al cuadril—, solía manar al tiempo que el agua clara, el comentario turbio y malévolo que llevaba enredada la fama de las mocitas del barrio; y desde el patio o desde las barandas de la casa de vecinos, el cuchicheo y la porfía o la quimera entre las comadres, que era unas veces crónica oficiosa de los sucesos del día anterior, y era otras veces preámbulo de la batalla entre las quisquillosas.... Mas, llegó un día, en que estos medios informativos y de difusión no bastaron a satisfacer la curiosidad de las gentes, los afanes de averiguar del vecindario, ávido de noticias; y con la necesidad, surgió el remedio: un periódico viviente, un zascandil apodado el *Tío Rayo*, que debía el remoquete a la extraordinaria ligereza de sus piés, a la rapidez en ir y venir en la persecución cuidadosa de la noticia impresionante.— El *Tío Rayo*, tomaba oficioso a su cargo la tarea de correr a la Iglesia donde doblaban a muerto para averiguar a quién le había llegado el trance de desposarse con la eternidad en primeras y únicas nupcias, y a qué hora iba a ser el entierro; o de volar hacia el punto en que se había declarado un incendio, guiado por las campanadas que señalaban el barrio, y de venir a decir en dónde, en qué calle y número y de qué importancia era el siniestro; o cómo se había cometido un crimen o un robo y qué circunstancias rodeaban el hecho....

y así el suicidio, y la desgracia y la crecida del río, y el escándalo y la reyerta, y el escarceo o la paliza de la vecina, celosa, a su vecina...

Corría el *Tío Rayo*, ufano de sus dotes de captador y de propagandista de malas nuevas, de taberna en taberna, y de barbería en barbería y no ciertamente con aquella ecuanimidad que el dicho popular reza: «como me lo contaron te lo cuento»... sino poniendo de su cosecha en la noticia, para buscar efectos, mucho de hipérbole y no poco de infundios, y... parándose en su camino para soplar la novedad que portaba al oído de cuantos conocidos encontrara al paso.—Claro es, que el *Tío Rayo*, ejercía este oficio «propter retributionem», por el estipendio, que casi siempre consistía, en un vaso de a ración, en una chicuela de aguardiente o en un pitillo mataquintos... Este fué el *hombre-periódico* de Córdoba, diario viviente, en el que Montis, que lo retrató mucho mejor que queda retratado ahora, vió el precursor del periódico hablado...

En la paralela de estos recursos de que el vecino se valía, para enterarse del suceso local, encontramos el periódico primitivo de Córdoba, por entero político, y, en un principio, nada noticiero.

Larga cadena de nombres o títulos, y circunstancias, pudiera eslabonar aquí, hasta enlazar «*El Correo de Córdoba*», que el trinitario calzado Fray Domingo Quirós, dió a la publicidad el 15 de Noviembre de 1801, y que fué el precursor en la ciudad, de la hoja impresa, con el número de «Azul» que salió esta mañana, para que en ese tracto de 140 años redondos, se destacasen, como dos casos de singular longevidad, el *Diario* de los García Lovera, y el *Defensor* de Daniel Aguilera, entre tantos otros periódicos, de vida lánguida, precaria o breve.—Pero no hace a mi plán, daros completo y exacto el catálogo de nuestra Prensa.—Me basta para jalonar este camino, un más rápido recorrido.—Baste saber ahora, que, tras del «*Correo de Córdoba*», que fué el más antiguo de todos, siguió «*El Correo Político y Militar*», que salió durante la dominación francesa, para autorizar órdenes y noticias controladas, y «*La Gaceta de Córdoba*», que apareció al final de 1812; y «*Las Efemérides*» de breve y transitoria duración; y «*El Amigo de los pobres*», un periódico liberal de 1820; y, en el trienio constitucional, «*El Eco Patriótico*», en el que destacan las firmas de Alcalá Galiano y de Don Angel de Saavedra —Y conviene anotar también, que cuando en 1833, se manda publicar un *Boletín Oficial de la Provincia*, que salió el 20 de Abril por primera salida, este diario —de tono administrativo, ¡claro es!—, ofrece la curiosidad de que se supla en sus columnas la

falta de original, con poesías y noticias históricas o científicas, aceptando la colaboración, a este fin, de Ramírez de las Casas Deza, entre otros.—Siguen en esta cronología, en que queremos engarzar el diario de Aguilera, «*El Album*», nacido en Septiembre del año de 1837, con novelas, poesías y otros escritos de amenidad, desenvueltos por Fulgencio Benítez Torres; y «*El Cordobés*», que fundado en 1841, por el Jefe político Don Angel Iznardi, no llegó al sexto número; y «*El Noticiero*», del que no salieron más de dos docenas; y el heredero de este: por nombre, «*La Colonia Patricia*», fundado por el Cronista Don Francisco de Borja Pavón, con Don Luís María Ramírez de las Casas Deza, pero que apesar de contar con tan doctas y ágiles plumas, no vive más allá del número octavo.—Dicho debe quedar también, que varios jóvenes publican «*El Avisador Cordobés*», ya con tendencia noticiera; y como hijuela suya, una «*Revista Literaria*», por los años de 1844; y, que al amparo de la entonces flamante Sociedad «*El Liceo*», nace un periódico del mismo nombre, que vive poco, al igual que le acontece a «*El Dios Momo*», de Don Agustín de Fuentes Horcas; y a «*El Coco*», de Jordano Fuentes; y, que después de tanto intento sin vitalidad y con escaso éxito, al mediar Noviembre de 1850, aparece el «*Diario de Córdoba*», que había de ganar vida próspera y dilatada, fundado como es sabido, por Don Fausto García Tena, y puesto por él en manos de sus hijos los García Lovera.—Por cierto que se instala en el edificio donde había de contar hasta 88 años, en la calle de Azonaicas, vía, donde también, por causa de ser aquél el centro topográfico del núcleo urbano, habrían de domiciliarse más tarde las Redacciones de seis periódicos más: *El Comercio*, *La Lealtad*, *La Provincia*, *El Español*, *El Meridional* y *La Bandera Española*.—Quede estampado aquí también, por mera curiosidad, que algún tiempo después de salir *El Diario*, vino *La Crónica de Córdoba* a rivalizar con él; que son de por entonces, *La Aurora*, *La Alborada* y *El Sereno*; que apenas queda recuerdo de *El Guadalquivir*, *El Betis*, *El Gato*, *La Juventud*, *El Ensayo*, *El Entreacto*, *La Sensitiva* y *El Bombo*.—Este último, era ilustrado y satírico; contenía caricaturas de un excelente dibujante y lo escribían, entre otros, Sánchez Guerra y Barroso en la mocedad; que, *El Andaluz* era el diario más pequeño de tamaño, —formato ridículo por lo reducido— entre los de Córdoba; que, después de la Revolución del 68, un hombre de ideas avanzadas: Don Francisco Leiva y Muñoz, sacó a luz *La Revolución*, *El Progreso*, *La Libertad*, *El Liberal* y *El Derecho*; que, las páginas de la *República Federal* estuvieron

en manos de Don Dámaso Delgado López; y en las de Piédrola, *La Región Andaluza*; que, *El Conservador*, salió en 1872, luchando en él por la causa de la Monarquía, el Barón de Fuente-Quinto; que, *El Cencerro*, lo fundó Don Luís Maraver y Alfaro, y que para contender con él, se publicó *El Tambor*; que hay memoria de otros papeles satíricos y radicales, que fueron: *El Fandango*, *La Víbora*, *El Pagecillo* y *El Lucas Gómez*; que, *La Nave del Estado*, salió redactado por Fernández Ruano, y, por fin: que, el año de 1886, el Jefe de la hueste conservadora, activo y emprendedor Don Ricardo Martel, Conde de Torres Cabrera, aludido ya, funda *La Lealtad*, poniendo a su frente a un literato notabilísimo, venido de fuera: Don Juan Menéndez Pidal, figura ya, entonces, muy destacada entre los periodistas de Madrid. A su lado, hay colaboradores de calidad: Fernández Ruano, el poeta; Pavón y López, el Cronista de Córdoba; Tejón y Marín, el Capitán de Ingenieros, que llegó a Alcaide.

Ya se vé que toda la prensa de la ciudad obedecía a partidos políticos o por lo menos a luchas políticas interiores, reflejo de las de fuera.—Cuando se separa de Cánovas, Romero Robledo, se escinde de «La Lealtad» otro periódico: «El Adalid», en el que los hermanos Enrique y Julio Valdelomar van a destacarse como sostenedores de agrias polémicas; y cuando los de Siivela también se distancian del tronco, aparece «El Defensor» con Navarro Prieto, que antes había escrito «La Lealtad» y que la abandona a la sazón en que este periódico de Torres Cabrera, lugarteniente de Cánovas, se cambia el título por el de «La Monarquía».

Lucha de partidos.—Frente a la Prensa diaria conservadora de Córdoba hubo una Prensa liberal que merece ligera mención. El Marqués de la Vega de Armijo funda aquí, donde tenía amigos políticos, «La Provincia», y pone este diario en manos de su pariente don Pelayo Correa, con quien colabora un averiguador de antigüedades cordobesas: Don Teodomiro Ramírez de Arellano, el autor de los «Paseos por Córdoba».—Vive hasta fines del siglo «La Provincia», y le sucede otro diario al servicio de los liberales: «La Unión», publicada por Don Carlos Matilla, que fué el periódico más y mejor dotado de personal y escrito por los periodistas locales de firma más prestigiosa por entonces: Don Dámaso Angulo, que antes había fundado y dirigido un periódico posibilista «La Voz de Córdoba», Don Miguel José Ruiz, Federico Canalejas y también el novel por aquellas calendas Marcos Rafael Blanco Belmonte.

Otro periódico más en Córdoba, de la cuerda liberal, fué «La

Mañana», diario que fundó Don José Ramón de Hoces y Losada, segundo Duque de Hornachuelos, al heredar de su padre el título nobiliario y la Jefatura política de los liberales en esta provincia.— Con este diario acaba truncada la cronología de los distintos órganos de este partido, para crear en 1911 *Diario Liberal* a la devoción de la rama barrosista, con vida de veinte años, hasta el de 1931, en cuyo mes de Julio deja de publicarse, habiendo estado atribuida su dirección larguísimo tiempo, como sabéis, a don Eduardo Baro.

De todas estas hojas impresas, al entrar en la Edad contemporánea del periodismo local,—ya lo hemos visto—, vive vida próspera (88 años) el «Diario de Córdoba», porque supo apartarse en todo momento de pasiones políticas entre cordobeses.— Le sigue «El Defensor», cuya larga existencia,—pues que cerró un siglo y alcanzó 38 años del siguiente—se debió a su seriedad y a la constancia en el esfuerzo de su Director.—Y «Diario Liberal», que alcanza vejez de cuatro lustros y que se le contó como avisador y como noticiero, más que como político, después de la Dictadura del General Primo de Rivera.

En este marco histórico se encuadra «El Defensor», con su subtítulo de Diario Liberal-Conservador (era el nombre de pila del partido que lo había creado) pero... ¿se puede precisar el momento en que «El Defensor» rompe su envoltura política y sale como diario católico confesional?.

Si solo se atiende al día de la aparición en su cabecera o en los costadillos de su título grande, de la frase «Diario católico de noticias», sí habría una fecha extrema; pero es que «El Defensor», porque la personalidad de Aguilera le imprimió carácter, fué siempre un diario católico de Córdoba mucho antes de la fecha en que se declaró perteneciente a la confesión religiosa católica, y quiso y procuró, para sus hojas impresas, claridades de Fé y resplandores de Verdad única.

No era «El Defensor» el primer periódico católico de la ciudad, en el orden del tiempo, pero sí era el primer diario, de esta confesión, en manos seculares.—En manos de sacerdotes o inspirados de cerca por sacerdotes, sí hubo cuatro.—Y si me permitierais completar, con noticia de ellos la historia del periodismo local que sucintamente va quedando bosquejada, no dudaría en evocarlos, aunque malgastaseis dos o tres minutos más en escucharme.

La más vieja de estas publicaciones, al menos entre las que conozco y han ocupado mis actividades coleccionistas, fué «*La Tradición*», un periódico de cuatro hojas que salía cuatro veces al

mes,—muy oportuno en su tiempo: Julio de 1869—, escrito mano a mano durante dos años por el sabio y elocuente Magistral González Francés, (cordobés, nacido en Cuenca) y, digo cordobés porque lo fué de corazón; y por Don Rafael Conde y Luque. otro seglar formado en San Pelagio, uno de los pocos seglares doctorado en ciencias Teológicas, que con tal Título, arribó a la Cátedra y al Rectorado de la primera Universidad de España.

Tras de «La Tradición», ponemos jalonado a *El Amigo Católico*, un periódico breve y llano, de mucha sustancia, que en 1877, vivía ya el año IV de su 2.^a época, que salía los jueves, constaba de 16 páginas, defendía los legítimos intereses sociales de Religión, Familia y Propiedad. era órgano de los círculos católicos de obreros de la provincia, se escribía en una casa de la calle de José Rey, se editaba en «La Actividad», y había sido fundado y era dirigido por el propio Magistral González Francés, a quien ayudaban en la tarea cuatro o cinco personas, clérigos en su mayoría: Soriano Barragán, Riera de los Angeles y mi Maestro Cobo Sampedro.—Y, no es esta segunda, la última vez que el nombre de González Francés esplende al tratar de prensa católica en Córdoba; pues que, el *Noticiero Cordobés*, aunque él no llegase a verlo impreso, pudo ser una siempreviva sobre el sepulcro de aquél nombre extraordinario que derrochó su amor a Córdoba, de mil maneras, en toda la segunda mitad del siglo XIX.

El primer periódico católico, *diario*, que corrió por la ciudad, se llamó «*La Verdad*».—Aún guarda el nombre, la imprenta en que se editaba.—Lo fundó en 1893, un cordobés inteligente, sacerdote virtuoso que, al final de sus días, fué Obispo de Plasencia.—Le ayudaban a redactarlo un Catedrático de nuestro Instituto, mi Profesor Díaz Carmona y nuestro compañero de Academia Rodoifo Gil Fernández, que entonces residía aquí.—Yo, que conviví con el Obispo de Plasencia, le oí decir en más de una ocasión, cuando a alguien mostraba su Librería, señalando a los dos tomos en que guardaba coleccionada «*La Verdad*», que nueve meses, tan solo había, alcanzó de vida: «Esos son los dos libros más caros de mí Biblioteca»...

El otro diario católico, que precede al «Defensor» y que con «El Defensor» coexiste, cuando éste, aún era, el portavoz de los conservadores, —pues que ambos se escribían y se imprimían bajo el mismo techo—, es, ya lo adelantamos, «*El Noticiero Cordobés*».—La idea de fundarlo fué del ilustre Magistral tan nombrado.—En sus planes, en relación con el Asilo de la Infancia, iba éste entremezclado: Un

diario católico, con imprenta propia, para ayuda del sostenimiento de las Escuelas-Asilo, con sus productos.—No le alcanzó la vida a verlo publicado.—Lo dirigen sucesivamente, Don Manuel Sánchez Asencio y Don Martín Cherof, uno y otro, venidos de fuera.—Lo toma a su cargo luego, nuestro compañero Don Antonio Ramírez López, y por fin, muere a los dos años de haber nacido, no sin que antes hiciesen grandes esfuerzos y sacrificios por contenerlo, entre otros sacerdotes, el que fué su último Director Don Manuel García Osuna.

Desde aquel día de la desaparición del «Noticiero Cordobés», —13 de Agosto de 1906, rezaba el calendario—, la misión de orientar a los católicos, quedaba reservada para «El Defensor» que pronto iba a perder su tinte político conservador, para dejar como único cuartel de su escudo, el ideal cristiano, y consagrarse a inculcar, en cada uno de sus lectores, sus deberes hacia la Iglesia.

* * *

Recordemos ahora, por unos instantes al periodista Daniel Aguilera *sumergido* en su diario; y digo *sumergido*, porque ese es el verbo que cuadra en la decidida acción de adentrarse, de incrustarse, en una profesión cualquiera consagrando a ella por entero todos los instantes de la existencia, con desdén y aún más: con renuncia de toda otra actividad.—Os lo representareis, absorbido, desde el amanecer, por su oficio, para acertar a darnos cada noche la historia dictada y escrita de todas las horas interesantes de España y de todos los minutos de Córdoba.—A esta tarea, a que se entrega Aguilera, sin perder un instante, cuadra aquella semblanza del periodista que hiciera Castelar, cuando decía: «.....trabaja paciente y »permanentemente, y no como los monjes medievales, en el retiro »y apartamiento de sus celdas, sino en las complicaciones mismas »de los sucesos, de pié, andando, cual un combatiente que escribiese »sin soltar el fusil, sin detener su movimiento, ciego por el polvo »levantado de su andar, y por el humo desprendido de su arma, la »relación misma del combate en que tomara parte».—Así hemos visto a Aguilera, tanto cuando fué repórter, como luego, cuando empuñó las riendas de la Dirección.—Corriendo de un lado a otro, repasando febrilmente la Prensa diaria del resto de España, en una continua orientación indispensable; haciendo milagros con la velocidad del tiempo; atravesando disparado las calles que separaban su casa del

lugar en donde acaecía cualquier hecho de bulto, o algún acto de interés singular; volando, a la central Telefónica—en tiempos—, a recoger las conferencias que le gritaba a todo vapor, por el hilo maravilloso, la voz de la Agencia Mencheta; ejercitando, en toda ocasión propicia, ante las personalidades más altas, una curiosidad incurable, con una mirada escudriñadora, aún más interrogativa que sus labios; volcado sobre su mesa de trabajo traduciendo los garabatos de informaciones recogidas al vuelo; revisándolo todo; comprobando lo más nimio porque no le sorprendiese la insidia; arquitecturándolo todo, sin querer entender jamás los modernos cánones de la división del trabajo...—Así, su diario, llevaba unidad de criterio en todos los ingredientes del número de un día, como en todos los números de los días todos del año.—Si la historia del periodismo provinciano y cordobés aspira a ser veraz, tendrá que decir un día en una síntesis como ésta: «Daniel Aguilera Camacho. Hizo cuarenta años, día tras día, el «Defensor de Córdoba»; y lo hizo desde el cimiento al remate, desde la cabecera al pié de imprenta».

Y no hay en ello hipérbole.—Podría decirse con justeza que él redactó y compuso todos los números de su periódico.—«*Compuso*» he dicho, y dicho queda aquí, aún en la doble acepción literaria y tipográfica del vocablo. (Oh, amargos días de Agosto de 1917, enrarecidos por las luchas sociales, que obligaron a los hermanos Aguilera a componer materialmente «El Defensor». No les faltó mas que pregonarlo o que repartirlo....)

Incansable siemore, este forzado del papel impreso, trabajó en galeras. Poco dormir; mucho pensar; mucho escribir... Aguilera, desde el amanecer de cada día hasta bien entrada la noche, trabajaba sin reposo en una ardiente elaboración, sin más descanso que el que provenía del oreo que daba a su espíritu cada mañana, postrándose ante el Altar; que, en las tareas de Apostolado, el hombre por sí no se basta, y ha de acudir a diario a solicitar ayuda de lo alto...

Siempre encerrado en su Laboratorio, siempre inmerso en la mesa revuelta de aquella Redacción, sin salir de ella hasta la hora en que ya andaba «El Defensor» por las calles, y esto en prórroga de jornada, haciendo personalmente la observación en los espectáculos para darnos, allí mismo, en el propio *Patio de butacas*, si era preciso, pero desde luego en el diario del día siguiente, la crítica orientadora de la obra teatral o cinematográfica presenciada.

Yo le encontré millares de veces en el lapso de doce o catorce años *amarrado al duro banco...*, escribe que te escribe, nerviosa-

mente, sobreexcitado, dando alcance a dos o tres cajistas a un tiempo, inhibido de cuanto le rodeaba, enfrascado en la tarea ímproba...

Y con el mismo interés, cultivando el editorial anónimo que había de iniciar al lector en un determinado tema, que el suceso local decantado, depurado, filtrado, por el discreto entender de este hombre vigilantísimo, que creía y creía bien, que en un periódico nada es antes que la noticia, pero la noticia fina, pulida, enojada literariamente, cuidada y mimada..., que en la noticia cabe tanto como en el artículo doctrinal, enzalzar lo ejemplar, velar lo inconveniente y condenar lo vituperable. ¡Oh el noticierismo sano del «Defensor», tan perseguido y tan buscado con afanes exclusivistas por Aguilera y por los que le ayudaron y tan saboreado luego, deleitosamente, por los lectores! ¡Qué lejos va quedando ya!

Todo,—digo—, pasaba por su estrecho tamiz.—La simple nota, el anuncio anodino, era revisado por su mirada talaadrante. De su mano a las cajas, de las cajas, personalmente corregido en una tarea vertiginosa, por apremios crueles del reloj, a la platina y al lector.—Cuando a la noche llegaba la hora febril del ajuste, Daniel, con aire litúrgico, tono y empaque de ceremonia, dirigía, presidía, mejor dicho: realizaba la confección.—Nadie como él para organizar este «fiat» de la creación cotidiana de su «Defensor», que era un pedazo suyo, un hijo suyo, de su inteligencia y de su alma.

Los que hemos rodado por las redacciones y por los talleres donde se fraguan los diarios, sabemos que los periódicos de la mañana alumbran, nacen, entre somnolencias y bostezos; pero los de la noche se echan al mundo en el silencio y en la soledad, no interrumpida sino por el jaleo de los chiquillos vendedores, que aguardan y guardan el primer puesto de salida.—Los redactores cansados, extenuados por la tarea del día, más difícil cien veces que la de la noche, apenas ven el periódico completo, se largan de paseo a reponerse de la fatiga, y... allí queda aquello... atribuido al Regente o al maquinista o al confeccionador pagado o al cajista último en retirarse.—Aguilera no lo entendió nunca así.—Aguilera mimaba a su hijo, el periódico, antes de nacer, cada día, al nacer, y hasia dejarlo andando.—Cuerda en mano, midiendo, disponiendo la confección a su gusto, a su modo, a su estilo, revisando cabeceras, supliendo faltas o retirando sobras, dando la voz de ¡Aíto! al maquinista cuando algún acontecimiento local o nacional, recién captado, merecía porque era de bulto, sacar de los moldes otra noticia menos importante, para poder servir al lector,—dueño y señor del periódico siempre—, la información nueva,

la nueva reciente, como se sirve en bandeja, para agradar, o para sorprender o para halagar, una costosa tempranería, en una mesa bien puesta.—No busquemos a Aguilera a esa hora en el puesto de mando y de observación, sino en el lugar de la maniobra, ante las máquinas, junto a los chivaletes, con el deseo y la vista fija en la victoria que es digna corona de esa batalla diaria, que tiene mucho de táctica guerrera, hasta conseguir el objetivo de la hoja impresa.

* * *

Pocos saben medir los merecimientos que contrae, entre agobios de trabajo y ocupación que nunca se acaba, el periodista que levanta un diario, con su solo esfuerzo, y «a punta de pluma» como solemos decir en nuestro argot, a esta tarea excesiva continuada y sin ayuda. Aguilera, no otra tenía, que la de su hermano, ayer como hoy, periodista militante.—La abrumadora ocupación de un escritor que redacta o edita por su solo impulso un periódico diario, no es para comentada, es para vista o sentida de cerca.—Con su elocuencia gráfica, como ninguna, la midió Don Antonio Maura cuando al definir al periodista en general dijo,

«Con voracidad apremiante exige el Diario la obra del redactor, esté o nó él en vena a la hora precisa.—Pídele juicios improvisados y certeros, informaciones claras y suscintas, despliegues accesibles para el vulgo, sobre los asuntos más complejos y varios».

«Aunque suelen encenderse las pasiones en torno suyo y grandes intereses se remueven y le acechan, éi ha de conservar frío el razonar sin que languidezca su estilo; ha de permanecer independiente, inaccesible a las captaciones que cien egoísmos fraguan para asediarse; ha de perseverar mientras todos mudan; y tener resolución pronta y firme en medio de los perplejos; necesita el don del consejo, que es sazonado fruto de la experiencia, faltándole espacio para la deliberación; en suma: ha de ejercitar éi, a solas, por toda una muchedumbre, cada día, cada hora, las energías mentales, las austeridades éticas y las varoniles excelsitudes del civismo, como quien toma por oficio preceder y guiar en el buen camino a sus conciudadanos y rescatarles del extravío cuando no lograre prevenirlo».

Cuarenta años así, como dijo Maura que deben ser los periodistas, Daniel Aguilera.—Cuarenta años, en que su vida se ciñe a la vida del «Defensor».

Será preciso sacar, entresacar, de tan largos anales, algunas de

las campañas que este diario empeñó.—Con valentía y con firmeza: que «El Defensor» no fué jamás ni medroso ni hipócrita; y cuando algo le pareció dañoso o nocivo, no aguardó a saber si le gustaría o nó a sus lectores, sino que siempre previno los peligros, adelantándose.

.....

Un día, combate Aguilera a unos anarquizantes (recién entrado él en el periodismo) porque en un mitin celebrado en el antiguo Moratín habían injuriado al Ejército y a la Guardia Civil, y de su noble actitud de español y de antiguo soldado le sobrevino, por paradoja, una denuncia que le puso a dos dedos del auto de procesamiento, mientras a los oradores no se les fué a la mano.

Otro día, van sus diatribas dirigidas contra *el juego*, y la autoridad, que no lo había impedido, se irrita contra el articulista.

La enumeración de las batallas que empeñó este periodista y su diario nos entretendrían demasiado.—Sólo unos minutos os pido para recordaros que «El Defensor» no dejó nunca pasar en silencio ocasión en que se atentara por los Gobiernos de antaño, contra los sentimientos religiosos del pueblo cordobés, ni de sacar su espada contra los que quisieron acabar con nuestras tradiciones, ni de protestar abierta y noblemente ante lo que estimó perjudicial para España y para la ciudad.

Lanzó sus dardos sobre un Gobierno que concedió ciertos beneficios a la posición inglesa de Gibraltar; se declaró valientemente germanófilo llegada que fué la conflagración del 14 al 18; batalló contra el *matrimonio civil* y contra *el duelo*, y contra *la escuela laica*, y frente al *anticlericalismo* y a la *Ley de Asociaciones* y a toda la legislación liberal que con la Religión se rozara.

Siempre dispuesto y vigilante, arma al brazo, defendió los intereses religiosos, morales y materiales de la comarca y lo mismo abogaba con tesón por la obra del ferrocarril de Puertollano que acortaba a cinco horas el itinerario Córdoba-Madrid, o punzaba a la modificación de vergonzosas realidades como la pésima línea de Belmez o la indecorosa estación de Cercadilla..., que levantaba sus clamores por si pudieran oírse en el Ministerio de la Guerra y alargar la residencia en Córdoba de Regimientos o unidades del Ejército, que aquí habían encontrado larga y amable hospitalidad.

Unas veces, sus empeños tienden a la implantación o a la mejora de tales o cuales servicios públicos: Teléfonos, Correos, Telégrafos, etcétera—siempre laborando por una Córdoba mejor—, y otras

veces gasta sus energías en defensa del saneamiento de las costumbres y lanza venablos contra el cine inmoral y contra las desnudeces en la calle.—Él, censura más de 3.000 películas y publica valiente su opinión, que recogía con sumo interés todo el que tuvo la responsabilidad de educar y de prevenir lo nocivo a la juventud.—Otras veces rompió lanzas contra la blasfemia y contra las suciedades del lenguaje en el arroyo o contra el piropo desvergonzado...

Y, en las cosas de puro contenido cordobés, ¿A qué decir del esfuerzo de Aguilera lo que todos hemos presenciado?... Se incendió la Ermita del Campo de la Verdad en la Primavera del 1915, y «El Defensor» y su director, pidiendo la ayuda de todos, pusieron tal interés en el empeño que, a poco, el edificio estaba reparado y sustituido con ventaja, cuanto en él había perecido antes.

Ascendieron a la dignidad episcopal dos sacerdotes beneméritos de Córdoba, uno en 1913 y otro en 1918, y fué «El Defensor» quien dió cauce a las iniciativas desbordadas, para honrarles con sendas ofrendas simbólicas.

Sufrió daños el pueblo de Montilla, por un fenómeno sísmico, y son igualmente las planas del «Defensor» bandejas de plata en donde cae el óbolo de cuantos compadecen a los damnificados.

Y, así, el empeño de cooperación al Monumento del Cerro de los Angeles en 1916; y así, la ayuda espléndida de los lectores del «Defensor» a la restauración del templo de orillas del Ebro, que amenazaba ruina y que bien merecía, que cada español bautizado, de los que saben bendecir la hora en que vino allí María Santísima, diera una piedra o un grano de arena para la consolidación de la españolísima Basílica.

Y, cuando la República, llevada de su laicismo rabioso, pretendió raer todo lo que olía a católico en las tradiciones cordobesas, y el Ayuntamiento suprimió fiestas religiosas votivas que tenían raigambre de siglos y de juramentos, y abandonó la costumbre de acudir corporativamente a ellas y de costearlas, fué Daniel Aguilera y sus lectores, quienes salvaron aquel corte de la historia y quienes aunando sus voluntades suplieron brillantemente y sostuvieron enhiesto, lo que la representación legal de la Ciudad, había querido derrocar.

Y cuando las guerras de Marruecos, y últimamente la de España, al probar la capacidad hospitalaria de Córdoba, probaron también el tono efusivo de los corazones de los cordobeses, este hombre, con solera de español y castrense, gastó actividades incalculables en

agasajar, en obsequiar a los soldados enfermos o heridos, en promover generosidades de sus lectores, en acudir a diario personalmente donde los soldados estaban o a los caminos por donde pasaran, para brindarles el obsequio y la palabra amiga...

¡Cuarenta años así!

Aún le ha quedado tiempo para producir libros interesantes, en un segundo ciclo que empieza en su novela «Psiquis» escrita en colaboración con otro periodista: Constantino Cabal y acaba en las poesías que con el título: «Loores a María» compone Aguilera en 1938 —De este segundo ciclo son: su folleto: «*Una campaña periodística por la Iglesia y por el clero*», que saca a luz en 1918; y el libro de poesías «*Horas Místicas*», escrito en 1920; y la Memoria que presenta a la Asamblea Toledana de la Prensa en 1924 y que intitula «*La Prensa católica y algunas de sus necesidades*».—De entonces son también tres volúmenes suyos: el que recoge sus artículos con motivo de la Peregrinación Osio a Roma, publicado en 1925 bajo el epígrafe «*Impresiones de un peregrino*», y el libro de viajes sacado a luz en 1926 «*De mis excursiones.-Granada-Málaga-Zaragoza y Toledo*»; y el que, con fines de asesoramiento sobre la moralidad de los espectáculos en nuestras salas, lanza bajo el epígrafe «*Más de cinco lustros de Teatro*», y que, al igual que «*Plumadas*», salen al público en 1927.

No es posible alargar más estas palabras (que de discurso académico nada podían tener, siendo yo el que lo hace), ni había de entreteneros ponderando, uno a uno, el valor de estos libros, que consiguieron dar mayor permanencia a lo escrito a diario en la hoja caduca del «Defensor», o en otras publicaciones, o que por primera vez se dieron a gustar a los lectores; pero baste decir que alguno de ellos, «*Impresiones de un peregrino*», mereció para su autor un homenaje que nadie ha merecido antes ni después que Daniel Aguilera: Que sus amigos y sus admiradores reuniésemos en otro libro que luego se tituló «Florilegio» las cartas y los artículos que a propósito de aquellas Crónicas en que Aguilera iba plasmando el recuerdo de la Peregrinación Osio, se escribieron o publicaron.—Durán de Veilla inició la corriente y Miguel Peñafior—el escritor de gran nombradía y autoridad—, dijo entonces, y a cuento del homenaje, que «Aguilera es un periodista completo, que todo sabe hacerlo y que todo lo hace bien».

Junto al comentario de su actuación periodística, al lado de la lista de los volúmenes que ha publicado, hay que anotar como mereci-

mientos añadidos, amén de otros que pasan en silencio, que Aguilera, llevado de su devoción Mariana, dotó a Córdoba de una buena Revista bastantes años viva, y que del primer número al último hizo en sus páginas un canto filial amorosísimo a la Madre celestial.

«El Cruzado de la Prensa» fué también publicación suya, hijuela de «El Defensor», hecha por su exclusiva iniciativa y esfuerzo.

*
**

Un escritor francés trazaba el programa de un diario católico para su país, diciendo que había que procurar que fuese: rico, completo, copioso, documentado, imparcial, demócrata y social.

Completo, copioso, documentado e imparcial, sí que lo fué «El Defensor de Córdoba».—Lo que no fué nunca es rico.—Y no ha sido rico porque ni sus campañas fueron al mayor postor ni recibió ayuda estimable de los católicos obligados a prestársela, ni obtuvo siquiera ganancias legítimas.—Tampoco fué, por fortuna suya, lo que llamaba Don Antolín López Peláez, aquel famoso Obispo de Jaca, entonces, *un periódico-mendigo*, que se sostuviese de limosnas, como una obra de beneficencia, ni menos el *periódico-negocio*, que hace de sus hojas lucrativa empresa mercantil.

Y, sin embargo, yo estoy seguro de que «El Defensor» ha asegurado a quien lo escribía el ciento por uno.—Me explicaré:

Cuando los demás nos presentemos con las manos vacías en la presencia de Dios-Juzgador, el periodista que tantos años ha luchado sin vacilación divulgando las verdades de la Fé; el que puede presentar realizada una labor apostólica y misionera; el que ha acercado la luz a muchos que no estudiaron nuestra Religión ni la practicaron sino en lo externo; el que ha puesto el consejo moral al alcance de los que no pisan el templo ni oyen palabras de vida eterna; el que, de un lado, no halló las cooperaciones generosas que todo católico viene obligado a prestar al periódico que defiende las creencias que él profesa; y en cambio sí cosechó amarguras y contrariedades que se prolongaron más allá de la vida de su diario..., ese, merece recompensa de lo alto, y la recibirá crecidísima y eternal...

¡Cuarenta años de vida de Letras!

Hubo en el cierre de ese largo período, un momento de dolor inenarrable: el 30 de Septiembre de 1938, día de la muerte de «El Defensor».

La muerte de un periódico, suele ser el final de una vida difícil,

lánguida y precaria.—Mas, «El Defensor» no moría así.—Moría sacrificado, pero no enfermo.

Y este sacrificio, costó a quien se vió en el trance durísimo de consumarlo, salud y dolor.

Desde entonces, desde aquel día heroico, el periodista cansado de trabajos y de sedentarismo tan prolongado, se ha visto, contra su voluntad y contra su costumbre, forzado a poner en su labor una trégua, que él mismo no sabe, si será corta o será larga o será eterna...

En este momento de su detención, frente al porvenir, la Academia le invita a descansar, le ofrece un puesto en sus filas, para que el fatigado caminante repose y contemple despacio el camino recorrido.

¿Recobrará en esta trégua, el poeta sus derechos?...

¿Renacerá el autor de Teatro?..

¿Habrá ocasión para que reanude su actividad el periodista?...

La Academia, así lo desea.

Espera, de Daniel Aguilera la Academia, que así como ha pasado 40 años al frente de una muchedumbre, —la de sus lectores—, y ha pensado por ella en innumerables ocasiones; prodigado el dón de consejo, y le ha dedicado su tiempo y sus energías por entero, se consagre ahora a las tareas literarias de esta Corporación en cuerpo y alma, siquiera mientras dure su apartamiento de la Prensa.—Confía la Academia, en que el crítico no enfundará el instrumental de su disección para la producción ajena; en que el escritor le brindará cada curso los trabajos que espontáneamente produzca, o que la Corporación motivadamente le encargue; que nos ilustrará con sus informes sobre libros que vengan a buscar sana opinión a nuestra mesa de trabajo; que nos ayudará Daniel Aguilera, en cada sábado, en la quieta paz del lugar donde celebramos nuestras sesiones; que nos enseñará en el orden periodístico —y ojalá que desde un puesto en el Consejo de redacción que yo pido ahora mismo para él en nuestro Boletín, fé de vida del Cuerpo Académico, lo que la experiencia le ha enseñado en esos nueve lustros contados de escritor público.

La Academia, desea también, lo anhela, recogiendo el sentir de una pluralidad, dispersa, pero existente en la Ciudad, que el periodista no se enerve en su descanso, y que un día tenga ella, tengamos todos, la satisfacción cumplida de ver, cómo un grupo de buenos conciudadanos, se acerca al *periodista-académico* para ofrecerle los planes de un nuevo diario cordobés y confesional, o del mismo «Defensor» redivivo, diciéndole aquella misma divina palabra imperativa: SURGE, ET AMBULA. Así sea.

Nuevos brocales de pozo Hispano-Mahometanos

Vienen hallándose frecuentemente en Córdoba piezas cerámicas completas o en fragmentos, que poco a poco nos permitirán datar y clasificar con facilidad los hallazgos de esta manufactura en el Occidente islámico y relacionarlos con los de aquellas regiones con las que España estuvo en contacto más o menos directo durante la Baja Edad Media.

Hallados en muy diversas épocas y lugares del Imperio, revelan sin embargo cierta uniformidad artística, un estilo que podríamos denominar post-califal cordobés que abarca unos cuatro siglos, desde el XI al XV, desde la ruina del Califato hasta la toma de Granada, en que se pierde la tradición de una bella cerámica de grandes piezas esmaltadas y solo se producen torpes imitaciones decoradas con relieves y con sellos estampados, sin vidriar, vuelta por tanto al procedimiento más elemental del arte alfarero o sea al de la cerámica bizcochada con dibujos incisos o en relieve. La época de apogeo de esta cerámica de gran gálibo, brocales y tinajas, parece ser pues, esta señalada, siendo extraño que no siga el rumbo de la cerámica menuda para vajilla que alcanza en España épocas de esplendor en las fábricas cristianas hasta el siglo XVIII. Acaso la decadencia de la fabricación de los brocales dependa de la fragilidad de su materia prima, dando lugar a que se hiciesen los brocales de mampostería o de hierro, por cuanto la fragilidad del barro no les daba duración y por lo tanto no valía la pena el esmerarse en decorarlos con arte.

Clasificación de sus estilos.—De los ejemplares recogidos en este Museo, podríamos formar cuatro grupos:

1.º Brocales de cerámica bizcochada en forma cilíndrica, prismática u octogonal, fabricados con barro de color rojo poco tamizado sometido a dos cochuras, una para endurecer la masa y pintarla; después el decorado con perfiles en manganeso o negro y sombreado o relleno en vidriado plumbífero o de galena en color verde por medio de una segunda cocción. Números D. 49. 617, 6419, 7515. (Figuras 1, 2 y 3.).

2.º Brocales de barro cocido y vasijas grandes completamente

vidriados al interior y exterior y decorados con esmaltes de varios colores por el procedimiento de cuerda seca.

3.º Barro cocido con esmalte verde monocromo sobre decoración modelada y estampada. Brocal núm. 596. (Fig. 4).

4.º Barro cocido sin vidriar, decorado con relieve, estampado con sello figurando follages que sirven de fondo a zonas epigráficas (Karmática) esmaltadas a veces en cobalto y con baño estañífero.

El primer grupo podríamos considerarlo como típicamente cordobés y el más antiguo. Está caracterizado por ser sus ejemplares de barro rojo poco arcilloso y no muy bien tamizado. Su forma generalmente es circular, raramente octogonal: sus bordes superior e inferior tienen como adorno y refuerzo una moldura en forma de media caña y los diámetros son desiguales, siendo menor el de la parte superior. Sobre el barro *verde*, es decir, secado al aire y sin cochura, se pintaba el contorno del dibujo con pincel aplicando colores de tierras metálicas, el negro o el manganeso, y luego se rellenaba el contorno del dibujo con galena (esmalte) o de óxido de cobre, resaltando por tanto el esmalte del dibujo sobre el fondo sin vidriar del resto de la vasija.

La perfección de la técnica del horno, que necesitaría más de mil grados, es tal, que la fusión del esmalte no produce chorreaduras en el dibujo ni se corren o embadurnan las tintas como puede verse en el núm. 7515 o en el 6419, apesar de que en este último se dió un grado tal de cochura, que ennegreció el barro tomando el aspecto de recocho. Los motivos decorativos suelen ser zonas epigráficas en la parte alta o central en caracteres cúficos del siglo X, (núm. 6419) sin flores ni adornos, o con ellas, como en el núm. 7515 y el D. 49, y zonas o fajas decorativas a base de follajes o motivos acorazonados en fajas verticales u horizontales.

Influencias orientales.—Cotejados estos motivos ornamentales con los de algunas piezas halladas fuera de España, pues desconocemos de momento los de muchos ejemplares conservados en nuestros Museos provinciales, observamos la semejanza, casi identidad, de temas entre algunas vasijas de la colección Kelekian en Fostat (Egipto) del siglo X al XI, cuyos dibujos acorazonados y zonas triangulares, son iguales a los del brocal 6419 y el D. 49. Estos mismos motivos acorazonados, pero en zonas verticales como los que ofrece el jarrón de Rhages (1) y la olla de la Colección Imbert proce-

(1) Véase Glück y Diez «Arte del Islam» Colección Labor, pág. 502.



Fig. 1.—Brocal de pozo (D. 49) del Museo Arqueológico de Córdoba



Fig. 2.—Brocal de pozo (n.º 6419) del Museo Arqueológico de Córdoba

VICESECRETARÍA DE EDUCACIÓN POPULAR
DELEGACIÓN PROVINCIAL DE
CÓRDOBA
- VISADO -





Fig. 3.—Brocal de pozo n.º 7515) del Museo Arqueológico de Córdoba, hallado en el camino viejo de Almodóvar, en su ángulo con la calle Albéniz, tras la nueva Facultad de Veterinaria.



Fig. 4.—Brocal de pozo (n.º 596) del Museo Arqueológico de Córdoba, procedente del Convento de Santa Marta.

dente de Sultanabad, pero de loza de reflejo dorado, son los que predominan en nuestros brocales de Córdoba.

La semejanza de estas piezas con las de Rhages y Fostat, nos hacen pensar en una doble influencia ejercida sobre nuestra cerámica andaluza durante los días de esplendor del Califato, del gusto y arte musulmán coetáneo, en Egipto por un lado y la de Siria por otro. La del Asia menor tiene sus raíces en Siria y Persia, es decir, mesopotámica, y tiene parentesco con la de Samarra y Medina-Az-Zahra ambas, efímeras cortes del siglo IX y X respectivamente. Es vidriada y alcanza su apogeo con los abasidas de Susa y Rhages. Pero Samarra no fué fundada hasta el año 838 en sustitución de Bagdad, y como fué destruída poco después de su fundación, es muy probable que nuestra cerámica tenga como modelo a la de Rhages, ciudad cuya tradición industrial perdura hasta el siglo XIII. (1).

Por otro lado, Fostat y El Cairo en Egipto producen una cerámica espléndida que tiene su apogeo en el siglo IX con gran tradición artística y cuyos productos son objeto de intensa exportación a Occidente, llegando a Kairuán y Córdoba y cuyos artistas frecuentaban nuestros puertos.

Escuela cordobesa.—El extremo occidental africano, o sea el Mogreb, no es sino el reflejo de la cultura artística del Andalus o mejor aún, del arte del Califato cordobés. Carece de tradición anterior y de importancia para competir con las industrias cordobesas y, además, sus ciudades importantes, como Marrakés, la capital almora- vide, Taza, la capital efímera de Abdelmumen, y Salé, no habían aún nacido, pues fueron fundadas en 1062 y 1140 respectivamente. La más antigua, Fez, fundada por Idrís II en el siglo IX, nace árabe como Kairuán y, apenas nacida, fué colonizada por cairomanes y andaluces cordobeses, que dieron nombres a los dos barrios en que se divide la ciudad y por lo tanto de ellos directamente reciben las formas primitivas de su civilización (2). En Salé precisamente fueron halladas en 1917 por los arqueólogos franceses Dr. Prósper Ricard y Alexander Delpy, una serie de brocales de pozo que incluimos en el tercer grupo de barro vidriado en esmalte verde intenso, hoy conservados en el Museo de Artes Indígenas de Rabat (3), que recuerda muy cercanamente a algunos de los brocales de pozo que conserva

(1) V. Kochling y Migeon «Arte musulmán», pág. 7 y 8.

(2) V. Terrasse H. «L'Art hispano mauresque», pág. 213.

(3) V. Ricard Prosper y Delpy, Alexandre «Specimens de Céramique du Moyenne Age» en HESPERIS, t. XIII, fac. II, pág. 2.

nuestro Museo de Córdoba, el brocal llamado de Santa Marta y otros ejemplares del mismo tipo que conserva el Museo de Toledo, a más de numerosos fragmentos que comparados con los de Salé, Rabat y Marraques, parecen obra del mismo taller andaluz, acaso de nuestras ollerías de Córdoba o de Sevilla del siglo XIII-XIV.

Vemos, pues, que Marruecos no ha podido influir sobre las tendencias artísticas de nuestra cerámica y que por el contrario puede casi afirmarse que Córdoba creó escuela no solo en la Península, sino fuera de ella, en siglos posteriores XI y XIII y que Marruecos, si bien en el siglo XI duda entre Kairuán y Córdoba, se decide por ésta al fin cuando la invasión almoravide unifica Al-Andalus con Ifriquiya, refluyendo sobre Marruecos la cultura andaluza que se hace más musulmana sin dejar de ser española. El arte almohade perfeccionará después esta expansión y en el Mogreb e Ifriquiya se confundirán lo almohade y lo español.

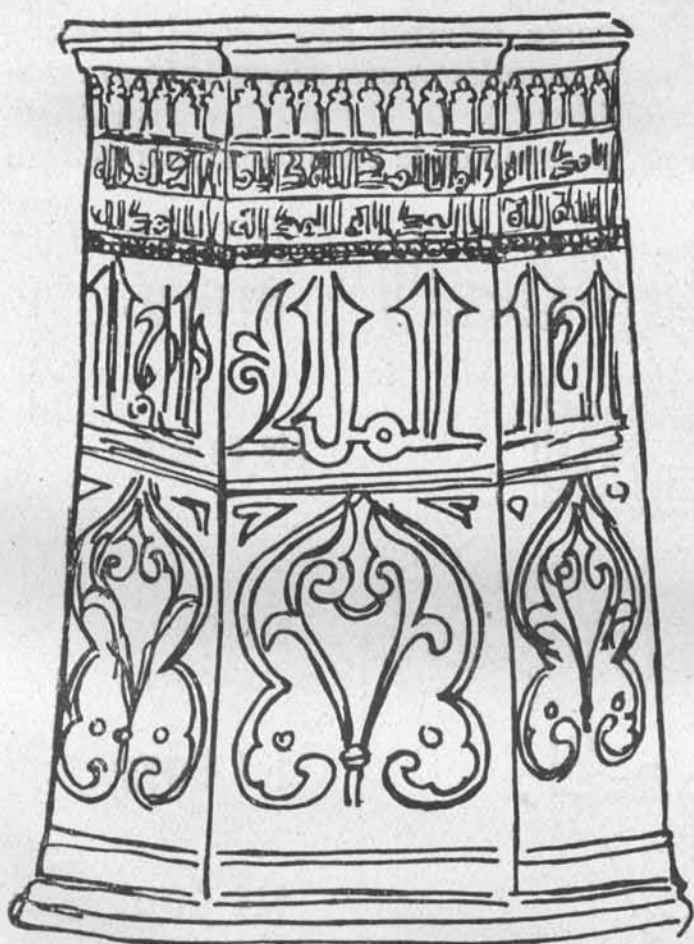
Por todo lo expuesto vemos bien claramente que si bien en el período de esplendor del Califato la influencia de Egipto y Asia Menor fué decisiva en la formación de este tipo de cerámica cordobesa, más tarde, a partir del siglo XII, es la cerámica cordobesa la que influye poderosamente en las jóvenes ciudades de Africa, y de ahí la gran semejanza que se advierte entre sus ejemplares en ambos países, como si los artesanos fuesen cordobeses en Africa y africanos en el Andalus.

Anotamos todos estos datos para expresar nuestra opinión de que en esta cerámica que estudiamos nos parece reconocer una influencia primitiva del Egipto y Oriente mesopotámico en el siglo IX que constituye el germen del que nacen todas las variantes que en siglos posteriores florecen en la cerámica hispano-morisca y que traspasando el mar refluye al Norte de Africa en el siglo XII y XIII con motivo de las invasiones almoravide y almohade, formando esa rama africana de la escuela cordobesa tan parecida en todo a la nuestra, en tal forma, que si no afirmasen los señores Delpy y Ricard que fué manufacturada en hornos allí excavados, creeríamos que fué importada de España por los almohades en vez de ser talleres africanos dirigidos por ceramistas andaluces.

León Africano escribe en el siglo XVI que en Fez había más de cien tiendas de cerámica vidriada decorada, bien con esmalte de un solo color o en varios, y que se tenía más gusto en comprarlos por el valor de la vasija que por el aceite o la manteca que contenían; y

que las alfarerías estaban junto a las murallas de la ciudad en el barrio de Bab-Fetuch, donde aún subsisten.

Las inscripciones.—No quisiéramos pasar por alto el estudio de las eulogias que adornan estos brocales para datarlos y aproximar su fecha; aunque preferiríamos que personas más especializadas lo hiciesen con más competencia, pero la caligrafía nos servirá para



MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL (COL. MIRÓ)
CÓRDOBA. CALLE DE GONDOMAR.

apuntar la fecha aproximada que calculamos para algunos de estos brocales. Lamentamos mucho no haber podido lograr un ejemplar de la «Revista de las tropas coloniales de Marruecos» (1), en que se publica un nuevo brocal de pozo que fué descubierto en Tetuán hacia 1916, con una inscripción completa estampada en relieve, en la que dice: «Esto fué hecho en el taller (casa) de El Haj-Bolo-Kin el día., del mes del último Rebia del año 586 (mayo-junio de 1190 de C.), pero de cuya decoración no tenemos noticia alguna en estos momentos. También tiene importancia para

nuestro estudio el cotejo con otro brocal hallado en la calle de Gondomar, en Córdoba, que el Museo Arqueológico Nacional compró en 1873 al coleccionista Sr. Miró y que el Sr. Amador de los Ríos clasifica del siglo XIV (2), relacionándolo con el brocal de Santa Marta y cuyo parecido con el 7515 es notable. (3).

(1) «Revista de tropas coloniales de Marruecos» núm. 15 de Mayo de 1926.

(2) V. «Museo Español de Antigüedades», t. II, pág. 121.

(3) Agregamos detalles sobre otro brocal hallado en Córdoba en la casa n.º 6 de la calle de Ambrosio de Morales, propiedad de D. Daniel Aguilera Camacho.

Cotejada la epigrafía de estos brocales, advertimos que todos ellos tienen inscripciones en caracteres cúficos. En ninguno de los cordobeses aparece escritura *nesjí*. La escritura cúfica data de mediados del siglo VIII (Kufa fué fundada en 638) hasta la caída de la dinastía fatimita (1155). Sus caracteres primitivos son: *letras de trazos largos sin perfiles; el cálamo hace rasgos anchos que frecuentemente terminan en la misma anchura en que han comenzado; las prolongaciones por la parte inferior son cortas: gruesos puntos sobre y bajo las letras completan con róleos la impresión pictórica del conjunto caligráfico* (1). En el siglo IX el visir Aben-Mukla introduce una reforma, pasando de la simplicidad, naturalidad

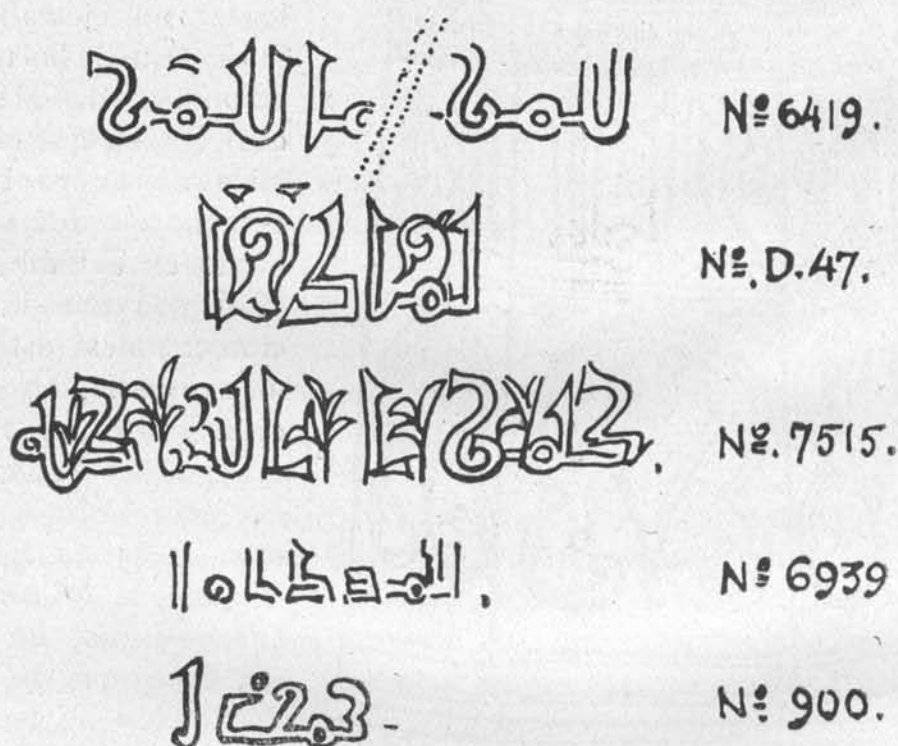


Fig. 6.—Letreros cúficos existentes en brocales de pozo del Museo de Córdoba.

y sequedad primitiva al cúfico redondeado y florido. Después del siglo IV de la Hégira aparece raras veces en los Coranes manuscritos. El *nesjí* tiene sus orígenes en el Cairo: Saladino el ayubí, puso en la ciudadela la primera inscripción *nesjí*: sus características son la falta de ángulos rectos y trazos horizontales, curvas y lazos trazados apresuradamente: superposición de letras y predominio de las curvas en sentido oblicuo: logra su apogeo durante los fatimitas y los ayubies la usaron en epigrafía lapidaria.

(1) V. Ahlenstiel-Engel «Arte árabe» «Col. Labor», pág.91.

Derivación del cúfico es la llamada letra kairuano mogrebina de la primera mitad del siglo IX. Fué la escritura del N. de Africa y de España.

Con el predominio de España (siglo IX-XI) sobre Marruecos, se introduce la letra *andaluza* o *cordobesa* que en relación con el mogrebí, presenta la forma redondeada. El perfil más elegante de la cúfica y cursiva en España, está en el siglo XIV. Otra variante es la *Karmática*, o sea la cúfica de largos trazos verticales en el colmo de su carácter ornamental colocada sobre fondo de atauriques y es característica del siglo XIII en España.

Añjuntos damos dibujos de los tipos de letra empleados en nuestros brocales. (Fig. 6).

De ellos consideramos como más antiguos por su semejanza con las inscripciones en piedra conservadas en este Museo, la del brocal núm. 6419. Este brocal, a nuestro juicio, es el más antiguo de la colección; ya indicamos que su decoración acorazonada en zonas, reproduce temas de Fostat y Rhages, sin que pretendamos asignarle

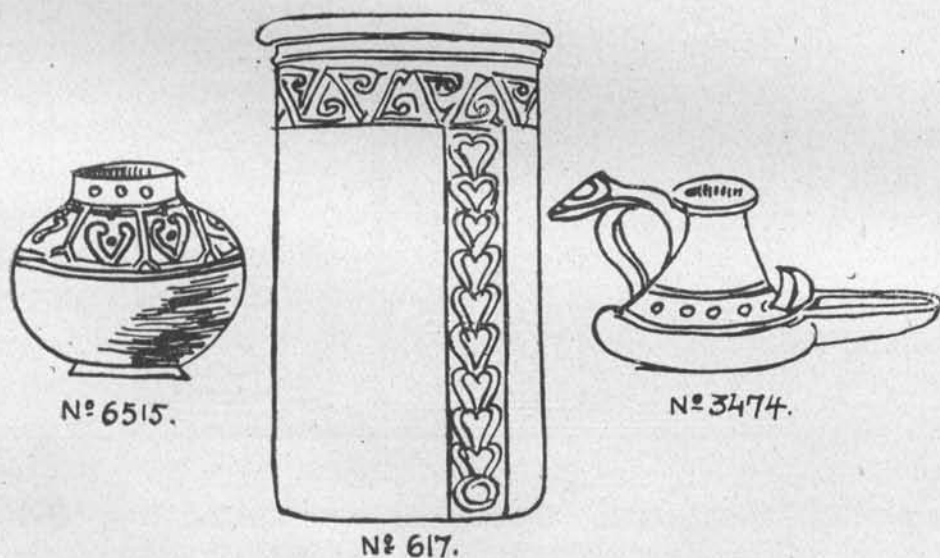


Fig. 7.—Candil, vasija y depósito existentes en el Museo de Córdoba.

su antigüedad. Estos mismos motivos los vemos en algunas vasijas pequeñas del Museo, (Núm. 6515) procedentes de excavación somera practicada en la almunia de la Arruzafilla (Córdoba), de época indudable califal. De época igual es el fragmento de brocal octogonal núm. 6939 de barro sin vidriar, adornado con inscripción cúfica primitiva aplicada en relieve y cuyas letras cúficas de aspecto monumental recuerdan las epigráficas del siglo X, (núm. 503) fechada en

el año trescientos treinta y..., muy simple, con trazos verticales; y la indubitada dedicatoria de la Mezquita cordobesa de An-Nasir año 344 de la Hégira (957 de Cristo), si bien esta última en su primer renglón se halla adornada en el remate de sus trazos altos con rizos acaracolados típicos del cúfico primitivo según Moritz y mejor aún del califal del siglo X.

En este mismo grupo, aunque de fecha posterior, (siglo XII) nos aventuramos a incluir otros tres brocales numerados 7515, el D. 49 y el del Museo Arqueológico Nacional que perteneció al Sr. Miró, además de otra vasija (Fig. 7) a modo de depósito cilíndrico con orificio bajo para salida del líquido que, como nuestros filtros, debió tener adaptado un grifo o espita, destinado a contener agua fresca (n.º 617). Estos brocales son, desde luego, los más artísticos y ahora los más



Fig. 8. —Detalle del letrero cúfico y dibujos que adornan el brocal hallado en el camino viejo de Almodóvar (Córdoba).

numerosos. Sus temas florales decorativos recuerdan más al arte omeya que al almohade: son combinaciones de hojas cuyos limbos recurvados y contrapuestos simétricamente quedan envueltos por los tallos que forman círculos dobles y óvalos, como en las placas decorativas de aplicación en la arquitectura de Medina-Az-Zahara, pero que además vemos en pintura de estucos de la Kutubiya de

Marraqués. El dibujo del 7515 (1) recuerda los de las pilastras o bandas verticales de las fachadas esculpidas en el palacio de Medina-Az-Zahara (Fig. 8). Igual ocurre con el brocal de la colección Miró; están pintados en color negro los contornos del dibujo y relleno el interior con esmalte verde oscuro. Sus formas son ochavadas y el barro rojo, no muy bien cocido, pero lo suficiente para fundir el óxido metálico del esmalte. Parte del 7515 sufrió cochura incompleta y al limpiarlo, cuando fué descubierto, se borró bastante el dibujo por no haber cuajado debidamente el esmalte.

Sus decorados presentan una o varias zonas epigráficas en la parte alta junto al borde de la boca, y bajo ellas, en un tercio, sigue el decorado de hojas y tallos retorcidos en el fondo de dobles círculos u óvalos separados por líneas de puntos. Las inscripciones ostentan repetidas eulogias, como por ejemplo: *الكاملة و لنعمة الشاملة و الغبلة و البركة* = «El beneficio extenso y prosperidad y bendición», el brocal 7515; *الملك* «el imperio, el poder», el del Museo Arqueológico Nacional; y *انمر* «la felicidad», el brocal núm. 641. La letra en que aparecen escritos está adornada con ramillas de hojas que rellenan los espacios entre cada letra y su siguiente; su tipo es el cúfico bitrazado con rasgos verticales, ángulos rectos y conjunto armonioso; la decoración vegetal no forma rizos acaracolados en los remates altos verticales, como era usual en la escritura de época califal, sino que nace aisladamente entre los espacios de las letras, formando simples ramitas de hojas con dos o tres lóbulos.

Muy parecidas son las que tiene el brocal de la Colección Miró, pero estas parecen estar estampadas en relieve, como las numerosas que poseemos en fragmentos de tinajas y las que existen en el Museo de Artes indígenas de Rabat, seguramente coetáneas. A este tipo de escritura que recuerda nuestra califal de la vajilla y cerámica de Medina-Az-Zahra, podríamos llamarlo con seguridad «cordobés» (2) del cual procede ya que tan bellamente destaca en la decoración

(1) Fué hallado en la parte posterior de la «Huerta de la Camila», al final de la calle Albéniz, al construir el nuevo alcantarillado. Lo mandó recoger y enviar al Museo Don Enrique Romero de Torres, Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas. El lugar del hallazgo es posible no tenga relación ninguna con el del llamado «Pozo de las Virgenes», cuya tradición puede leerse en R. Ramírez de Arellano «Paseos por Córdoba», t. II, pág. 341. No obstante, a título de recuerdo piadoso relacionado con el lugar, lo citamos. Véase además lo referente al Brocal de los Diablos del Convento del Cister en loc. cit. pág. 169 del tomo III.

(2) V. Ahlenstiel Engel «Arte Árabe», pág. 91.

epigráfica monumental del Norte de Africa, durante el siglo XIII, hasta que es sustituida por el nesjí.

2.º GRUPO.—Incluimos en él un corto número de fragmentos de cerámica vidriada que pertenecen por lo general a grandes vasijas en forma de orzas cilíndricas esmaltadas con vidriado melado interiormente, y al exterior con esmaltes de diversos colores aplicados por el procedimiento de «cuerda seca». Las piezas más importantes de esta clase han sido halladas en Medina-Az-Zahra; son comunmente grandes orzas usadas para guardar manteca o víveres conservados en ella y están por lo tanto vidriadas en el interior. Su parte externa suele ser vidriada a «cuerda seca» en varios colores, blanco de estaño, verde manganeso, melado o pajizo y negro. Han sido descritas por los Sres. D. Félix Hernández y D. Rafael Castejón, en la «Memoria de las excavaciones realizadas en Medina-Az-Zahra 1926». Sus brillantes colores y sus formas les prestan relativa importancia, pero hasta ahora son muy escasas las piezas halladas, por lo menos en Córdoba, y por lo tanto es prematuro definir las.



DETALLES DEL BROCAL DE SANTA MARTA

Fig. 9.—Detalle de las figuras animales del brocal de Santa Marta (Córdoba)

Interesa consignar que esta clase de cerámica se ha fabricado también en Marruecos y de ella hay también ejemplares hallados en Marrakés, Ain Ghebula y Salé (1) por Mr. Mills, antiguo alumno de la manufactura de Sévres, lo que nos induce a señalar su fecha de fabricación como más tardía.

3.º GRUPO.—Brocales de pozo de barro cocido, decorados con relieves estampados o modelados con espátula y completamente barnizados con esmalte de color verde oscuro. Sus formas son casi siempre octogonales, tienen alguna mayor altura que las anteriores y constituyen un numeroso grupo de los siglos XIV y XV, cuyos ejemplares más notables y artísticos se encuentran en España, y algunos, pero más sencillos, en el Norte de Africa. Nos referimos a los brocales de aljibe conocidos en Córdoba y en Madrid con el nombre de brocales de Santa Marta, por el lugar en que fueron

(1) V. Ricard y Delpy «Hesperis», fasc. II del t. XIII, pág. 6.

hallados, y además a otros como el de Toledo, el del Museo Arqueológico Nacional y uno notabilísimo que fué hallado en la calle de Munda, de Córdoba, en una casa propiedad de D. Daniel Aguilera, de cuyo paradero no hemos logrado obtener noticias ciertas. A nuestro entender, el de mayor mérito e interés es el toledano que está modelado con paillo en barro fresco, avalorado con inscripciones cúficas en dos tamaños, en relieve y sobre fondo de atauriques (*Karmatica*) y car-

telas que contienen manos profiáticas o arquillos con decorado floral, todo en relieve y con la profusión característica del arte árabe (*horror vacui*). Es realmente una pieza de mérito por lo complicado y armónico de su modelado, y por ello tuvo el honor de figurar en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. El Museo Arqueológico Nacional tiene también un fragmento de este tipo. De arte y técnica parecidos al de Toledo, es el brocal hallado en la casa de D. Daniel Aguilera; es octogonal, con ancho borde moldurado en la boca, relieves florales de ataurique en cada una de sus caras y tiene la circunstancia de no estar vidriado como los anteriormente citados.

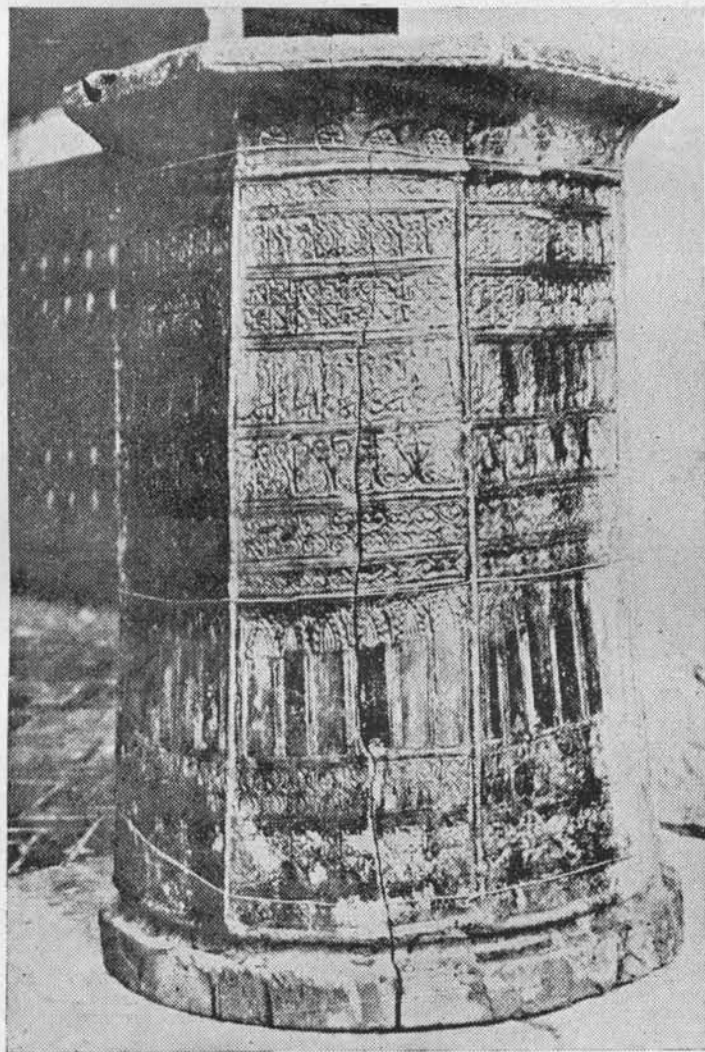


Fig. 10.—Brocal de pozo hallado en Salé, de factura análoga a los andaluces.

El brocal núm. 596 que conserva este Museo, procedente del Convento de Santa Marta (Fig. 4), es octogonal, vidriado en esmalte

verde oscuro, solamente al exterior. La decoración modelada con espátula o palillo, representa de arriba a abajo: Moldura sogueada del borde, zona de cabezas de clavo, zona de arquillos angrelados, zona de grandes rectángulos, que llevan inscritos grandes círculos con dibujos poligonales y estrellados en su interior. En las juntas que forman estos rectángulos con los círculos, aparecen curiosas



Fig. 11.—Brocal de pozo hallado en Salé (Marruecos).

en 1867 en el patio del Convento citado, por el Sr. Maraver Alfaro, que gestionó su envío al Museo (1).

Forman serie con estos brocales descritos, una media docena hallados en 1929 por los Sres. Deipy y Ricard en Salé, (láms. XXIV y

figuras animadas (Fig. 9) de marcado gusto persa, tales como grifos, perros, (Ahriman?) pájaros; el resto de la parte inferior está ocupado por una zona de losanjes bajo la cual aparece en la parte baja un conjunto arquitectónico formado por grandes arcos angrelados, de los que corresponden dos por cada cara del prisma octogonal. En orden a su mérito, parece ser el segundo de los conservados en España: tiene regular estado de conservación y está perfectamente vidriado al exterior en color verde oscuro, que le dá aspecto de ser de bronce. Fué hallado

(1) El Convento de Santa Marta fué fundado por Fr. Pedro de Córdoba, en 1468, en las Casas de Cárdenas.

XXXII) decorados con zonas horizontales estampadas con sellos de madera figurando palmitos, arquerías, estrellas, grecas y formas epigráficas (XXV y XXVI) en formas octogonales; otras, cilíndricas.

El fotografiado en la lám. XXV (Fig. 10), es de tipo muy parecido al de Santa Marta de Córdoba, pero es más sencillo y de menor mérito por aparecer estampado con palmetas que se repiten casi en toda la superficie del brocal, excepto en la parte inferior, que tiene arquerías angreladas y otra faja en el promedio de su altura que está formada por una zona epigráfica de caracteres nesjís. El de la lám. XXVII es cilíndrico y tiene 8 zonas horizontales, decoradas con relieves de atauriques a base de arquillos y rosetoncillos, palmetas, etc., revestidos como el anterior, de esmalte verde oscuro. Más bello es el brocal XXVIII (Fig. 11) de forma octogonal con fajas verticales alternantes, unas en zigzags paralelos, otras de entrelazos palmiformes, rematado como el XXX por el borde por un ensanchamiento acampanado que le presta elegancia y esbeltez.

Característica destacada en todos estos brocales, es la marcada tendencia arquitectónica de su decoración: todos tienen series dobles de arquerías, unas veces con arcos de curva almohade como el XXIX y otras angrelados.

La fecha que les asignan los citados autores franceses es el siglo XIV y reconocen la casi identidad de esta cerámica marroquí con la de España musulmana, que si bien hay reminiscencias orientales, existen en Salé semejanzas aún mayores y recuerdos hispano-moriscos.

En el grupo 4.º de la clasificación hecha al principio de este trabajo, casi no nos atrevemos a incluir pieza alguna de brocal por carecer de datos seguros sobre los mismos, y no es conveniente juzgar por apariencias.

Si los brocales del Sr. Aguilera Camacho y el del Sr. Miró tuviesen algo de vidriado el primero, y epigrafía en relieve el segundo, podríamos clasificarlos dentro de él, pero solo conocemos tales piezas por dibujos y referencias. En cambio encajan en él una numerosa serie de tinajas y grandes ánforas de barro en relieve estampillado y vidriados solo en la parte epigráfica, cuyo estudio preferimos hacer en otro artículo con más detenimiento. De ellas hay ejemplares notables completos en este Museo y además una numerosa colección de fragmentos que permiten relacionarlos con los de otras regiones andaluzas y africanas.

Como suplemento a este trabajo, recordamos una serie de brocales

que conserva este Museo de Córdoba, desprovistos de vidriado y de muy diversas épocas, recogidos en distintas casas de Córdoba y probablemente de fabricación local, excepto uno decorado en relieve con piñas y leones, que acaso sea de fabricación sevillana y trianera. Otro, decorado con grecas incisas, fué hallado junto al río en terreno de huertas árabes, chozo del Tripero y Huerta del Maimón; probablemente es árabe y formaba parte del revestimiento interior o encañado de un pozo enchufado con otros más sencillos, de igual modo que los que se han visto en otro pozo descubierto en las Esclavas, Plaza de San Juan, junto al alminar árabe del siglo IX, restaurado por el arquitecto D. Félix Hernández Jiménez.

De los brocales con sellos estampados, hay en Córdoba gran cantidad y de ellos guarda este Museo las estampillas de los más interesantes.

Samuel de los Santos Jener

Director del Museo Arqueológico de Córdoba.



BIOLOGIA DE LA GUERRA

La guerra es biológica.

El hombre hace la guerra por la misma razón y por los mismos fundamentos que come, ama, deambula, trabaja, odia o envejece.

El estudio del hombre, o si se quiere de la Humanidad en conjunto, exige, como el de cualquier otra especie animal, el conocimiento de su anatomía, de su fisiología sana, de sus alteraciones morbosas y de sus costumbres o relaciones sociales.

Más notable esto último en las especies que viven en colectividades, como las hormigas, abejas, piaras de mamíferos, bandadas de peces o de aves, etc., ha dado motivo a curiosas observaciones de naturalistas y sabios, que enriquecen a porfía la bibliografía de las ciencias naturales.

En cuanto al hombre, sus relaciones sociales han dado origen a escalas jerárquicas, castas, fórmulas religiosas, partidos y regímenes políticos, lucha de clases, etc., etc., y en el exquisito siglo XVIII europeo a la confección de los bellos tratados de «Urbanidad y Cortesía», compendio del almibaramiento de peluca y casaca característico de esa fecha.

Señalamos concretamente este dato, porque ilusionadamente, la educación moral que el hombre dá a sus descendientes desde las llamadas épocas históricas, es ya de tono pacifista, —la civilización es pacifista, el salvajismo «es belicista»—, y por relaciones sociales se entienden por antonomasia entre los hombres las de buenos y cortesanos modales

Pero tan social —desprovista la palabra de todo sentido político— o mejor diríamos, tan colectivo es en el hombre lo pacífico como lo guerrero. Didácticamente separaríamos las relaciones colectivas de la Humanidad entre otras posibles divisiones, en dos ramas: pacífica y bélica. Siendo tan natural la una como la otra.

Observad un hormiguero, un enjambre, una bandada de estorninos o de grullas. Están tranquilos en sus actividades personales, acopian sus granos o sus reservas alimenticias, aman y procrean, hacen sus nidos o construyen sus panales, sestan o pasean, durante la tran-

quila sucesión de los días. El buen naturalista va estudiando estas costumbres, de cronicidad casi matemática, y las va trasladando a su cuaderno. Un buen día, aquella colectividad animal aparece irritada. Sus individuos van y vienen nerviosamente, se transmiten avisos y órdenes, montan guardias en sus refugios y guaridas, zumban, gritan, chillan, y al fin, extremando su nervosismo, afilando sus defensas naturales y cargados de sus provisiones, salen de sus agujeros o parten de sus comarcas habituales, con la reina o el guía al frente, bien rodeado de una guardia personal, en busca de otros territorios, exterminando enemigos a su paso, o impelidos por la inexorable ley del nusus migratorio. El naturalista sigue observando y anotando.

Ni al sabio ni al profano se le ocurre pensar que obedecen a fundamentos distintos, ni a desiguales leyes biológicas, las dos clases de fenómenos, pacíficos y bélicos, que está observando. Ambos son característicos de la biología social de la especie estudiada, son previsibles y aún se suceden con cierta periodicidad sincrónica. Ambos pertenecen a la biología social de la especie.

Y si esto es normal en todas las especies animales, ¿por qué solo en el hombre vamos a considerar normal lo pacífico y anormal lo bélico?

Desde el punto de vista biológico es normal todo lo que acontece a la especie en su ciclo individual o corporativo. Tan normal es al *Apis melífica* el diario pecoreo, como la salida primaveral del enjambre o la matanza de los zánganos apenas han terminado su función fecundante. Todo ello es biológicamente corriente en esa especie. En todas podríamos formular los hechos correlativos.

Pues igualmente normales son en el hombre, biológicamente considerados, tanto los períodos de paz como los de guerra. Un naturalista que estudiase la especie humana, y describiese el cuerpo del hombre, sus funciones, sus actividades, sus relaciones sociales, etc., terminaría, como nosotros hacemos con la hormiga o la cigüeña, describiendo sus habitaciones, sus viajes y sus luchas. La lucha, la guerra, si con ojo de cíclope observáramos una humanidad liliputiese, sería un fenómeno biológico más, a considerar entre los demás de la especie.

No es lógico, por tanto, que busquemos las causas o pretextos de las guerras, por lo menos que busquemos las causas políticas. Debemos buscar las causas biológicas, como pretendemos en esta iniciación de ensayo. Las llamadas causas políticas, las que externamente invoca la Historia, serán en todo caso como las llamadas en

la etiología médica causas predisponentes, pero no causas directas, eficientes o específicamente determinantes de las guerras.

La Historia nos habla de guerras de conquista, de guerras religiosas, comerciales, etc. Una vez se inculpa como causante de la guerra a un tirano, un emperador o un César. Otras veces es un reformador religioso, un mesías, un profeta, un mahdí. En otras ocasiones se habla de masas causantes, las hordas asiáticas, el peligro amarillo, las emigraciones oceánicas del Pacífico, los bolcheviques. En nuestros tiempos criticistas se echa la culpa confusa de las guerras, según el criterio enemigo de cada cual, a los burgueses y bolsistas, a los judíos, a los constructores de armamentos o fabricantes de municiones, a las sectas que operan tenebrosamente, a los masones, a los mismos pacifistas.

Es inútil buscar, de una manera genérica, al causante de las guerras. El hombre hace la guerra por un imperativo biológico que le acomete circunstancialmente, del cual él mismo es actor y víctima al propio tiempo, y cuyas oscuras raíces fisiológicas acaso no se conozcan todavía con precisión. El hombre destruye y mata instintivamente, movido por una poderosa fuerza interior, de raíz biológica. La guerra es instintiva. La guerra es una función biológica de la colectividad humana.

En los pueblos que llamamos inferiores, tribus negras, oceánicas, etc., la guerra es una función tan biológica de la colectividad, que los hombres, como empresa colectiva, no hacen más que guerrear. La constitución de la sociedad humana, en estos pueblos inferiores, solo tiene la misión bélica. Sus reyes, hechiceros, cantos, músicas, etc., están todos instituidos con una finalidad marcial. El autor de estas líneas que convivió una temporada con los berberiscos del norte africano, pueblo civilizado, o por lo menos en contacto con la civilización desde hace muchos siglos, anotaba que, en los períodos de paz, en sus luchas con los españoles y franceses del protectorado marroquí, vagaban tediosamente como atacados de neurastenia, preguntando ansiosamente cuándo volvería el período de la guerra, único que concebían. Las referencias del medievalismo, del feudalismo europeo, son del mismo tipo. El buen caballero no trabajaba la tierra ni organizaba trabajo de orden alguno, salvo el bélico. El trabajo manual lo hacía el siervo, el esclavo, el prisionero, el trabajo intelectual lo hacía el monje. El caballero, el señor, como honrado privilegio especial hará la guerra.

El oscuro sentimiento de matar al prójimo que, en algún caso,

como hoy mismo en los iluminados de Filipinas, alcanza categoría de hecho biológico en lo personal, tiene sus rituales religiosos en las ofrendas a los terribles dioses paganos a quienes se sacrifican niños, doncellas, esclavos o personajes de estirpe regia, según los pueblos o los ritos, y, alcanza por fin, su momento cumbre en lo colectivo con la organización de las guerras que en nuestros días alcanzan la dramática intensidad actual.

Los historiadores profundos han buscado algunas veces este origen o causa biológica de las guerras, prescindiendo de las explicaciones causales que el vulgo invoca, y antes dejamos señaladas. Los pueblos que habitan lugares míseros, saldrían periódicamente de sus comarcas, cayendo como langostas sobre los pueblos ricos y ubérrimos, reblandecidos por la civilización y el hartazgo. En relación con la pretendida marcha de la civilización de oriente a occidente, se ha hablado de varias influencias astrales o magnéticas. Un abate francés cree haber encontrado un sorprendente sincronismo entre guerras notables y manchas solares.

Quienes opinan de esta manera, abandonan ya la teoría política, y dejando de inculpar al tirano bélico o al reformador audaz, piensan, algo como nosotros, que el hombre es víctima del impulso marcial, al modo que lo es del impulso erótico o de cualquier otro instinto biológico.

Lo que acontece por lo pronto, dentro del organismo humano, es que el instinto bélico acaso no es constante en la biología, sino que aparece por crisis o saltos. Por ejemplo, el crecimiento somático del individuo, procede lenta y progresivamente, pero sin violentas crisis. Mas, dentro de esta evolución ontogénica, aparecen algunos fenómenos, que, siendo normales, se manifiestan con violencia, como la erupción dentaria, la pubertad, el parto. A nadie se le ocurrirá discutir la normalidad fisiológica de cualquiera de esos fenómenos vitales que en el individuo se presentan sin embargo de aparatosa manera.

Pues bien, algo análogo ocurre en lo colectivo. La lenta evolución diaria de la Humanidad se produce en la paz. Pero en este organismo humano se presentan de vez en cuando fenómenos críticos, violentos, las guerras y revoluciones que vienen a ser los fenómenos críticos de lo colectivo, seguramente necesarios, en cuanto biológicos, para la evolución filogénica de la especie humana.

También tiene este concepto viejos defensores en quienes hablan de las guerras como vehículo de la civilización, y señalan la difusión de muchas adquisiciones y conocimientos culturales a través de los

movimientos guerreros de los pueblos, y de ello se deduce la necesidad de las guerras para que la Humanidad progrese.

La necesidad biológica de la guerra no la vemos clara si no es poniéndola en parangón con la antropofagia. Son raras las especies animales en las cuales existe la homofagia, y desconozco si del devorar semejantes los naturalistas o biólogos han extraído alguna conclusión. Me parece, en cambio, que la antropofagia tiene en la evolución de la Humanidad una clarísima interpretación. Devora el hombre a sus semejantes en aquel período evolutivo de la especie en que termina el *Homo ferox* y aparece el *Homo sapiens*. O dicho de otro modo, para alcanzar inteligencia, para lograr el desarrollo necesario en los centros nerviosos, la especie necesitó enriquecer su fisiología nerviosa con un tratamiento opoterápico a base de los órganos de la misma especie, porque es bien sabido que, aun cuando el antropófago devora toda su víctima, generalmente, y de ello se derivaron curiosos ritos que estudia hoy el prehistoriador, busca determinados órganos como el cerebro y el testículo que son los básicos del desarrollo intelectual.

No se debe pasar por alto el hecho de que los monos antropoides son hervíboros, mejor frugívoros, esto es, que ni son carnívoros, ni mucho menos homófagos. Fué en las especies antropeideas de las cuales había de nacer el *Homo sapiens* donde se desarrolló la antropofagia, como imperativo biológico, por exigencia acumulativa de materiales fisiológicos nobles, sobre los cuales habría de lucir la llama divina de la inteligencia.

Hay algunas hembras domésticas, las cerdas y perras, que ciertas veces cometen el acto monstruoso y antinatural de comerse a sus hijos a poco de parirlos. Estas hembras no cometen el hecho casualmente, sino que este vicio se repite en cada ocasión, y los ganaderos saben que no hay otro remedio que desecharlas como reproductoras. Parece haberse averiguado que se comen a sus hijos las hembras agalaxicas, o sea las que no segregan leche, de donde se derivaría un complejo neuro-hormónico que actuaría sobre el apetito, y especialmente sobre el instinto, sobre este último de tan intensa manera, que llega a anular el poderoso instinto maternal.

Si confirmamos que el desarrollo intelectual del hombre exigió la antropofagia, nos preguntaríamos a qué instancia biológica concluye la guerra, o sea el exterminio de determinados individuos de la especie, o más genericamente, la lucha entre los machos.

Por demasiado conocido y solo a título de recordación, evocamos

el hecho de las peleas entre los machos, que viven en salvajismo o en piara. En Andalucía, donde la cría del toro bravo está tan atendida y observada, se sabe que hay dos ocasiones en que las piaras de machos, sean novillos o toros, se acometen en la pelea, que son la primavera en la época del celo y los días de gran tensión magnética, precursores de la tormenta. Pero, tanto en unos como en otros, la lucha no adquiere intensidad dramática en tanto que no se vierte sangre, y después de grandes bramidos, escaramuzas, esgrima de cuernos, etc., uno de los contendientes huye (táctica de despegue). Mas, cuando «huelen sangre», como dicen los ganaderos, por haber sido herido uno de los contendientes, la lucha se generaliza, redobla su intensidad y suele terminar con varias muertes. El autor de estas líneas cree haber notado fenómenos análogos en las luchas humanas de que ha sido testigo.

Aquel último concepto nos lo aclara el estudio de otras especies. La lucha entre machos responde a un principio de selección natural (darwinismo) para la supervivencia del más apto. Tendría la lucha un fondo sexual, que, como tantas otras manifestaciones de la misma raíz, se manifestaría oscura y torpe, pero avasalladoramente. El mismo hombre sería una víctima de su instinto, por cuanto el desarrollo hormonal de sus increciones gonadales, le impulsaría ciegamente a la lucha y la muerte.

Acaso la Ciencia descubra algún día totalmente el resorte del impulso bélico, biológicamente considerado, y los períodos críticos en que se presenta, en relación ya con la evolución ontogénica de cada ser o con la filogénica de la especie, y se pueda establecer el ritmo crítico de las guerras, aparte los demás factores climáticos, étnicos, geográficos, alimenticios, etc., que dan fisonomía especial a cada período guerrero.

Por lo pronto, y en relación con este hecho, sorprende inmediatamente que la edad guerrera por excelencia, la edad heroica por antonomasia, es la juventud, el despertar impreciso y arrollador de la sexualidad, dejando aparte la milicia profesional producto de un entrenamiento y una educación que se separa del ritmo biológico.

Bastará repasar en la memoria la figura de los grandes caudillos militares de la Historia, o mejor dicho de los grandes conquistadores, en los cuales destaca la edad juvenil o una sexualidad torpe —Alejandro, Napoleón—.

Toda la prehistoria (Humanidad infantil) que se puede representar como la época salvaje de las actuales razas civilizadas, al menos en

la edad de la Piedra, y que tiene sus análogos en los actuales pueblos salvajes, que viven una era que podemos llamar para ellos prehistórica, — pinturas rupestres, cultura lítica, belicismo, antropofagia, cultos astrales, etc. —, es una época fundamentalmente guerrera, y acaso en su decurso se inicie la diferenciación de pueblos más o menos bélicos, o bélicos y pacíficos.

Entre las más viejas culturas del mundo, la mediterránea ha propendido al pacifismo, acaso por adaptación al medio — clima dulce, alimentación fácil, poca necesidad de vivienda y vestido, etc. —, produciendo aquellas civilizaciones — micénica, cretense, tartesia, etc. —, que llegan a los albores de la Historia refinadas y decadentes, acosadas por todos sus costados, especialmente por el norte, por pueblos agresivos, bélicos, selváticos, — la pretendida invasión aria —, que vienen a refrescar los viejos troncos y a infundirles primitivismo marcial.

Nos perderíamos en la minucia histórica, por grandes que fueren sobre el ancho cauce nuestros saltos, si quisiéramos sorprender sobre ella la evolución biológica de la Humanidad, especialmente con vistas al instinto bélico.

Ya en otra ocasión (V. nuestro ensayo sobre *La busca de la felicidad*), hemos intentado fijar la edad de la Humanidad, comparativamente a la del ser humano. Intelectualmente al menos la evolución del ser humano muestra en compendio la evolución de la Humanidad. Con esto evocamos el clásico principio naturalista de que la Ontogenia es una reproducción abreviada de la Filogenia. O también, que se puede comparar la evolución del individuo, aplicando el anterior principio en grado menor, como una reproducción abreviada de la evolución de la especie.

En el mismo hombre, los embriólogos van estudiando desde la concepción del ser humano, las fases de mórula, de blástula, de celentéreo, de gusano, de pez, de mamífero, etc. Pero, ante nuestros ojos, en el niño, vemos reproducidos los períodos o etapas de la evolución cultural de la Humanidad. El niño que anda a gatas a poco de nacer (antropóide), se endereza a poco y emite gritos inarticulados (antropopithecus erectus), luego se apoya en un palo, tira piedras y hace casitas de barro (edades líticas), pinta las paredes (rupestrismo) y ama con pasión los animales (totemismo, domesticación). Sabido es que, por este camino, en el cual los pedagogos hacen notables observaciones, se reconocen, en niños inteligentes, momentos mentales o sentimentales, que evocan otras épocas, religiones, creencias o

ritos, por los cuales ha pasado la Humanidad ancestral, y que perviven en el fondo de herencia heredada, manifestándose transitoriamente. Por ejemplo, un niño de cinco o seis años, un buen día, sin influjo exterior alguno, os empieza a relatar con la videncia y seguridad característicos de la infancia, que ha vivido otras épocas anteriores. Os dirá, «cuando yo era capitán», «una vez que iba en un barco», etc., manifestando así un estado mental análogo al que tuvieron determinados pueblos (metempsicosis). Reconoceríamos por este procedimiento, el recuerdo ancestral de épocas tristes y melancólicas de la Humanidad, tan características de la segunda infancia, de culto a los muertos, etc.

En una palabra, la Historia, y su antecedente prehistórico, nos descubre que la Humanidad ha pasado por períodos de evolución mental análogos a los que observamos en la evolución genérica de cualquier individuo. Por ahí podríamos rastrear, comparando el tipo medio de vida de la Humanidad actual, la edad que esta alcanza, y por ende sus posibilidades de todo orden, mentales, técnicas, etc., y sus instintos biológicos primordiales.

Porque, y esto hay también que dejarlo bien sentado, así como en los niños se descubren los períodos históricos ya pasados, en muchos individuos, y aún en ciertos estados especiales de civilización, acaso se descubran los períodos históricos del porvenir. O sea que muchos individuos han superado el tipo medio de la especie, e incluso dan arquetipos o modelos que la especie tardará muchos siglos en volver a producir en apreciable cantidad.

En suma, ¿qué edad tiene la Humanidad? ¿Es joven o es vieja? ¿Tiene por delante un «brillante porvenir» como reza la frase periodística, o es ya vieja y caduca e «incapaz de sacramento». Interesa mucho fijar el concepto para nuestra biología de la guerra, porque si el tipo normal del milite, biológicamente considerado, es el joven, desechando los estados anormales o incauzados de la sexualidad, si adscribimos la guerra a la edad juvenil, tendremos que aún nos quedan milenios guerreros por delante si la Humanidad es joven, o..... No. Si la Humanidad fuera vieja las guerras se hubieran ya acabado hace largo tiempo.

La guerra, la lucha, es vida por antonomasia. Cuando la Humanidad entre en edad madura y se acerque a la vejez, hará mucho tiempo que los conflictos bélicos se habrán extinguido. La Humanidad vive todavía, cuando tiene por las guerras esta impetuosa pasión incontenible, una edad juvenil.

Porque no hay que hacerse ilusiones pacifistas. Cuando algunos hombres selectos —filósofos, pacifistas, eclesiásticos o religiosos— hablan largamente de pacifismo, y cuando la educación, la ética, la religión, están llenas de pacifismo, de amor al prójimo; cuando ingentes instituciones —la iglesia cristiana, por ejemplo— fundan sus cimientos en la caridad, en el quererse unos a otros, de pronto, como una universal tormenta, se encienden los cielos en horrendos fragores guerreros y el rayo marcial incendia todos los pueblos y todos los países, favorecido hoy más que nunca por la velocidad de las comunicaciones. La guerra es un contacto eléctrico, a cuyo solo nombre se ponen en pié todos los hombres.

Cuando en raptos de un pacifismo erudito, algunos países han proclamado su renuncia a la guerra en sus leyes fundamentales, y como consecuencia de ello se ha procedido a un cierto desarme del ejército nacional, las multitudes, y precisamente las que se hacían llamar a sí propias más progresivas y avanzadas, instituían «milicias» particulares, y salían por los alrededores de sus pueblos en marchas y maniobras bélicas, víctimas de un instinto biológico que no hallaba otros cauces legales.

No caben discusiones ante los hechos. Estamos asistiendo a la guerra más extensa y cruel que ha conocido la Humanidad. El diagnóstico es tan preciso, como el toque del metal sobre la piedra: la Humanidad aún es joven, y como es joven ama la guerra, y la desea frenéticamente. Bueno que se eche la culpa ocasional de esta guerra, como de cualquier otra, a este dictador o al otro tirano, a los judíos o a los comerciantes, que en última instancia solo serán o sus propagandistas públicos o víctimas propiciatorias del belicismo, como lo son también casi siempre los «intelectuales», evocando la pugna entre la pluma y la espada de que ya hablaba Aristóteles. Pero el hecho fundamental es que la Humanidad hace la guerra, y dedica a ella, amorosamente, voluptuosamente, sus mejores hombres, —la juventud— sus mejores tesoros, sus mejores conquistas de saber y de técnica, sus más queridos amores, —la familia, el hogar, los hijos.

Pongamos a contraprueba el toque de la antropofagia. Hoy, esta Humanidad guerrera y exterminadora, se avergüenza de haber sido antropófaga. Esto es, la necesidad biológica de la antropofagia ya ha pasado, y entre tantos pueblos diversos y millones de seres que hoy combaten, no solo existe ni recuerdo de la antropofagia, sino que se rechazaría con asco violento de ser propuesta. Hoy, la necesidad biológica de la guerra, que no acertamos a definir, obedece a otros instintos.

Nos contentamos con suponer que es un instinto de raíz biológica el bélico, que algún día pasará, como pasó el antropofágico. Día llegará en que la Humanidad se avergonzará de haber hecho la guerra, como hoy se avergüenza de haber comido a sus semejantes. Y por eso, la fijación, siquiera aproximada de ese día, de esa época, nos preocupa, y tanteamos su señalamiento

Volvemos al supuesto de la lucha sexual, y a nuestra afirmación de que solo atendiendo a esta violenta pasión por la guerra, podemos suponer que la Humanidad es joven. Pero ¿a qué «tipo de Humanidad» debemos referirnos, y qué grado de juventud goza ese tipo propuesto?

Porque, en el concepto genérico de Humanidad entran desde las razas inferiores negras (bosquimanos, negritos, etc.) en las cuales está fosilizada la evolución de la especie, hasta los pueblos más avanzados de las razas blancas, (mediterráneos, anglosajones, norteamericanos), entre los cuales debemos buscar el actual «tipo medio» de la Humanidad actual.

Se nos antoja que este tipo medio no lo representan tanto los pueblos viejos (mediterráneos y anglosajones), cuanto los norteamericanos. Acaso los primeros, habiendo cumplido algunos de sus círculos menores de cultura (Polibio, Aben Ialdun, Oswald Spengler) o teniendo del todo terminado su ciclo histórico, se hayan pasado del tipo medio de la Humanidad. La fertilidad de su pasado, el arte, la erudición, la puesta en marcha de todas o casi todas sus posibilidades de diversas índoles, han convertido a estos viejos pueblos europeos, en pueblos cristalizados. Diríamos, usando de un símil muy usado por los historiadores, que viven en «bizantinismo». Cristalizaron en determinado sistema en el cual perdurarán durante muchas centurias, acaso milenios.

El tipo medio de Humanidad lo dan hoy, indiscutiblemente, los norteamericanos. Su ingenua alegría vital, su prodigiosa expansión de crecimiento en todos los órdenes (demográfico, crematístico, técnico, etc.), haber cogido la batuta del planeta, producir un nuevo tipo de hombre político-social, y otras muchas razones presentes al más lerdó, señalan al yanqui como el «producto actual» de la Humanidad, el hombre representativo de nuestra época o nuestro siglo.

Y el yanqui, ahí lo teneis, se nos figura a los europeos como un buen mozacón, bonachón y zanquilargo, que ama el aire puro, la gimnasia y el deporte, y que ha hecho un culto de dos cosas fundamentales: la libertad y la técnica. Hé ahí los dos síntomas juveniles

de este «producto actual» de la Humanidad. Es un producto de juventud.

Pero este «tipo medio» ya no ama la guerra. Su postura en las actuales guerras mundiales, se nos antoja parecida a la del mozancón que cuando pasa por la calle, acaso en busca de novia, acaso de vuelta del taller, encuentra una pelea de chicos en el arroyo, les dá cuatro moquetes, los separa, y sigue su camino silbando alegremente, sin mirar atrás. Los chicos del arroyo (los pueblos europeos), viven y no sabemos cuánto tiempo vivirán, en perpetuas guerras. Cuando ellos cristalizaron, la guerra era consuetada, como lo es para las tribus negras, y entró como ingrediente normal de su constitución.

Y cuando han pasado dos o tres milenios, y la Humanidad también avanza en su edad, el producto que ha «parido», el yanqui, sin ser del todo formal, ya va camino de la formalidad, va siendo un hombrecito, todavía juguetón, pero que siente o presiente la seriedad de los años, y, sobre todo, desdeña tirar peladillas en el arroyo, como hacen los chicos más pequeños del barrio. El mozancón sabe que en la vida hay faenas más serias, piensa en una era de paz, en hogar confortable, de porvenir luminoso y tranquilo, y procura hacerse notar en el taller o descollar en la Universidad, preparándose a empresas de envergadura vital.

¿A qué edad pasa esto en la vida? Seguramente alrededor de los veintitantos años. Esta es la edad que hoy tiene la Humanidad. Pensamos que la Humanidad se acerca al prototipo de los veintiseis años, tipo de edad que en el hombre han determinado muchos autores como crítica en la evolución psicológica del individuo, y como época crítica, no solo mudable, sino dolorosa, por lo menos pasional, llena de pathos.

La Humanidad cumplirá esa edad cuando termine este período de guerras mundiales, que acaso son el alba de esa crisis evolutiva, pasada la cual entrará el período de maduración, que no debemos suponer desde un principio completamente sereno y ecuánime, sino sujeto también a numerosas incidencias, que todavía sería aventurado prefijar ni aun en líneas generales.

Solo podría servir de antecedente, con un amplio margen de error, la observación de la vida de los individuos actuales, y calcular en qué proporción los hombres que tienen entre veinticinco y treinta años llevan una vida normal, moral, laboriosa y tranquila, y en qué otras proporciones son disolutos o camorristas o aventureros, para deducir así las posibilidades en que se hallará la Humanidad en el

próximo milenio, del año 2.000 al 3.000 por ejemplo, de desenvolver sus actividades colectivas.

Si, como nosotros creemos, cuando la Humanidad vaya pasando su edad juvenil, verá amortiguarse sus instintos de lucha, y esto en los pueblos «nuevos», porque los «viejos» ya están cristalizados en su formación psicológica, y no habrá quien los desvíe de sus costumbres clásicas y tradicionales, la esperanza en un porvenir pacífico, aunque remota, será cierta, y esto considerando siempre un pacifismo relativo, de los mejores, porque biológicamente, el pacifismo será un producto nunca compartido por los «viejos».

La contraprueba, tomando como ejemplo los pueblos más inferiores, aclarará este concepto. Las tribus antropófagas que todavía quedan por el planeta, aceptan muchas veces el misionero y otros muchos elementos de civilización, y en algunos casos se las puede creer ya convertidas, hasta que un buen día, aquel buen día que describíamos al principio de este ensayo como propicio en toda colectividad animal, sobreviene una «crisis de irritación», y empiezan por comerse al misionero y a todos los demás elementos de civilización, y vuelven a su situación «clásica».

El negro que acepta el traje europeo, en su tribu, usará la chistera y acaso el frac, sobre el taparrabos original, pero seguirá con los pies desnudos y los aretes en la nariz, o sea, que el traje europeo le será tan extraño como nos lo pintan en las caricaturas.

Algo análogo es hablar de pacifismo en países como los europeos, contruados a fuerza de guerras, y en los cuales toda su herencia, toda su historia, sus más bellas tradiciones, sus evocaciones más gloriosas, todo, todo es bélico. Habrá de contarse por milenios el trascurso de los períodos históricos en que pueblos de esta catadura, trasfundidos en otras razas, dessolidarizados con su pasado, refundidos totalmente como pueblos «nuevos» piensen de otra manera, como por ejemplo nosotros estamos hoy con relación a los pueblos magdalenienses o capsenses o a los que vivieron en el período de La Tene.

¿Es que si en Norteamérica hubiera seguido viviendo en cantidad apreciable el piel roja, con su psicología de cazador y rapacabelieras, hubiera surgido el tipo actual de yanqui que consideramos como el producto más «nuevo» de la Humanidad?

Fué preciso que las circunstancias históricas, hicieran tabla rasa de la especie humana en aquel país, y productos selectos (emigrados políticos, pioneros comerciales, etc.), de los pueblos más avanzados

de la época, prepararan un advenimiento humano dotado de otra psicología más avanzada en edad, para que la Humanidad se plasmará en un tipo que, a su vez, allá para dentro de dos o tres milenios estará cristalizado e irrenovable, obseso y terco en las ideas y sedimentos psicológicos que precedieron su formación.

Cuando adentramos en la historia de Grecia, por ejemplo, sufrimos una gran desilusión. De modo que aquel pueblo que en principio suponíamos lleno de filósofos, de artistas, de poetas, que suponíamos ingenuamente la cumbre de la civilización, era, en el fondo, una manada de republiquetas feroces que se exterminaban y se perseguían como las fieras en el bosque. Si, aquel bello luminar de la Humanidad, fué la eclosión juvenil, con sus ilusiones y sus pasiones, con su despertar a la ciencia y con la torpe resolución sanguinaria, el conjunto glorioso y a la vez triste, en que se amasa la iniciación de la pubertad.

Los atisbos de pacifismo que aparecen en ciertas personas o en contadas instituciones, como preludeo de tiempos que vendrán, cuando la Humanidad avance en su edad, llegarán a ser entonces el módulo imperante, aunque no único, en la vida de los pueblos, y, cuando esto llegue, cuando las mejores conquistas, no ya solo territoriales, sino económicas, técnicas, o de cualquier otra índole, sean conseguidas pacíficamente, se preguntarán los hombres cándidamente: ¿por qué harían las guerras nuestros antepasados? Después de las más cruentas, todo venía a quedar igual, y, sobre todo, «aquello» se pudo haber conseguido pacíficamente, sin necesidad del exterminio o la lucha. Así también nos preguntamos hoy con no menor candidez: ¿para qué se comerían los hombres unos a otros?

La compra de lanas en Australia, la adquisición de carne en la Argentina, o cualquier otra pacífica operación comercial, era en los tiempos remotos el resultado de vastas expediciones guerreras, con innúmeros sacrificios humanos, que pasaban a la fábula con los caracteres míticos del vellocino de oro, los toros de Gerión o el estaño de las Casitérides.

¿Para qué matar, nos empezamos a preguntar hoy, por cosas que se pueden obtener en paz?

Pero, el instinto biológico de la lucha, arde todavía en las entrañas de la Humanidad actual, y en los pueblos «cristalizados», o sea en los mentalmente fosilizados, aparte elucubraciones de café, cuando llega la hora, todos se arrojan de cabeza al incendio devorador, salvando las naturales diferencias étnicas, geográficas, económicas, etc.

Y, pensando en el fin de este ciego exterminio, de este apagamiento de un instinto bestial y fiero, nos preguntamos, como otros muchos: ¿Cuándo acabarán las guerras en la Humanidad, si es que alguna vez acaban?

Acabarán, pensamos, ni tan pronto como algunos ingenuos desearan, ni tan tarde ni lejos que dejen de constituir un bello ideal de moral humana, alcanzable en plazo previsible.

Acabarán cuando nuevos pueblos, en el devenir de los tiempos, representen un tipo de Humanidad más evolucionado, más civilizado, y ¡ay!, más viejo. Cuando la madurez de la vida, en la Humanidad, como ser colectivo, vaya tiñendo de gris el rojo de sus crepúsculos. Cuando en la evolución cerebral vayan siendo cada vez más firmes los conceptos de la ética y de la moral humanas. Cuando el «hijo del hombre» sea «hombre» del todo.

Seguramente, la Divinidad aún continúa perfeccionando su Obra.

A handwritten signature in cursive script that reads "Rafael Castejón". The signature is written in dark ink and is underlined with a single horizontal line.

Córdoba, verano, 1943.

Antiguos Mesones de Córdoba

Cada día es más urgente resolver el problema de alojamiento en Córdoba por la falta de hoteles. Ya durante el Gobierno del General Primo de Rivera, el Ayuntamiento de esta ciudad, acordó construir un gran hotel como albergue indispensable, en la ruta turística de la Exposición Ibero-Americana celebrada en Sevilla; pero se malogró el proyecto, porque se quiso edificar dicho hotel en los Jardines de la Agricultura, y un sector numeroso de la opinión pública, apoyado por la prensa, protestaba de que se erigiera en aquel bello paraje, el cual se hubiera destrozado casi por completo. Y en vez de buscarse sitio más adecuado que, conciliara el parecer de unos y otros, no llegó a realizarse esta mejora local tan necesaria, como se ha demostrado recientemente, debido a la afluencia de visitantes nacionales y extranjeros que vinieron al Congreso, celebrado aquí, para el Progreso de las Ciencias, en Octubre del año 1944; dando lugar a que el Alcalde, en previsión de un conflicto, exhortara al patriotismo del vecindario, para que éste ofreciera hospitalidad particular a los que no pudieran hallarla en hoteles ni en pensiones.

Aún en tiempo normal, el viajero tropieza con el inconveniente de no hallar donde hospedarse, y esta dificultad se aumenta de modo extraordinario, en los días que se celebra la renombrada feria de Nuestra Señora de la Salud, hasta el extremo de que, gran número de personas tiene que renunciar a su estancia en esta capital, la que debe solucionar cuanto antes este asunto de suma importancia, en pró de sus intereses; puesto que el nuevo Estado, por iniciativa del Caudillo ha venido preocupándose en general de estos problemas y se han dictado las Ordenes Ministeriales de 27 de Marzo y 13 de Mayo de 1942, sobre el crédito hotelero, mediante las cuales, el Estado por medio del Banco de Crédito Industrial y la Dirección General del Turismo, conceden créditos a módico interés y a largo plazo, para la construcción y reforma de hoteles, bajo la base de que sean declarados de utilidad turística.

Con este motivo, me sugiere la idea de hablar de los antiguos mesones cordobeses.

Eran numerosos los que había en Córdoba desde el siglo XVI, y es de gran interés y atracción para el turista, visitar los que por fortuna todavía subsisten y apenas son conocidos, sin haber perdido a través de los siglos, casi nada de su primitivo y típico carácter arquitectónico, conservando asimismo las tradicionales costumbres de antaño, en el funcionamiento interior de estas viejas posadas tan pintorescas, que inspiraron amenas y brillantes páginas de nuestra literatura nacional.

Los principales mesones estaban situados en la calle Mayor o arrecife de Madrid a Cádiz que, atravesaba la ciudad por la parte Sur bordeando la margen derecha del Guadalquivir, desde la Puerta Nueva hasta la del Puente, de gran importancia comercial por ser el paso obligado para muchas vías de comunicación, donde estaba la Aduana, muy cerca de la maravillosa Mezquita-Catedral, bajo la advocación de Santa María, y del antiguo Alcázar árabe, convertido en Palacio Episcopal.

Toda la vida de la población estaba concentrada en esta zona, y en ella se agrupaban las tiendas de comercio y las industrias locales, algunas tan celebradas como la Platería, cuyo gremio selecto y numeroso lo integraban notables artífices que tanto renombre dieron a su patria, y la famosa de los cueros o guadameciles que se fabricaban en la Ribera, donde existía gran número de tenerías hasta el barrio de Saniiago, como la titulada del Moral en la calle de Argamasilla collación de la Ajerquía, propiedad del Cabildo Eclesiástico, de cuya industria habla con tanto entusiasmo nuestro eximio cronista Ambrosio de Morales.

Todo el largo trayecto comprendido en el camino o calle Real, desde el Puente hasta la Puerta Nueva, se dividía en varias calles consecutivas que tomaban el nombre de las industrias establecidas en ellas, como la calle de la «Herrería», calle de la «Platería», que iba a la «Puerta de la Alcaicería», calle y «Puerta de la Pescadería», la cual terminaba en el «Rastro Viejo». A estas calles desembocaban otras, con los nombres de «La Zapatería» llamada también «Chapinería» o «Cabritería Vieja», la del «Arquillo de los Calceteros», Plazuela de los «Jugueteros», la de los «Albarderos» y seguía la calle «Real», desde la «Cruz del Rastro» o «Rastro Viejo», por la del «Potro», llamada también de «Mesones» hoy Lucano, hasta la «Plaza del Potro», y desde aquí continuaba la calle «Mayor» y de «Lineros», donde vivían los célebres agujeros cordobeses, hasta el «Realejo de San Pedro», para terminar en la mencionada «Puerta Nueva».

En esta importante vía que empezaba en el Campo de la Verdad y próximos a ella, se hallaban el *Mesón de los Carros*, el de *La Caridad* y el gran *Mesón del Puente*, junto a la Puerta de su nombre, hoy en parte derruido, propiedad del Ayuntamiento, el *Mesón de la Parra* y el de *la Aduana*, el *Mesón de la Paja*, junto a la cárcel vieja, en la calle de las Comedias, el de *la Trinidad*, cerca del «Caño Quebrado», el *Mesón del Lino* (quizá porque en él se hospedaran los mercaderes y productores de esta materia textil) y el de *Vallinas*, éste de gran extensión, dividido actualmente en tres casas en la antigua calle de la Herrería, hoy Cardenal González, n.º 123.

El *Mesón de Anaya* en la plazuela de su nombre, que lindaba con el anterior, el *Mesón Pintado o de las Rejas*, adquirido por el

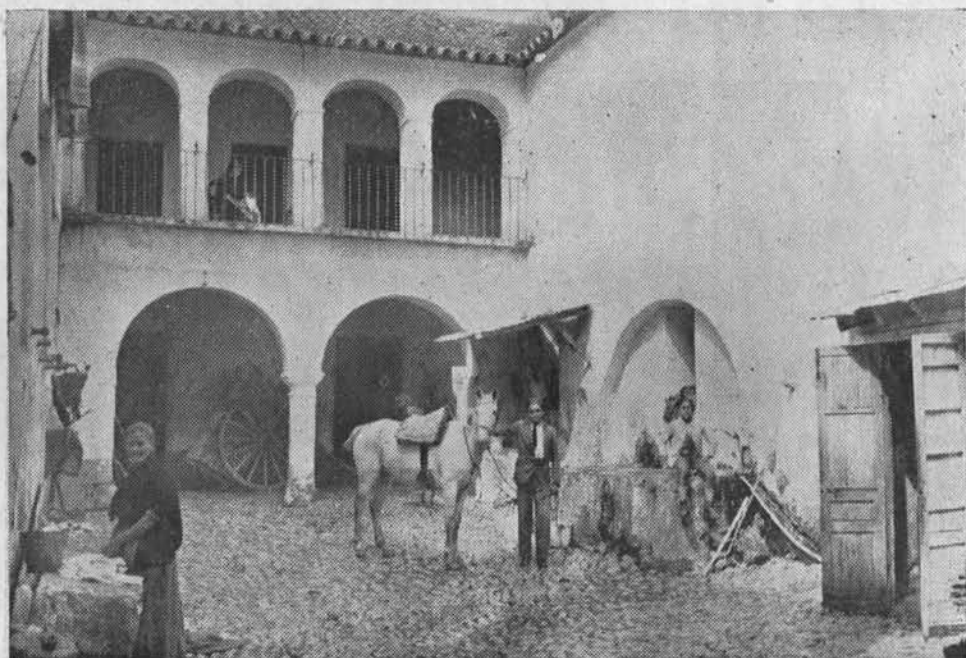


Fot. 1.—Mesón del Toro

Cabildo Catedral el 22 de Mayo de 1615, que estaba cerca de la Puerta de la Alcaicería y era de los más lujosos de aquella época, según puede observarse en su primitiva y elegante traza arquitectónica, que afortunadamente aún conserva casi intacta, utilizándose el sótano como cuadra, si bien ya no es posada, y corresponde a la casa núm. 83 de la citada calle. Por desgracia, sus actuales propietarios quieren quitarle el carácter antiguo que tiene, variándole su planta, para hacer departamentos nuevos; pero la Comisión de Monumentos se ha opuesto a estas reformas, en cumplimiento de lo que ordena la Ley, sobre la Zona Artística de esta ciudad.

Este Mesón lo menciona Rodríguez Marín en el folleto intitulado «Aportaciones para la Historia del Histrionismo Español, en los siglos XVI y XVII».

Más allá, seguían el *Mesón de Posadas*, el *del Lodo*, el *del Barco*, en la calle de la Chicarrería, el *del Esparto*, cerca de la Alhóndiga, en la antigua calle de Salvanes; el *Mesón de la Cadena*, era también importante, el *del Lobo*, el de los *Barqueros*, próximo a la Plaza de la Pescadería, el de *la Coja* en la Chapinería y el de *la Lámpara* junto al Hospital del mismo nombre; el *Mesón del Sol*, uno de los más antiguos, pues ya existía a principios del siglo XV,



Fot. 2.—Mesón del Sol

contiguo al primitivo Hospital de San Sebastián, enfrente del Sagrario de la Catedral, lleva hoy el número 17 de la calle Magistral González Francés.

Desde la Cruz del Rastro donde terminaba la Pescadería, hasta la Plaza del Potro, continuaba la calle Real dominada también «de Mesones», por ser muchos los que había reunidos en este corto trayecto. He aquí algunos de los que existían, ya desaparecidos, de muy sugestivos nombres, según he averiguado en el Archivo del Cabildo Catedral. *El Mesón de las Trenas*, *Mesón de la Alfadra*, *Mesón de Valdelecha*, *Mesón de la Madona*, (probablemente su dueño italiano), *Mesón de la Pastora* o de *la Catalana*, *Mesón de la*

Espada, Mesón del Mármol, Mesón de Urleque, Mesón de la Cruz y Mesón de Doña Teresa, a más de los Mesones de la Herradura y del Potro, que todavía existen.

Otro muy hermoso y característico, titulado de *la Madera*, que cerraba la Plaza del Potro, fué derruido hace mucho tiempo, para abrir una travesía a la Ribera que no hacía falta, y en cambio perdió muchísimo interés la evocadora plaza, al quedar abierta y convertida en calle. En vista de esto, años más tarde, solicité del Ayuntamiento, que accedió a mi ruego, que el Triunfo de San Rafael, el cual estaba casi destrozado en un rincón de la Plaza del Angel, y era objeto de profanación por las noches, se restaurase y se trasladara a la Plaza del Potro, y con beneplácito del R. P. Superior de los Jesuitas residentes en San Hipólito, en unión de algunos vecinos que contribuyeron a



Fot. 3.—La histórica Plaza del Potro, con el Hospital de la Caridad, hoy Museo de Bellas Artes a la izquierda, y el Mesón del Potro a la derecha. Vista hacia Mediodía.

los gastos del traslado, se colocó dicho monumento al final de la citada plaza, que la cierra en cierto modo y la embellece extraordinariamente.

Este Triunfo de San Rafael, original del escultor francés Miguel Verdiguier, no está completo; pues le faltan las tres estatuas de barro cocido sobre las esquinas de su basamento triangular, que representaban la Fé, la Perseverancia y la Devoción, esculturas que me había ofrecido hacer gratuitamente pocos meses antes de morir el malogrado y notable escultor Coullaut Valera, para agregarlos al monumento.

Más arriba estaban el *Mesón de la Estrella* y el *del Angel*, que lindaban con el Caño de Venceguerra.

En la Plaza de la Corredera, donde se verificaban las corridas de toros, existían a principios del siglo XVII, el *Mesón de los Beneficiados de San Pedro*, el de *la Puya*, que ha estado abierto hasta hace unos años, el *Mesón de los Leones* y el *Mesón del Toro*, el cual todavía se conserva. En la Plazuela de la Romana, el *Mesón*



Fot. 4. Mesón de la Herradura

del Aceite y el *Mesón de la Alhóndiga* en la Plazuela de la Paja, ambos próximos a la Corredera, y a mediados del siglo XVI, en la calle de Maese Luis, hubo otro mesón, cuyo dueño se llamaba *Juan Tenorio*.

Debo esta curiosa noticia a D. José de la Torre y del Cerro.

Había otros en la parte Norte de la población, en las entradas de

los caminos que iban a las villas y lugares de Sierra Morena, entre ellos, el *Mesón de los Frailes*, en la collación de la Trinidad, el *Mesón de la Puerta de Gallegos*, el *Mesón de San José*, que aún subsiste en la Plaza de Colón, el *Mesón de la Merced* en la calle de Carnicerías, el *Mesón de la Ballena*, junto al Corral de las Vacas, los Mesones de *la Fruta*, *Santa Marta* y de *San Pablo*, en el barrio de San Andrés, y el *Mesoncillo de la Mansa*, en el arrabal de este barrio.

Son interesantísimos los documentos referentes a los Mesones Cordobeses que se guardan en el Archivo Municipal. Entre otros, mencionaré algunos muy curiosos, como «Una Real Provisión» fecha-



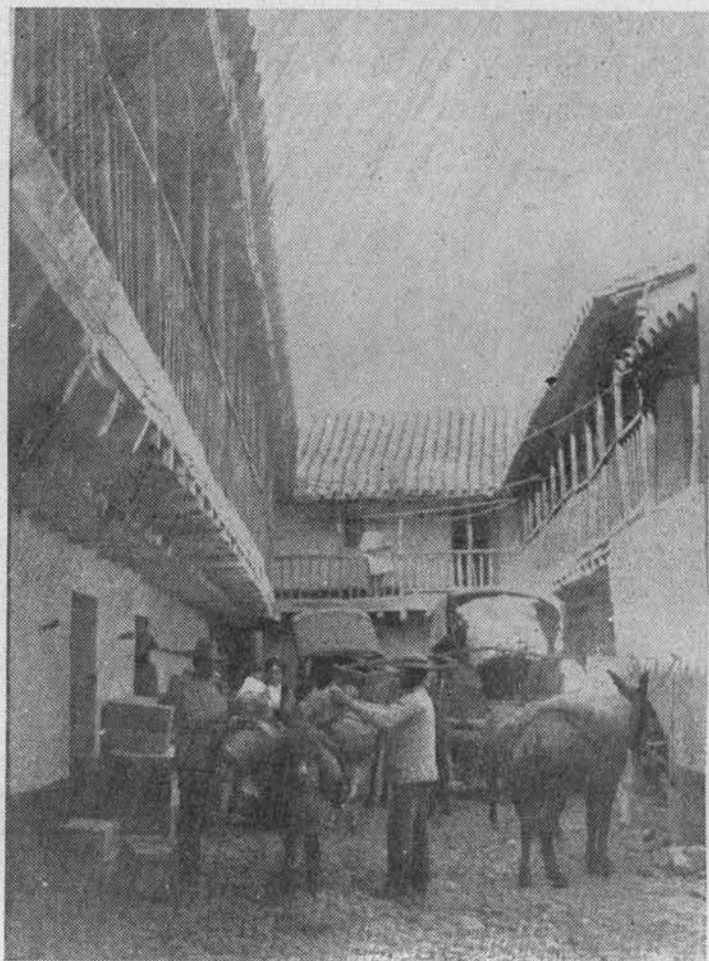
Fot. 5.—Mesón de San Antón

da en Toledo el 6 de Noviembre de 1538, por la que se manda al Ayuntamiento de Córdoba, «*remita las Ordenanzas que había hecho prohibiendo a los mesoneros, comprar pan dentro de las cinco leguas de Córdoba*». Una Ordenanza para el Gobierno del *Mesón de los Perdidos* del año 1550. Mandamiento dado por el Consejo de Justicia y Regimiento de Córdoba, fechado el 13 de Noviembre de 1547, dirigido a la Justicia de las Villas y Lugares de su jurisdicción, haciéndoles saber, se habían hecho Ordenanzas y Aranceles nuevos, para el gobierno de los mesoneros y ventas»

Casi todos los mesones citados, eran propiedad del Cabildo Catedralicio y resultaban muy productivos.

En 1405, Leonor López, hija del maestro D. Martín López, dió al Cabildo el Mesón nombrado de *La Coja*, situado en la calle Malcocinado, hacia la calle de las Cabezas.

Los mesones antiguos que se conservan en Córdoba con la denominación ahora de *Posadas* y *Paradores* y merecen ser visitados, son los siguientes: *Mesón de la Herradura*, (fot. 4) en la calle de Lucano, núm. 14, algo restaurado; *Mesón de Venceguerra*, moder-



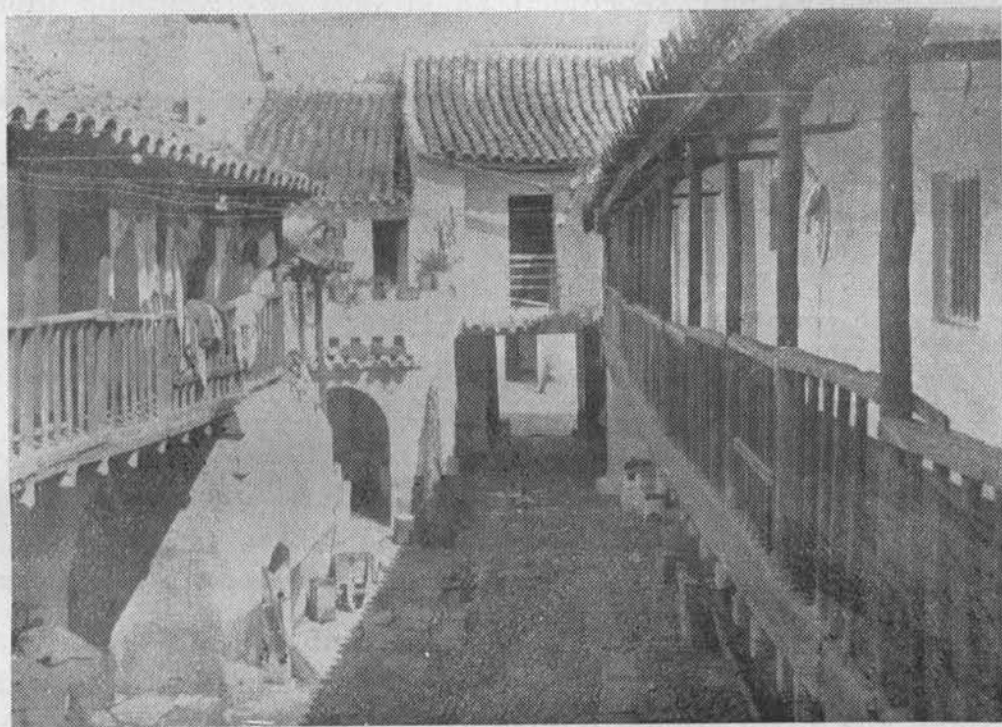
Fot. 6.—Mesón del Potro

nizada su fachada, tiene el núm. 75 de la calle Coronei Cascajo, antigua de Lineros; *Mesón de San Rafael*, conserva todo su carácter antiguo, en la calle de Pedro Muñoz, n.º 3; *Mesón de las Yervas*, en la calle de Cedaceros, muy modernizado; *Mesón de San Antonio*, en general no ha perdido su estructura primitiva, en la Plaza de la Corredera, n.º 47, como asimismo el *Mesón del Toro*, (fot. 1), bien conservado en la misma plaza, n.º 37; el *Mesón de San José*, en la

Plaza de Colón, antiguo Campo de la Merced, que ha sufrido algunas reformas, y el *Mesón de San Anton*, (fot. 5), a la salida de la Puerta Nueva. Es uno de los más interesantes, pero por desgracia ha sido cerrado recientemente y sería lástima que esta casa se modernizara para destinarla a otros usos.

Quedan también el *Mesón del Sol* (fot. 2), y el *Mesón del Potro* (fot. 6 y 7), que he dejado para los últimos, por ser los más importantes y porque conservan mejor su bello carácter tradicional.

Parte de la casa del *Mesón del Sol*, fué la que ocupó el antiguo Hospital de San Sebastián, que ya existía a últimos del siglo XIV,



Fot. 7.—Otra Vista interior del Mesón del Potro

pues de los documentos que he repasado en el Archivo Catedral, resulta que, en 1400 otorgó Alvaro Pérez, escritura de testamento y dejaba a dicho Hospital, Prioste y Cofrades, unas casas en la collación de Santa Marina; entonces el Cabildo, teniendo en cuenta los deseos del testador y «prestar el sitio poco acomodado que era el Mesón que se dice hoy Mesón del Sol, y ser la casa muy estrecha y edificio muy antiguo», acordó trasladarlo al lugar que ocupa en la actualidad, conocido por Hospital de San Jacinto y Casa de Maternidad.

Se halla emplazado, como ya dije, frente a la puerta del Sagrario de la S. I. Catedral, calle Magistral González Francés, núm. 17, denominada entonces «Mármol Gordo», por la hermosa columna

que aún existe en la escalinata que hay para subir a la iglesia mayor. He descubierto que este Mesón, lo tuvo arrendado *de por vida*, desde 1600 hasta 1626, el pintor y escultor cordobés Andrés Fernández, padre de los célebres escultores y arquitectos Felipe, Francisco y Dionisio de Rivas y de Gaspar de Rivas, pintor de imaginería este último, los cuales florecieron en Sevilla donde han dejado obras notabilísimas. Y además he comprobado, por documentos que ya dí a conocer en el núm. 12 del «BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA» de aquella ciudad, que en este mismo Mesón nacieron tan ilustres artistas.

Por iniciativa mía, se colocó en el año de 1935, una lápida conmemorativa que dice así:

EN ESTA CASA MESON DEL SOL NACIERON EN EL
SIGLO XVII LOS GRANDES ESCULTORES Y ARQUITECTOS
FELIPE Y FRANCISCO DIONISIO DE RIVAS Y GASPAR
DE RIVAS PINTOR DE IMAGINERIA, QUIEN COLABORÓ
CON SUS HERMANOS EN LAS ADMIRABLES OBRAS QUE
HICIERON EN SEVILLA.

EL AYUNTAMIENTO DE CÓRDOBA, POR INICIATIVA
DE UN CIUDADANO QUE DESCUBRIÓ LA PATRIA Y EL
SITIO DONDE NACIERON TAN PRECLAROS ARTISTAS,
LES DEDICA ESTA MEMORIA.

El *Mesón del Potro*, del que toma el nombre la bellísima Plaza y barrio donde se conserva, se ha salvado por fortuna de esas absurdas reformas que estropean el carácter artístico de estas vetustas construcciones, pues aparte de una puerta moderna que le afea y de haber suprimido el gran hogar de la cocina para hacer varios fogones en el poyo de la misma, no se ha alterado el conjunto armónico de su traza original.

En el siglo pasado, fueron segregadas de este edificio, cuatro habitaciones que en la actualidad constituyen la casa colindante, núm. 10, y estoy haciendo gestiones para que aquellas vuelvan al Mesón, a fin de devolver a éste toda su integridad.

El célebre Mesón de que hicieron memoria ilustres escritores antiguos como Vicente Espinel, tiene además el encanto de haber dado origen a fantásticas leyendas populares, y en él se supone con sólidos fundamentos, que se alojó el inmortal autor del «Quijote», las

veces que estuvo en Córdoba, patria de su ascendencia paterna, según opinión tan autorizada, como la de su insigne comentarista Don Francisco Rodríguez Marín, a quien sorprendió la muerte sin haber publicado el trabajo sobre este particular, que me tenía ofrecido hacía tiempo.

La histórica Plaza del Potro, que inmortalizó Cervantes, era entonces el centro donde aflucía toda la vida de la ciudad y por eso, en este lugar, había gran número de Mesones. Alrededor de su



Fot. 8.—Otra vista del Potro

preciosa fuente que corona un potro y que estuvo emplazada más abajo de donde hoy se halla, frente al Hospital de la Caridad, convertido en Museo de Bellas Artes, se congregaban los mercaderes, tratantes, arrieros, traginantes, los célebres agujeros de este barrio, y rufianes, constituyendo el centro de la picaresca andaluza.

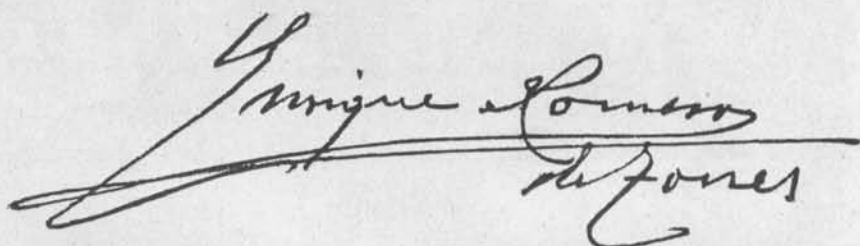
A petición mía, el *Mesón del Potro* y todo el conjunto de la típica y tradicional Plaza, fué declarado Monumento Histórico-Artístico, el 14 de Julio de 1924, y cuando el Centenario de Cervantes, ideé costear, en unión de varios amigos, la lápida con su retrato, colocada en la fachada del Museo, y que redactó con su elegante estilo Rodríguez Marín, en esta forma:

EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS DE ESPAÑA
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
DE ABOLENGO CORDOBÉS,
MENCIONÓ ESTE LUGAR Y BARRIO
EN LA MEJOR NOVELA DEL MUNDO.

VARIOS CORDOBESES CON AMOR DE PAISANOS Y CON VENERACIÓN DE ESPAÑOLES
DEDICAN ESTE HUMILDE RECUERDO AL INSUPERABLE ESCRITOR.

MCMXVII.

El *Mesón del Potro* y los otros ya mencionados, que como preciadas reliquias aún se conservan en Córdoba, deben ser conocidos por cuantos viajeros amantes de nuestros recuerdos históricos la visiten, porque estos rincones con su expresivo lenguaje y fuerza evocadora, hacen vivir a los que saben verlos, aquellos tiempos poéticos y gloriosos de nuestra ciudad.



Enrique Romero
de Torres

DON LOPE DE SOSA

por José de la Torre y del Cerro
(«A B C», Madrid 5 Agosto 1943)

En Jaén, donde resido,
vive Don Lope de Sosa.

¿Quién fué Don Lope de Sosa, el famoso caballero inmortalizado por Baltasar de Alcázar en su bellísima composición festiva titulada *La cena?* Nadie lo sabía. Ahora comenzaba a vislumbrarse algo sobre su auténtica personalidad. Voy a dar más luz en este asunto.

En «A B C» correspondiente al miércoles 12 de mayo, edición de Andalucía, el ilustre escritor D. Rafael Laffón ha publicado un artículo sobre D. Lope de Sosa. Lo identifica, y está en lo cierto, con el D. Lope de Sosa que fué gobernador de las islas Canarias y luego de la provincia americana de Tierra Firme o Castilla del Oro. Solamente a esto se reducen sus averiguaciones; y queda en la duda de si fué natural de Jaén, o si, no siéndolo, residió algún tiempo en dicha ciudad.

Don Lope de Sosa residió en Jaén durante los primeros años del siglo XVI, ejerciendo en ella un cargo muy importante: el de alguacil mayor; pero a este pícaro mundo vino en la ciudad de Córdoba, algo mediado el XV, en la casa solariega de sus mayores, radicada en la calle de las Almonas, hoy Gutiérrez de los Ríos, collación o parroquia de San Pedro.

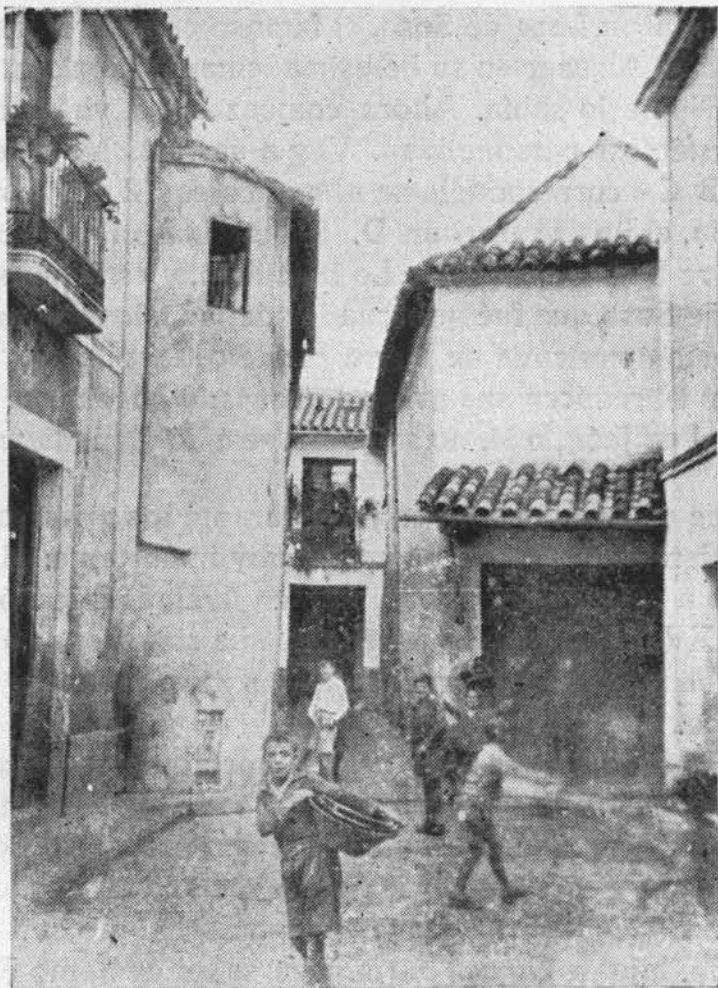
Los Sosas o Sousas eran de origen portugués, y de muy encumbrada ascendencia. Vasco Alfonso de Sosa, hijo segundo de Don Martín Alonso Sosa, fué el primero que de Portugal pasó a Castilla, en tiempos de D. Pedro I el Cruel, y se avecinó en Córdoba, de cuya ciudad fué alcalde mayor. Aquí contrajo matrimonio con doña María Díaz Carrillo, hija de Gómez Fernández, señor de Santo Fimia. Vasco Alfonso de Sosa fundó en la Iglesia Catedral la capilla de la Encarnación, si bien la bóveda y enterramiento no se construyeron hasta el año 1482, en vida de su nieto D. Juan Alfonso de Sosa.

Su primogénito D. Diego Alfonso de Sosa, fué caballero veinticuatro de Córdoba. Estuvo casado con doña María Alfonso de Córdoba, de la cual tuvo tres hijos: un varón, Juan Alfonso de Sosa; y dos hembras, Leonor e Inés de Sosa.

Juan Alfonso de Sosa, fundador del mayorazgo de Rabanales, fué asimismo caballero veinticuatro, y también justicia mayor de Córdoba.

Contrajo matrimonio con doña Isabel Fernández de Mesa, hija de D. Alonso Fernández de Mesa, alcaide de los Alcázares Reales y veinticuatro de Córdoba. De ella tuvo cinco hijos: Diego, Alfonso, Juan, *Lope de Sosa* y María. Don Juan Alfonso de Sosa falleció a principios del año 1488, y su esposa doña Isabel Fernández de Mesa, el día 9 de agosto de 1494.

Lope de Sosa, el cuarto hijo varón de D. Juan Alfonso de Sosa,



Plazuela de los Sosas, a la promediación de la calle Almonas (hoy Gutiérrez de los Ríos), y casi frentera a la salida de la calle Carreteras (hoy Pedro López). La casa solariega de los Sosas debió ser la que aparece a la izquierda, de la que se vé media portada y balcón, reformada modernamente

tuvo que ser el del cuento o leyenda de Baltasar de Alcázar. Poco después de la muerte de su padre, en el año 1489, entró al servicio del duque de Alba. En el año de 1503 fué nombrado alguacil mayor de la ciudad de Jaén, y dos años más tarde, gobernador de la isla de la Gran Canaria, cargo que desempeñó hasta el de 1518. Allí realizó

una muy prudente y fructífera gestión, pues puso en orden el gobierno de la Palma e hizo repartimientos de tierras. Ocupando este cargo de gobernador, por Real Cédula de la Reina doña Juana, fechada en Burgos el 21 de febrero de 1512, se le concedió un oficio de veinticuatro de la ciudad de Córdoba, que luego renunció a favor de su hijo Pedro de Cabrera. En 1518 fué enviado a Castilla del Oro como gobernador de aquella provincia y con la misión de tomarle residencia a Pedrarias Dávila. Llegó al Darién a principios de 1519, con cuatro navíos y trescientos hombres, llevando consigo a su hijo Juan Alonso de Sosa y por alcalde mayor al licenciado Juan Rodríguez de Alarconcillo; pero al entrar en el puerto, falleció. Para reemplazarle en el cargo fué nombrado otro cordobés: don Pedro Gutiérrez de los Ríos, de la casa de los señores de Fernán Núñez y caballero veinticuatro de Córdoba.

Don Lope de Sosa contrajo matrimonio con doña Inés de Cabrera, hija de los señores de Albolafia D. Pedro Cabrera, alguacil mayor de la ciudad, y doña Inés Alfonso. De ella tuvo seis hijos: Juan Alonso de Sosa, que fué tesorero general en la gobernación de la Nueva España; Pedro Fernández o Cabrera de Sosa, regidor de la Gran Canaria y veinticuatro de Córdoba; Juana de Sosa, que estuvo casada con D. Luis de Castilla, uno de los conquistadores de Méjico; María de Sosa, esposa malavenida de D. Fernando Arias de Saavedra, señor de Lanzarote y Fuerteventura; Isabel de Sosa, monja en el convento cordobés de Santa María de las Dueñas, y Beatriz de Aguayo.

La casa solariega de los Sosas o Sousas estaba situada en la plazuela de su nombre, frente a la calle de Carreteras, hoy Pedro López, formando esquina a la de las Almonas o Gutiérrez de los Ríos.

Esta familia poseía en Córdoba cuantiosos bienes por la época a que nos referimos: la dehesa de Rabanales, sobre la que instituyeron mayorazgo; la dehesa de Morales, en término de la villa de las Posadas; los cortijos del Blanquillo y del Chotón; varias casas, además de las principales ya citadas; algunas huertas, y la Almona del Jabón de esta ciudad y su tierra, la que les producía pingües beneficios. Por fallecimiento y herencia de su hermana doña María, D. Lope de Sosa llegó a reunir casi la cuarta parte de los no vinculados al mayorazgo.

Un Conquistador Andaluz en la Roma Papal

Por F. Ruiloba Palazuelo

En HAZ, revista nacional del S. E. U. (julio-agosto 1943) se publicó un artículo biográfico sobre el insigne cordobés el Cardenal Toledo, del cual reproducimos los párrafos más interesantes y la fotografía del retrato del biografiado. El autor anuncia un trabajo de más empeño, para el cual «está metido en un largo viaje por el mundo del purpurado cordobés que murió en Roma».

El Cardenal Francisco de Toledo nació en Córdoba, en un hogar de menguada economía, en el año 1532, y murió en Roma en 1596; lugar donde su cadáver reposa en la semioscuridad de la Basílica de Santa María la Mayor; sobre la piedra sepulcral se lee esta escueta inscripción:

FRANCISCO TOLEDO CORDUBENSI, S. R. E.
PRESB. CARDIN.

SUMMO THEOLOGO, VERBI DEI PRAEDICATORI
EXIMIO

Estudió en Valencia y en Salamanca, con tanta aplicación que, a los veintitrés años dicen que ya enseñaba Filosofía; de mozo ingresó en la Compañía de Jesús, fué novicio en Simancas y después marchó a Roma, donde ejerció con notable éxito las profesiones de diplomático, docente de Filosofía y de Teología, publicista, predicador y consejero de la Penitenciaría y del Tribunal de la Inquisición. El Papa Clemente VIII le hizo Cardenal, y con él tuvo la Orden el primer purpurado.

Esta es, telegráficamente narrada, la biografía del Cardenal.

Solo voy a descubrir dos dimensiones del purpurado cordobés: la diplomática y la filosófica. Pero aún es preciso hacer otra restricción: solo, de entre muchas, haré mención de dos misiones diplomáticas; trazaré la primera según el decir espartano: una vez llegó a los Países Bajos portador del parecer papal, donde un pensador traía revuelta a la Universidad de Lovaina. El encargo se lo encomendó Gregorio XIII en estas circunstancias. Miguel Bayo, docente desde

hacía años en esa Universidad, hombre de pensamiento frío y con vena de luchador, hacía lanzas contra el enemigo número uno por aquellos días: el protestantismo. Pero, oh condición humana, el contacto con aquello mismo que odiamos, al fin y al cabo contagia: Bayo no fué una excepción; por de pronto, en su lucha encadenada desde la palestra del pensamiento, usa las mismas armas dialécticas que su enemigo. Más la cosa no para ahí, el pensador belga vierte doctrinas erradas acerca de la naturaleza humana no caída, de la libertad y de la justificación en función de la acción moral. Esto es heterodoxo, y Bayo queda amonestado por Roma y luego condenado; a regañadientes se retracta, pero pronto vuelve a izar el banderín de combate en favor de sus teorías; el peligro es grave, porque Lovaina es una avanzadilla firme de la cristiandad ortodoxa.

En este nuevo levantamiento de Bayo, Gregorio XIII echó mano de nuestro paisano como hombre prudente y sobre todo, docto. Toledo llega a Lovaina y consigue, en medio del enorme revuelo de ese notable centro intelectual, que el heterodoxo abjure. El éxito fué un triunfo personal del sabio jesuita español.

Vaya ahora la segunda: años después llevó otra embajada, y ésta difícil si las hay, a Francia, para ver cómo podría arreglarse la terrible discordia encarnada en Enrique IV, el rey hugonote, famoso por su frase popularmente conocida: «No es igual cambiar de camisa que de religión»; también cierta tradición pone en boca del rey francés eso de «París bien vale una misa», mas parece ser que si bien se dijo con ocasión de su trance religioso, no fué pronunciada por el mismo rey. Sería inexacto afirmar que Toledo hizo aquí lo que César en la Galia; pero su gestión fué provechosa para que en posteriores entrevistas se pudiera poner fin al problema en el que Francia se desgarraba física y moralmente. Veamos la otra dimensión.

Desde luego, si en el postrero lugar se va a situar a nuestro Cardenal como filósofo, ello no quiere decir que esa dimensión sea la más débil nota personal de entre sus valores característicos. Antes bien, no será mentira afirmar que el Cardenal Toledo fué primero que otra cosa un filósofo; y si no, ahí están ese montón de tratados filosóficos. Más, aquí llegados, es oportuno advertir que el cordobés no fué un marcador de rutas, lo que se llama un filósofo con originalidad sobresaliente a la manera de Santo Tomás o de Duns Escoto. Nada de regatearle un mérito, pero tampoco usar para con él de ese gracioso defecto tan frecuente en sus paisanos: la exageración.

No es de este lugar entrar en detalles de las opiniones que en los

distintos problemas filosóficos sustentó Francisco de Toledo; aportará nada más que unos datos para perfilar vagamente la silueta espiritual del Cardenal Toledo, citando sus obras propiamente filosóficas con alguna de las ediciones que de ellas se han hecho, y constatando la atención que le prestaron algunos de sus contemporáneos, amigos o enemigos.

Las obras son las siguientes: dos sobre lógica, *Introductio in dialecticam Aristotelis*, impresa en Roma el año 1560, en Colonia 1575 y Sevilla 1577; y la otra se llama *Comentaria una cum questionibus in universam Aristotelis logicam*, editada en Roma en 1572 y luego en Alcalá en 1578 y nuevamente en 1583. Tres de Filosofía natural: *Comentaria una cum questionibus in octo libros de phisica auscultatione*, editada en Venecia en 1573; enseguida se hicieron dos ediciones en Alcalá 1577 y 1583; *Comentaria una cum questionibus in duos libros Aristotelis de generatione et corruptione*, publicada en Venecia en 1575 y después en 1583; *Comentaria una cum questionibus in tres libros Aristotelis de anima*, Venecia 1575, 1583, Alcalá 1579. Tiene Toledo además una obra que, aunque no es exclusivamente filosófica, sin embargo hay desparramados por sus páginas multitud de finos conceptos filosóficos: es la *Enarratio in summam theologiae Sancti Thomae*: esta gran obra sufrió un largo retraso editorial, pues no se publicó hasta los años 1869 y 1870, por iniciativa y bajo la vigilancia del Padre José Paria.

Un poco más tarde, en 1586, se publicaron juntas estas obras en Lyon con el rótulo siguiente: *D. Francisci Toleti S. J. omnia quae hujusque extant opera*.

Citadas las obras filosóficas, veamos qué juicios mereció de algunos de sus contemporáneos: Aquaviva, general de la Compañía, ordena que se estudie en los Colegios la Filosofía por los textos del Cardenal Toledo. San Francisco de Borja, en carta al Padre Láynez, afirma que Toledo es «uno de los más doctos y de gran entendimiento que hay en España»; y un enemigo del Cardenal Toledo, el protestante Budeo, no se cansa de alabar la hondura y agilidad de pensamiento del Cardenal andaluz; y, para terminar, el Papa Gregorio XIII le concede el insólito privilegio de publicar sus obras sin previa censura, con lo que patentiza la sabiduría y seriedad científica de nuestro paisano.

(1) Ramírez de Arellano en su *Catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, dice que nació en Córdoba a 11 de octubre de 1533 y fué bautizado en la parroquia de San Miguel. Hace la biografía y lista de sus obras y publica en facsímil la firma y rúbrica del Cardenal.

El Milenario del gran Botánico hispano musulmán Aben Cholchol

por Julio Cola Alberich

Colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El autor se ha consagrado en este milenario del nacimiento del gran cordobés Ben Cholchol, a difundir entre los públicos culto y profano la figura y obra científicas de dicho botánico ilustre. En el «Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural», en «Haz», órgano del S. E. U., y en el diario local «Córdoba», hemos leído sendos artículos de análoga consagración. Hé aquí uno de ellos, aparecido en «Haz», julio-agosto 1943.

Una de las tareas más brillantes que a la Ciencia española actual compete, es la de actualizar todas las grandes figuras que, a través de muchos siglos de cultura, aportan su esfuerzo luminoso, pero quedan postergadas en épocas de dejadez y desidia en que se aceptaba sumisamente la torpe patraña de nuestra escasa aportación al caudal científico del mundo.

En todos los órdenes del saber humano poseemos investigadores capaces de ser comparados y aún de superar a los más excelsos de las naciones propagandistas de nuestra inferioridad cultural.

Guiado por este móvil, en la última sesión de la Real Sociedad Española de Historia Natural, ponía de manifiesto la circunstancia de cumplirse dentro de unos meses, el primer milenario de uno de los más famosos investigadores del siglo X: el cordobés Suleiman ben Hassán ben Cholchol.

Nacido en el año 944 de nuestra Era, en la época azarosa de nuestra reconquista, contribuyó con su esfuerzo al brillo de la civilización que tan alto grado de perfección alcanzó en la ciudad califal.

De sus primeros pasos en la vida intelectual poco conocemos. No obstante, un coetáneo suyo, Mohamed ben Zacarí el Razi, afirma que se destacó por su extraordinaria precocidad, y que a los veinte años dominaba el griego y el latín, lenguas ambas que habían de serle de suma utilidad.

Desechando el ejercicio de las armas, tan apreciado en su época, se dedicó al estudio de la Medicina, que en su ciudad natal había logrado la mayor perfección conocida en el Occidente. La fama de Córdoba se extendía a los propios reinos cristianos y una prueba de ello lo tenemos en que el monarca leonés Sancho el Craso vióse precisado de acudir a ella para poder curarse de la obesidad que ponía en grave peligro su vida.

Con el estudio de la Medicina se despierta la afición botánica de Ben Cholchol. Siendo entonces la base de las ciencias médicas, por constituir productos vegetales la mayor parte de los remedios curativos



empleados, era lógico que su conocimiento reportase una gran utilidad práctica. Sin embargo, carecíase hasta entonces de un sistema científico de clasificación, cosa que se advierte en las escasas obras dedicadas a esta materia que han llegado hasta nosotros.

En este momento fundamental aparece Ben Cholchol. Pronto logra un prestigio extraordinario, hasta el punto de ser designado médico de cámara del

Califa Hixem II, que en su corte de Medina Azahara estimula el florecimiento de las ciencias.

Utilizando el gran poder que su cargo le confiere, hace que de diversas regiones se le remitan ejemplares, que pacientemente clasifica, y con los que crea un herbario considerado como el primero de su tiempo. Recorrió con este fin no sólo el Andalus, sino que pasó al Mogreb en su busca, llegando hasta Casablanca.

Ya hemos consignado el dominio que de la lengua griega poseía desde su juventud. Esto hizo que siguiera el camino que antes de él había emprendido Aristóteles, quien, para la redacción de sus tratados *De Plantis e Historia Animalium*, se hizo recoger ejemplares por un grupo científico agregado a las huestes de Alejandro Magno, con cuyos materiales compuso sobre las tres ramas de la Historia Natural, sentando las bases de la ciencia experimental. Este procedimiento de investigación fué olvidado por las generaciones posteriores, que basaban sus conocimientos en especulaciones teóricas.

La ciencia musulmana fué la depositaria del tesoro cultural helénico, cuyo valor no le pasó desapercibido, vertiendo a su lengua los mejores tratados. Así, Hosain ben Ishac, médico nestoriano muerto en Bagdad en 873, se dedicó por orden de los Califas a la traducción de las obras aristotélicas, cuyo estudio alcanzó suma importancia, no sólo en aquella ciudad, sino en Damasco, Alepo y otras muchas. Hacia la mitad del siglo X, Alfarabi de Khorassán comentó el *Organum*, y su discípulo Avicena cultivó el peripatetismo.



Pues bien, en materia botánica, el introductor en el Islam de los procedimientos helénicos de investigación, fué precisamente Ben Choichol. Con la creación de su conocido herbario lo demuestra.

Pero hay más. La obra médica culminante de la civilización griega, fué la inmortal de Dioscórides. Y dedicado a esta traducción, anotación y comentario, logró este insigne cordobés su obra *Comentario filológico a los siete libros de la obra de Dioscórides*, que ya durante siglos fué la base del estudio de la Medicina en todas las Universidades musulmanas.

Fué genial la manera como llevó a cabo obra tan laboriosa, no sólo por la dificultad de traducción a lengua tan distinta como el árabe, sino por la diferencia de nombres de las especies botánicas en los diversos territorios. Al no conocerse un procedimiento de nomenclatura internacional como el que siglos después inventara Linneo, se exigía una labor minuciosa de compulsas y confrontación de nombres, características y ejemplares. Esto, en una obra tan voluminosa como la que nos ocupa, supone una labor concienzuda, que ejecutó de la forma más acabada.



Veamos un ejemplo de su manera de expresión. Bajo el epígrafe *Anthemis* «Es el «leborrech» y el «oqhawam» (manzanilla), que el vulgo denomina «xachra Mariem» (hierba de María) y que no es otra que el ojo de buey, así llamado en la parte meridional del Andalus y en latín «massanella». Le sigue una descripción técnica, propiedades y utilización. Así centenares y centenares de voces tratadas con el mayor esmero.

La celebridad que su trabajo alcanzó fué inmensa. Ibn Alawam,

de Sevilla, que vivió en el siglo XII, autor del mejor libro de Agricultura de la época musulmana, toma de Ben Cholchol mucha información y hace de él los mayores elogios, y Ben Loyón de Almería, en el siglo XIV, dice que sus escritos se comentaban favorablemente en los centros de Bagdad.

Con su labor preparó el camino de los dos mayores botánicos que ha conocido el Islam: Ahmed Abu el Abbás ben Rumía, del siglo XIII, llamado Annabatí (el botánico) por ser el príncipe de los naturalistas, y de Abdalláh ben Ahmed Ibn Albaíthar, malagueño, el que más fama alcanzó y de quien Menéndez y Pelayo afirma que es «el Dioscórides español del siglo XIII». Con igual motivo podríamos opinar que Ben Cholchol lo fué del siglo X.

Ante el aniversario de su nacimiento, justo es que recordemos su nombre, ya que con su sabiduría contribuyó a que nuestra Patria fuera conocida con admiración en todos los ámbitos del mundo islámico, hasta la India lejana, y a incrementar el prestigio intelectual de Córdoba, su ciudad natal.



BIBLIOGRAFIA

PAUL ALBAR OF CORDOBA. STUDIES ON HIS LIFE AND WRITINGS. Tesis doctoral en Filosofía presentada en la Facultad graduada de Artes y Ciencias en la Universidad Católica de América, por Carleton M. Sage, de la Sociedad de San Sulpicio. Serie de Estudios de Historia Medieval, volumen V, 240 páginas. Editado por The Catholic University of America Press, Washington, D. C. 1943. Con licencia eclesiástica del Censor Deputatus y del Arzobispo de Baltimore y Washington.

Contiene:

Prefacio.

Parte primera. Vida y obras de Alvaro.

 Capítulo I. Primera vida, antes del movimiento martirial.

 » II. Los últimos años.

Parte segunda. La correspondencia con Juan de Sevilla.

 » I. La actitud cristiana hacia la retórica.

 » II. Cristología.

 » III. Las últimas dos cartas.

Parte tercera. . La «Confessio».

 » I. La tradición literaria.

 » II. Naturaleza y propósitos de la «Confessio».

 » III. Fuentes de la «Confessio».

 » IV. Estilo literario de la «Confessio».

Parte cuarta. . La «Vita Eulogii» de Alvaro. Prólogo y traducción.

Conclusión.

Apéndice I. Los manuscritos de Alvaro.

 » II. Ediciones de las obras de Alvaro.

 » III. El «Liber Scintillarum».

Bibliografía . . Índice.

Este interesante trabajo, con el cual los católicos norteamericanos contribuyen con su homenaje a la divulgación de la obra del célebre campeón de los mozárabes cordobeses, es un admirable estudio con el cual su autor, Carleton M. Sage, pone al día las más sugestivas cuestiones de la vida y obras de Alvaro Paulo.

Con el más riguroso método moderno, analizando las fuentes auténticas, pasa revista a la vida y obras del gran amigo de San Eulogio, sin olvidar detalles, como el de la ascendencia del biografiado,

en la que algunos han creído encontrar trazas judías, la situación económica de la familia, sus amistades, sus viajes, sus estudios, su influencia social y religiosa en la época y medio en que vivía. Pasa revista a las obras de Alvaro Paulo, deteniéndose en su correspondencia con Juan de Sevilla, del cual supone que sería cuñado; en la «Confessio» cuya naturaleza y estilo estudia detalladamente; y en la «Vida de Eulogio», la cual traduce íntegramente, diciendo de ella que es un bello ejemplar biográfico y único entre la literatura hagiográfica. Es curiosa la descripción de los manuscritos que se conservan de las obras de Alvaro, especialmente del famoso «Indiculus luminosus» que se conserva en nuestra Mezquita-Catedral, del cual relata los avatares sufridos, más que por el manuscrito, que parece haber estado siempre en Córdoba, por los eruditos que lo han buscado, muchos de los cuales lo han dado por perdido. La reseña publicada por Artiles en 1932, tras la exhibición en la Exposición Hispanoamericana de Sevilla, ha convencido al mundo sabio de la pervivencia de la valiosa joya bibliográfica. Recuenta las ediciones de las obras de Alvaro, niega la paternidad del «Liber scintillarum», y dá por fin una copiosa bibliografía, casi exhaustiva, en la que incluye a los cordobeses contemporáneos que han seguido el estudio del mozarabismo cordobés.

ETNOGENIA ESPAÑOLA Y SUS FASES. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, por el Excmo. Sr. D. Luis de Hoyos Sainz. Madrid, 1943.

El profesor Hoyos, eximio maestro en antropología, estudia en este discurso los orígenes prehistóricos del pueblo hispano y hace una síntesis raciológica de los hombres prehistóricos. Las bases fundamentales de los pueblos peninsulares la establece sobre los neandertales del musteriense (Gibraltar, Bañolas) y la llegada en el paleolítico superior de los cromañones europeos y de los mediterráneos o africanos (libioibéricos, iberos o capsioses) con ligeras infiltraciones posteriores que no alteran el cuadro. Dentro de este cuadro clásico, «el revolucionario caso de Alcolea» (el *Homo fossilis cordubensis* de Carbonell) le merece un capítulo especial titulado «Una supervivencia que puede ser trascendente», en el cual recoge las más modernas y autorizadas opiniones (Hernández Pacheco, Barras, Bosch, Ried, Hrdlicka), que contrastan, por cuanto los caracteres propios del cráneo lo situarían en el postmusteriense, en tanto que su utillaje adjunto le llevaría al neolítico, lo que le lleva a rechazar la creación de un nuevo «fossilis» como propuso Carbonell, sosteniendo una perduración de caracteres neandertal en el cráneo de Alcolea «por herencia muy atávica y limitada». Le concede importancia a los restantes cráneos hallados en «el yacimiento neolítico de Alcolea», a los que considera como los primeros braquicéfalos hallados en España.

EL LIBRO DE LAS BANDERAS DE LOS CAMPEONES, DE IBN SAID EL MAGRIBI. Antología de poemas arábigo-andaluzes, editada por primera vez y traducida, con introducción, notas e índices, por Emilio García Gómez, Catedrático de Arabe de la Universidad Central. Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid, 1942.

Durante su pensionado en El Cairo en 1927, el hoy Catedrático de Arabe de la Universidad central, conoció una fotocopia del manuscrito de esta obra, que debe hallarse en Constantinopla, cuya copia, traducción y edición ricamente anotada, ha llevado a cabo, tras las numerosas incidencias que relata en la introducción, con su ya proverbial maestría.

El famoso autor de la obra, Ben Said el Magribi, natural de Alcalá la Real, a quien tanto deben las letras islámicas andaluzas (queremos recordar aquí el curioso dato, recogido por Almaccari — Gayangos, II, 35— que este autor, en una de sus obras, refiriéndose al levantamiento de Pelayo y conquistas posteriores, dice: «... cuyas conquistas se han incrementado tanto en estos últimos años, que el enemigo de Aláh ha tomado muchas populosas ciudades, y en estos momentos en que escribo, la magnífica ciudad de Córdoba, la espléndida capital del imperio mahometano de España, la corte de los califas de la ilustre casa de Omeya, ha caído en manos de los infieles. Quiera Aláh aniquilarlos». Ben Said debió escribir estas líneas en la rica residencia de su familia en Sevilla, de donde partió hacia Oriente en 1240, para no volver más a España, muriendo hacia 1274) ha recogido en esta obra una selección de la poesía islámica andaluza, clasificada por regiones y categoría social de los poetas. Así, de Córdoba, transcribe poesías de Reyes Omeyas, de Omeyas que no reinaron, de Reyes no Omeyas, de Vizires (como Almoshafí, Aben Házam) y Secretarios, magnates, jurisconsultos, sabios, eruditos (como Ben Abderrábihi, modelo de los poetas y literatos de Andalucía), cuyas poesías, en la difícil transcripción de giros, comparaciones y metáforas característicos de la literatura árabe, ha superado don Emilio García Gómez con la gracia elegante y la pureza de dicción que sólo él domina.

L'ESPAGNE VUE PAR LES VOYAGEURS MUSULMANS DE 1610 a 1930, por Henri Péres. París, 1937.

El ilustre y fecundo profesor de la Facultad de Letras de Argel, recoge en esta publicación del Instituto de Estudios Orientales de dicha Facultad, los relatos de aquellos musulmanes, africanos u orientales, que han visitado nuestro país en los límites de tiempo que señala el título de la obra. Los primeros son embajadores, que vienen con misión oficial, pero a partir del ilustre Ahmed Zaki, de El Cairo, que

pasa por España con motivo del Congreso de Orientalistas de Londres de 1892, una cortina se descubre para los musulmanes contemporáneos, y se suceden los relatos literarios de viajeros mahometanos, políticos y poetas, que ya dejan de ver a España como un país de conquista, y comienzan a anotar las bellezas naturales, las costumbres, los adelantos industriales y agrícolas. Descubriendo, sin embargo, a través de estos relatos, su propia alma, España sigue siendo para los musulmanes un paraíso perdido, una tierra de promisión. H. Péres destaca trozos literarios de gran emoción entre los relatos viajeros que ha reunido.

MARFILES ARABES DE OCCIDENTE, por José Ferrandis. Madrid, 1935.

Hermoso estudio sobre la eboraria hispano-musulmana con indicación de orígenes, técnicas y espléndidas reproducciones gráficas de los objetos conocidos, salidos de los talleres de Córdoba, Cuenca y análogos.

QUITAB EL CULIAT (LIBRO DE LAS GENERALIDADES), por Abu el Ualid Mohamed ben Roxd el Andalusi (Averroes). Publicaciones del Instituto General Franco para la Investigación hispano-árabe, de Tetuán. 1939. Larache.

Precedido de una introducción sobre la vida y obras del gran filósofo y médico cordobés Averroes, el Instituto General Franco, de Tetuán, publica la edición fotográfica del manuscrito que guarda el colegio del Sacro Monte de Granada, que contiene la obra «El Culiat» o «Generalidades» (Patología general diríamos hoy), del insigne polígrafo musulmán. Contiene un índice de los principales medicamentos vegetales, minerales y animales que se mencionan en la obra, adaptados a la nomenclatura moderna, y un índice general de la obra en español. Es una hermosa edición.

COMENTARIO AL «DE SUBSTANTIA ORBIS» DE AVERROES, por Alvaro de Toledo. Editado por el P. Manuel Alonso, S.J., profesor de la Universidad Pontificia de Comillas. Instituto Filosófico «Luis Vives», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1941.

Edición cuidada del códice que guarda la Biblioteca Nacional, procedente a su vez del Cabildo Toledano, el cual contiene amplio comentario, con transcripciones de párrafos enteros del tratado de Averroes, dedicado a examinar la materia y forma de los cuerpos celestes, según

las concepciones aristotélicas. El editor actual, con riguroso método moderno, estudia el códice, que lo considera autógrafo y fechable hacia 1300, su autor y posibles circunstancias biográficas del mismo, y doctrinas erróneas que contiene la obra.

EL PILAR Y ESPAÑA, Protección de la Stma. Virgen a las Armas Españolas, por Angel Marbel. Prólogo de M. de Villena. 1940. Imprenta La Verdad, Córdoba.

Esta obra pertenece a la Biblioteca Patria y es una laudable recopilación de temas referentes a su título. Contiene el lamentable error (pág. 199) de confundir con el insigne poeta toledano Garcilaso de la Vega al Inca Garcilaso, enterrado en la Mezquita-Catedral de Córdoba.



REVISTAS Y ARTICULOS

Escribió Cervantes su obra «Don Quijote de la Mancha» en Córdoba? El protagonista del libro inmortal era un personaje de Santaella, por Rafael Gago. «Córdoba», 23 abril 1944.

Ermidas de Córdoba. Durante un viaje por el Oriente el Obispo Osio concibió la idea de su fundación, por Ricardo Moreno. «El Español», 22 abril 1944.

Senequismo y Córdoba en la plástica, por Juan Bernier Luque. «El Español», 22 abril 1944.

Gafiq, Gahet, Gahete, Belalcázar, por Félix Hernández Jiménez. «Al-Andalus», Madrid-Granada, 1944.

En los estudios de geografía histórica española que viene publicando en la notable revista, órgano de las Escuelas de Estudios árabes de Madrid y Granada, el ilustre arquitecto, actual restaurador de la Mezquita cordobesa y excavador de Medina Azahara, don Félix Hernández, acomete con copiosa documentación y bibliografía la identifi-

cación del Fahs el Balut, o Campo de las Bellotas con el Valle de los Pedroches, y la de Gáfec con Belalcázar, dejando irrefutablemente demostrados ambos asertos, que venían siendo ignorados o dudosos para el mundo arabista. Con este motivo determina escrupulosamente las vías de comunicación de dicha comarca en relación con las comunicaciones generales de la España contemporánea.

Un ejemplar de azafea árabe de Azarquiel, por José M.^a Millas Vallicrosa. «Al-Andalus», 1, Madrid-Granada, 1944.

Describe el curioso instrumento astronómico de tal nombre que se conserva en la Real Academia de Ciencias de Barcelona, construido por el notable astrónomo cordobés.

Viaje por Europa. José Antonio Saco. Revista Bimestre Cubana. Mayo-Junio 930 p. 396.

«20 junio 1835. Salí de Andújar a la una y tres cuartos de la mañana. Comí o almorcé en Córdoba. Ví la Catedral que fué Mezquita. El edificio muy raro en su género. Tiene 365 columnas de mármoles de distintos colores. Se conserva colgado en ella el colmillo de un elefante de uno y medio de largo. Se dice que este animal fué el que cargó todos los materiales con que se fabricó la iglesia. El Sancarrón Mahoma (que es una especie de capilla) se descubrió el año 1815 por una casualidad. Todo estaba cubierto con una torta de mezcla. Abrióse después y se encontró una especie de sagrario o nicho, ricamente trabajado. Llegué a Ecija, ciudad considerable, a las siete y tres cuartos de la tarde».

Un tema del Romancero. Muerte de Don Alonso de Aguilar, por Antonio de Guzmán. «El Español», Madrid. 13 mayo 1944.

El catolicismo de Don Juan Valera, por Luis Araujo Costa. «A B C». Sevilla. 18 mayo 1944.

España y el Islam, por Claudio Sánchez Albornoz. Buenos Aires, 1943. 199 págs.

Un salón de té en Córdoba. «Cortijos y Rascacielos», Madrid, enero 1944.

Ruina y extensión del Municipio Romano en España e instituciones que lo reemplazan, por C. Sánchez Albornoz. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires. 1943. 150 pgs.

Autores cordobeses. Federico Castejón. Misión del médico legista en el Jurado técnico. «Estudios Jurídicos». Madrid, 1943.

NOTICIAS

Sesiones de la Academia del curso 1943-44

El 9 de Octubre de 1943 se celebró sesión con asistencia del Académico correspondiente en Madrid señor Vizconde de Eza, presidente de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, quien dió cuenta de haber sido designada Córdoba para la celebración del XVIII Congreso de aquella, e iniciar los trabajos preparatorios del mismo. Se dió cuenta del fallecimiento del Correspondiente en La Habana, don Francisco Cuenca Benet.

El 15 del mismo mes son designados los comités de honor y ejecutivo de dicho Congreso. El señor la Torre dá cuenta de un testimonio hallado en el archivo de nuestra Academia relativo a una disposición de 1480 referente a resolución de los Reyes Católicos sobre bienes de Fernán-Núñez y Castro del Río. Se designaron correspondientes en Madrid los señores Duque de Alba y Medinaceli.

El 16 de Octubre, en sesión extraordinaria, con numeroso público, se dedicó a la memoria del fallecido poeta cordobés Don Guillermo Belmonte Muller, dando lectura su sobrino el Numerario don Vicente Orti Belmonte a una memoria biográfica de aquel, que hemos de insertar en estas páginas. La profesora señorita M.^a Teresa García Moreno leyó escogidas composiciones del ilustre vate, y un retrato al carbón, trazado por don Rafael García Guijo, presidió el acto.

El 23 de Octubre habló don Rafael Castejón sobre «El cordobés Mudarra y el Milenario de Castilla».

El 30 de Octubre fué la recepción pública, en el Salón Municipal, del Académico numerario don Rafael Giménez Ruiz, con el tema «Moderna cirugía ocular», a quien contestó nuestro Director Doctor don José Amo. Hubo numeroso público y el Alcalde accidental señor Romero Bartolomé impuso la medalla al nuevo Académico.

El 6 de Noviembre disertó don Antonio González Soriano sobre «Historia de una farmacia cordobesa», aportando curiosos datos sobre la que hace más de doscientos años existe en las Rejas de Don Gome bajo el popular nombre de «Botica de don Roque» por uno de sus titulares, con otros interesantes detalles sobre la vida científica y política de la ciudad.

El 13 de Noviembre don Enrique Luque Ruiz explanó «Problemas de Cirugía ósea».

El 19 y 27 del mismo mes, D. José Martín Ribes presentó proyecciones de su interesante trabajo fotográfico, sobre el coro de la Catedral

de Córdoba, con lectura de la interpretación biográfica, martirial y pasional del mismo.

El 4 de Diciembre disertó don Antonio González Soriano sobre la personalidad del naturalista cordobés don Andrés González del Campo, quien llegó a reunir un excelente jaróin botánico en la Alameda del Obispo bajo la égida de los obispos cordobeses. Se designó Correspondiente en Peñarroya al publicista y Maestro nacional don Rafael Aguilar Priego.

El 11 de Diciembre habló don Daniel Aguilera de «Córdoba y la Inmaculada», demostrando la remota antigüedad de la devoción mariana en nuestra ciudad.

El 15 de Enero de 1944, don Rafael Castejón aportó citas literarias sobre los cordobeses en el siglo XVII.

El 5 de Febrero, don Rafael Castejón hizo comentarios al libro de don Luis María de Lojendio «Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán».

El 12 del mismo mes la señorita M.^a Teresa García Moreno hizo una semblanza de Claudio Debussy y su arte, con interpretaciones musicales al piano, maravillosamente ejecutadas. La Academia en pleno acordó proponerla para una plaza de número. La audición fué radiada.

El 3 de Abril, don Rafael Castejón comentó la obra de Juan Cabal sobre «El Gran Capitán».

Exposición de Fray Diego de Cádiz

En los días 10 al 12 de Abril se celebró en la Sala Capitular baja del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad, la Exposición bibliográfica de las obras de Fray Diego de Cádiz, el ilustre capuchino a quien el Concejo municipal nombró Caballero Veinticuatro, el año 1783. Fué organizada por la Cámara Oficial del Libro, con la cooperación de la Vicesecretaría de Educación Popular de F. E. T. y de las J.O.N.S. de Córdoba y del Ayuntamiento, que aportó la inauguración de dicha Sala Capitular, recién restaurada, y las reliquias que la ciudad conserva del ilustre predicador, y de la Orden franciscana de Capuchinos, que aportaron su valioso concurso. Asistieron autoridades y selecto público, y se dieron conferencias por el P. Serafín de Ausejo, y el P. Pedro de Málaga, Guardián de Córdoba, y también por el Canónigo D. Mariano Ruiz Calero y D. José M.^a Rey Díaz, Cronista de la Ciudad.

Necrológica

El día 2 de Marzo de 1944 falleció el ilustre poeta y periodista don Eduardo Baro Castillo. Había nacido en Málaga, donde inició sus tareas literarias, y vino a Córdoba de redactor-jefe del diario «La Opinión». Luego dirigió «Diario Liberal», y a la desaparición de éste «La Voz» y «Azul». También había dirigido la Asociación de la Prensa de Córdoba, y el Centro Filarmónico «Eduardo Lucena». Era inspirado poeta y dejó publicados varios libros de versos. Fué correspondiente de nuestra Academia. D. E. P.

Premio «Juan Valera»

Fallo del correspondiente a 1943.—El eminente crítico D. Cristóbal de Castro ha discernido el Premio Juan Valera 1943, del Ayuntamiento de Cabra, sobre el tema «Ensayo sobre las ideas estéticas de don Juan Valera», así: mil pesetas al trabajo firmado con el lema «Laudator temporis acti», del que es autor don Alfonso Zamora, de Granada, y quinientas pesetas al señalado con el lema «Ratón salvaje», cuyo autor es don Pascual Santacruz, de Córdoba.

La Agrupación «Amigos de Valera» felicita efusivamente a los escritores galardonados y expresa su profunda gratitud al crítico don Cristóbal de Castro.

Convocatoria del correspondiente a 1944.—La Agrupación de «Amigos de Valera», de Cabra (Córdoba), concederá un premio de mil quinientas pesetas, del Ayuntamiento de Cabra, al mejor trabajo sobre el tema: «Lo erudito y lo popular en la obra de Don Juan Valera», bajo las siguientes bases:

- 1.º Los originales han de ser inéditos y escritos en español.
 - 2.º Los trabajos vendrán escritos a máquina.
 - 3.º Los originales se enviarán sin firmar, señalados con un lema que se repetirá en el exterior de un sobre cerrado que contendrá el domicilio y firma del autor.
 - 4.º Los trabajos serán examinados por un jurado ajeno a la Agrupación «Amigos de Valera».
 - 5.º El premio consistirá en la cantidad de mil pesetas en metálico y quinientas pesetas que la Agrupación «Amigos de Valera» destinará a la publicación del trabajo premiado.
 - 6.º Los originales se enviarán al Presidente de la Agrupación «Amigos de Valera», hasta el 31 de Octubre de 1944.
 - 7.º Los trabajos no premiados podrán retirarse en el plazo de tres meses a contar del día de la publicación del fallo, a cambio del recibo de su entrega o resguardo de su envío.
 - 8.º El trabajo premiado quedará de la propiedad de su autor.
- Cabra (Córdoba), 18 de Abril de 1944.

Composición de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en 1.º de Abril de 1944

ACADÉMICOS NUMERARIOS

	Fecha de recepción	
1.—Itmo. Sr. D. Enrique Romero de Torres	20 Mayo	1905
2.—Dr. D. José Amo Serrano	9 Noviembre	1907
3.—Itmo. Sr. Dr. D. Manuel Enríquez Barrios	11 Abril	1910
4.—Itmo. Sr. D. José M. ^a Rey Díaz	23 Diciembre	1916
5.—Itmo. Sr. Dr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala	23 Abril	1919
6.—D. Antonio Carbonell Trillo-Figueroa	11 Mayo	1922
7.—D. José de la Torre y del Cerro	4 Noviembre	1922
8.—D. Rafael Gálvez Villatoro	23 Abril	1926
9.—D. Victoriano Chicote Recio	23 Abril	1927
10.—D. Vicente Orti Belmonte	28 Noviembre	1928
11.—D. Antonio Sarazá Murcia	23 Mayo	1933
12.—D. Pascual Santacruz Revuelta	1 Enero	1940
13.—D. Daniel Aguilera Camacho	20 Febrero	1940
14.—Dr. D. José Navarro Moreno	21 Febrero	1942
15.—D. Francisco Algaba Luque	12 Mayo	1942
16.—D. Antonio González Soriano	28 Noviembre	1942
17.—D. Antonio Arévalo García	22 Mayo	1943
18.—Dr. D. Rafael Giménez Ruiz	27 Noviembre	1943

ACADÉMICOS ELECTOS PARA NUMERARIOS

	Fecha de elección	
19.—Itmo. Sr. Dr. D. Juan E. Seco de Herrera y Martín-Moyano	10 Noviembre	1917
20.—Excmo. Sr. Dr. D. Adolfo Pérez Muñoz	10 Abril	1921
21.—D. Dionisio Ortiz Rivas	22 Mayo	1926
22.—D. Samuel de los Santos Gener	10 Mayo	1929
23.—Itmo. Sr. D. Félix Romero Menjíbar	11 Noviembre	1939
24.—Dr. D. Pedro Barbudo Suárez-Varela	31 Enero	1942
25.—D. José Martín Ribes	31 Enero	1942
26.—D. Rodrigo Castaños Oller	31 Enero	1942
27.—Dr. D. Enrique Luque Ruiz	4 Diciembre	1943
28.—		

ACADÉMICOS EX-NUMERARIOS

1.—Dr. D. Eduardo Hernández-Pacheco y Esteban .	Madrid	1907
2.—D. José Fernández Bordas	Madrid	1909
3.—D. Manuel Galindo Alcedo	Madrid	1917
4.—D. Antonio Gil Muñiz	Málaga	1922
5.—Dr. D. José Manuel Camacho Padilla	Jaén	1927

- VISADO -
CORDEBA
VICESSECRETARIA DE EDUCACION POPULAR
DELEGACION PROVINCIAL DE

